Artistas y Rebeldes

Ediciones Reconstruir

RODOLFO ROCKER

ARTISTAS Y REBELDES

Geografía e Hist

Ediciones Reconstruir
México
1989

Anti © copyright 1989

Tipografía y portada: FiBra
Cuidado de la edición: Adriana, Jorge, Luis

Rodolfo Rocker

Nació en Maguncia, Alemania, en 1873. Murió en New York en septiembre de 1958. Escritor fecundo, historiador imperturbable, combatiente y pregonero de la cultura y la libertad. En México se conoce parte de su obra ya desde 1925, año en que fue divulgada por los compañeros de Ricardo Flores Magón. Posteriormente otros editores han publicado otros trabajos de su producción intelectual; uno de ellos, ***Nacionalismo y cultura***, va en su quinta edición en lengua castellana y mereció juicios elogiosos de Einstein, Tomás Mann, Bertrand Russell, Lewis Munford, Carlos Monsivais, Octavio Paz y Gabriel Zaid entre otros, considerándola una de las obras más importantes de este siglo.

Artistas y rebeldes tiene la singularidad de haber sido seleccionado su texto de una diversidad de trabajos publicados en la revista *Germinal*, obra escrita en yidish, lengua que Rocker dominaba a pesar de ser alemán. La primera edición, y única en lengua castellana, fue hecha en Argentina en 1922 - traducción del yidish al castellano por Salomón Resnick, por la Editorial Argonauta. De esta obra se publicaron en México las partes de ensayos políticos; en la edición actual sólo se han incluido las biografías de escritores, literatos y pensadores: artistas rebeldes; agregamos un trabajo escrito en su lengua materna -el alemán- por considerar que complementa la calidad literaria de esta edición.

En 1950, al iniciar la biografía del historiador del anarquismo Max Nettlau, Rocker se expresó así: "El hombre a los cincuenta años ya no es sino una fortaleza asediada por la muerte", escribió antaño Turguenev. No puedo decir lo mismo de mí, a buen seguro porque las enfermedades, al contrario de lo que hicieron con el gran escritor ruso, no se presentaron hasta cumplidos los sesenta y nueve años de edad. Y aún más tarde, al aparecer los ineluctables achaques de la senectud, éstos no fueron tales que me indujesen a meditar demasiado acerca de la muerte. Meditación obvia e inútil, dicho sea de paso, puesto que en ella no se sale de nebulosas suposiciones inaccesibles a la penetración filosófica.

Venimos y nos vamos sin saber por qué. Hasta creo que la idea de lo que hemos dejado de hacer en vida nos puede perseguir con angustias harto más punzantes, que la consideración del cercano fin de nuestro camino terrenal. Sólo es verdaderamente feliz quien en el ocaso de su vida está seguro de haber hecho lo mejor posible para abrir ante sí mismo y ante sus congéneres, perspectivas más dilatadas y más altas de nuestra existencia espiritual y social. Quien siente así no ha de temer la muerte. Viene a él como una amiga: la del dibujo de Rethel, que delicadamente cierra los ojos al anciano compañero, musitando a su oído: "Acabaste de tañer la campana, viejo amigo; ahora te toca el gran descanso". Ocho años más tarde también a Rocker le llegó su descanso.

No creo que su vida haya tenido espacios inútiles; tuvo que sentirse forzosamente feliz, ya que la había llenado de actividades generosas que capitalizó con un bagaje extraordinario de emociones y sensaciones elevadas.

Cuando murió su extraordinaria compañera, Milly Witko, escribió un trabajo, que hemos agregado como epílogo en esta edición, que contribuye a que nuestros lectores entiendan y comprendan su gran categoría moral, y a la vez, a comprobar como dos seres pueden vivir intensamente su vida dedicados con el ejemplo a sembrar el amor a la humanidad.

Después de lo dicho, no creo necesario agregar algo más a esta presentación. El complemento lo encontrará el lector.

Ricardo Mestre Ventura

Augusto Strindberg

> Aseguran los geógrafos que no existen más que cinco partes del mundo. Se equivocan: hay una sexta parte, no descubierta aún: el hombre.
>
> **Multatuli.**

I

Frecuentemente se habla de períodos creadores y de períodos destructivos en la historia, siendo esta clasificación acertada hasta cierto punto. Hay épocas en que lo viejo, la herencia del pasado, para todas las generaciones venideras, empieza a derrumbarse; millares de fuerzas subterráneas minan todas las instituciones sociales, todos los conceptos y creaciones éticas que los hombres de la antigüedad veneraran como condiciones fundamentales, sagradas e inmutables de la vida. El respeto por la tradición desaparece poco a poco; los vetustos principios de la moral se disgregan, todo se disuelve, todo se agita, el espíritu ya no haya cabida en los estrechos límites de lo estable y trata de abrirse camino hacia algo nuevo y desconocido. Se

siente de una manera más o menos instintiva, de un modo más o menos conciente que algo nuevo va a ver la luz y todo el mundo experimenta los dolores del alumbramiento. Centenares de ideas e ideales aparecen cual brillantes meteoros en el horizonte de la vida espiritual, surgen y vuelven a desaparecer. El síntoma más de esas épocas es la incertidumbre general. Son los períodos de fiebre y de nerviosidad, de optimismo y de pesimismo, de sublimes esperanzas y de ondas decepciones; es el caos que precede a la creación. Pero ese caos es indispensable porque nacen de él mundos nuevos; los espíritus más profundos de esos tiempos son aquellos que comprenden que "el anhelo de destrucción es un deseo constructivo".

Sin embargo sería un error afirmar que en los grandes períodos disolventes de la historia falta del todo el elemento constructor y edificante. Este elemento existe siempre, lo mismo que las aspiraciones demoledoras en las épocas constructivas. En realidad, ambos elementos no son sino formas distintas de un mismo proceso. Sólo que no se manifiestan siempre de una manera igual. En los períodos demoledores se diseñan con mayor nitidez las tendencias y aspiraciones puramente individuales, pues falta la unidad social, síntoma característico de todas las épocas creadoras. Las viejas formas sociales, que antes abarcaban la generalidad de los individuos, quedan rotas; la unidad social se disuelve en fuerzas y anhelos individuales, falta el gran vínculo y por consiguente la condición fundamental de toda actividad creadora. Mas el instinto creativo del hombre es invencible; siempre, aun cuando destruye, se siente creador, y si el estado social de la época no le permite dar origen a algo positivo, cuando la falta de unidad moral y social le resta toda posibilidad de realizar una labor

constructiva, crea entonces algo puramente imaginativo, abstracto, construye nuevos sistemas filosóficos, nuevas concepciones del mundo, inventa utopías y edifica en su mente templos y palacios para el porvenir; en una palabra: levanta castillos en el aire, es arquitecto de la fantasía, mas no en la realidad. He ahí por qué los grandes períodos disolventes de la historia son al mismo tiempo períodos de Fata Morgana, reflejos espirituales de una positiva realidad venidera.

En los períodos creadores las aspiraciones sociales son las más importantes y decisivas. Las tendencias esencialmente individuales se pierden en el gran motivo social, o mejor dicho se nivelan y aspiran conciente o inconcientemente a la misma unidad social. La discrepancia entre las tendencias individuales y colectivas, uno de los fenómenos más característicos de los períodos demoledores, desaparece. Nuevas formas sociales surgen del caos y la aspiración solidaria y concreta hacia nuevas modalidades desarrolla en todas partes los mismos sentimientos, las mismas necesidades éticas.

Esos son períodos de los grandes reformadores sociales, las épocas de los grandes legisladores y fundadores de religiones; se distinguen por esa grandeza tranquila, por esa serenidad íntima que no se nota en los tiempos disolventes de la historia.

En los períodos destructivos, el oleaje de los sentimientos y sensaciones sociales sigue la ruta del centro hacia la costa y se disuelve en aspiraciones individuales; en las épocas constructoras, el movimento es inverso: el oleaje de los sentimientos y sensaciones individuales tiende hacia el centro y se encarna en aspiraciones sociales.

En la historia del arte y de la literatura esa diferencia entre los períodos constructivos y destructivos aparece más evidente aún. No es mera casualidad que en una época como la nuestra ocupe un grado tan bajo el arte arquitectónico. En realidad, carecemos actualmente de una arquitectura propia y sólo nos limitamos a copiar con más o menos habilidad los modelos de los antiguos maestros. Y eso es muy explicable, pues la arquitectura es la más social de las artes, así como la música es la más individual. La arquitectura sólo puede desarrollarse en grandes épocas constructoras, cuando el instinto colectivo abraza todas las aspiraciones individuales, cuando el deseo de crear se manifiesta como una necesidad general.

En épocas semejantes existe cierto consorcio espiritual entre el campesino paupérrimo y el artista de mayor genio. Las sensaciones artísticas se difunden por doquier con una similitud misteriosa e influyen sobre el estado espiritual de los hombres con su poder sugestivo. Me refiero aquí expresamente a sensaciones y no a una clara comprensión artística. La multitud nunca ha tenido esta última, ni aún en los grandes períodos culturales; hablo de las épocas en que la capacidad de sentir una obra de arte era un instinto colectivo.

Millares de contemporáneos nuestros pasan hoy con indiferencia ante una obra maestra de la arquitectura como la catedral de Nuestra Señora de París. Les falta sencillamente la aptitud de sentir la unidad artística de una obra gigantesca, porque sus ideas, sus sentimientos y sensaciones están disueltos en miles de tendencias distintas. Pero hubo tiempos en que la obra de arte, sobre todo la arquitectónica, ejercía una influencia en el ánimo de todas las gentes. Aún los que no eran capaces de comprender con certeza la

idea de la obra artística, se sentían impresionados en su fuero interno por la indefinida grandeza mística que hallaba un plácido eco en sus almas.

Ese instinto colectivo del arte, esa nostalgia general por la forma, constituye la atmofera necesaria para el desarrollo de la arquitectura. Claro está que esta aspiración a la unidad artística va siempre a la par de la tendencia hacia la unidad social. Esa es también la razón por qué las grandes épocas constructivas en la historia fueron simultáneamente los grandes períodos de la arquitectura. El ciclo de Sansarra en la India, el de la Grecia antigua y el Renacimiento en Europa lo demuestran de una manera palmaria.

Goethe definió la arquitectura como una música congelada. Estas palabras encierran un sentido profundo; porque los sonidos y las melodías individuales se reunen en la arquitectura en una ruidosa marcha triunfal; la obra de arte arquitectónica es la síntesis social de todas las tendencias artísticas individuales. Del mismo modo como todos los ríos afluyen en último término al mar, así también todas las tendencias artísticas individuales se congregan, finalmente, en la gran obra social de la arquitectura. En la arquitectura halla su expresión más grandiosa el instinto creador del hombre: su relación con las demás artes es la misma que la que existe entre la humanidad y el hombre tomado aisladamente.

También en la literatura observamos este mismo fenómeno. La obra literaria constructiva es en realidad arquitectónica. Reune todas las aspiraciones individuales en un punto céntrico colectivo. Jamás la obra domina a su creador; el autor está siempre por encima de su obra. Hamlet, Don Quijote, Fausto, son algo más que tipos exclusivamente individuales; son tipos sociales, figuras colectivas, que representan a

toda la humanidad que sufre, busca, lucha y se desespera. La unidad social es el centro de gravedad de la obra literaria constructiva.

En los períodos demoledores se nota esa unidad interna. La obra de arte toma la forma autobiográfica; falta el centro social y por eso el artista se ve obligado a ocuparse de su propia vida, de los sentimientos y de las sensaciones de su propia alma. Debido a eso, los períodos destructivos son las épocas más musicales, pues la música es la que mejor se presta para la expresión de las sensaciones individuales. Los motivos de Chopin, esas expresiones descorazonadas de un alma enferma, desesperada, sólo puede aparecer en una época como la nuestra. En la música, el alma del artista se disuelve en sonidos y acordes. Esa disolución de los sentimientos más íntimos forma la manifestación característica en el arte y en la literatura de los llamados períodos de transición. El artista siente nostalgia por la unidad social, la busca por mil caminos diversos y en esa forma nacen las innumerables "tendencias" literarias y artísticas inventadas por nuestros modernos críticos e historiadores de la literatura.

En realidad, esas "tendencias" no son más que manifestaciones diferentes de las mismas aspiraciones, del mismo deseo de conseguir la unidad social y artística. El realismo, el neo-idealismo, el misticismo, etc., etc., no son sino rasgos aislados de la obra de arte social de un porvenir cercano.

¿Quiénes son, por lo demás, los *verdaderos representantes* del arte moderno? ¿Lo son los *naturalistas* o los *místicos*, los *realistas* o los *simbolistas*, los *idealistas* o los *decadentes* ? Ninguno en particular y todos juntos. Todos ellos "buscan a Dios por caminos diversos" y ayudan a formar los elementos aislados de un próximo grandioso período de arte social.

El arte de un Flaubert, de un Balzac, de un Zola, de un Ibsen, tiene la misma justificación moral que el fino análisis psicológico de un Poe, de un Hoffmann, de un Maeterlinck, de un Hamsun y de otros.

La incertidumbre característica y la inconstancia del artista moderno son también fenómenos lógicos e inevitables, que tienen su origen en la falta de unidad social. Si artistas de la talla de Huysmans, Strindberg y muchos otros, que antes defendían el naturalismo con una energía apasionada, han evolucionado paulatinamente hacia una tendencia opuesta, puede este hecho constituir una sorpresa para observadores superficiales, pero en realidad no es sino un reflejo de una tragedia íntima que experimenta la vida del hombre contemporáneo.

Contados son los artistas modernos en quienes esa dolorosa incertidumbre, esa nostalgia indescriptible por lo nuevo y lo desconocido, se haya manifestado de un modo tan visible como en Augusto Strindberg, el escritor más importante y poliforme que Suecia produjera en las últimas décadas. Comenzó su carrera artística como naturalista ferviente y en calidad de tal publicó una serie de obras muy valiosas en ese sentido. Era la época en que se iniciaba en la literatura moderna una lucha formidable, en que el naturalismo provocaba el odio más violento de parte de los defensores de la "belleza pura".

Pero un carácter tan complicado como Strindberg no podía contentarse siempre con la interpretación naturalista del arte. Sentía que la vida es algo más que un proceso químico y una serie de actos mecánicos. En su calidad de escandinavo pudo sentir con más facilidad los obscuros problemas del alma humana. Su mirada de artista, interesada antes principalmente por las formas exteriores de la vida, dirigióse lentamente hacia el mundo interior del alma.

Muchos otros han realizado también esta evolución, pero son pocos los que han sentido tan honda, tan dolorosamente como Strindberg. Sus obras autobiográficas *Confesiones de un necio, Infierno* y varias narraciones breves, revelan toda la íntima tragedia del artista. Fuera de Tolstoi no existe en la literatura moderna otro escritor que haya analizado, como Strindberg lo hiciera, con tan terrible sinceridad sus sentimientos y sensaciones más íntimas y delicadas. Se nota inmediatamente la desesperación y el dolor del artista, aun cuando él trata de ocultarlos bajo observaciones finamente irónicas y satíricas.

La mayor parte de su vida el escritor sueco se sintió como un extraviado en medio de un caos. Todo se agitaba en torno suyo y no pudo descubrir un punto fijo en ninguna parte. Se adhirió a todas las tendencias de la literatura moderna, pero ninguna de ellas pudo satisfacerlo por mucho tiempo. Strindberg evolucionó del naturalismo hacia un misticismo extremo. Durante un momento hasta buscó la paz y reposo en la Iglesia católica, mas la nostalgia febril de su alma no se aplacó jamás. La mayoría de sus obras posteriores llevan señales de un alumbramiento doloroso.

Strindberg era uno de los tipos más puros del hombre moderno; en él se habían unido todos los estados de ánimo: sentía como Fausto, Hamlet y Don Quijote al mismo tiempo. Era el hombre que buscaba la unidad social y se perdía cada vez más en sensaciones exclusivamente individuales. Y él mismo, mejor que los demás, sentía todo el trágico significado de ese destino. Sabía que le faltaba la serenidad magnífica y la grandeza majestuosa del artista constructor, quien debe estar íntimamente vinculado a su época y a los hombres de su tiempo. Corría sin cesar de una convicción a otra, destruyendo los puentes detrás de sí;

creaba con dolor y estaba obligado a hacerlo; no realizó su evolución completa, pues siempre le quedaba por escribir algo nuevo para las generaciones de su tiempo y de la posteridad.

II

En la primavera de 1879 apareció en el mercado literario en Suecia una novela social titulada *La alcoba roja*. Su autor, Augusto Strindberg, ya no era entonces una figura desconocida en el mundo de las letras, pero antes no se le había prestado mucha atención. Sólo merced a la obra mencionada su nombre se hizo célebre en su patria y poco después en todos los países cultos de Europa. Existen pocos libros, que hayan ejercido, como esta novela social, una influencia tan poderosa y radical sobre los contemporáneos. Su aparición ha sido algo más que un simple acontecimiento literario: fue una actitud valerosa y revolucionaria.

La literatura sueca de aquella época estaba totalmente dominada por un espíritu reaccionario y conservador, era un reflejo fiel de la estancada sociedad de Suecia. Años antes, Ibsen, en Noruega, había declarado la guerra a la sociedad oficial con su drama *Los puntales de la sociedad*. La obra de Ibsen había hallado también cierta resonancia entre la parte más liberal de la juventud sueca, pero en general esa influencia no fue poderosa. Sólo el libro de Strindberg logró desbaratar el espíritu conservador e implantar una nueva vida en la sociedad de Suecia. Bien pronto se formaron dos partidos que se combatían vehementemente. Entre la juventud de aquel país el libro encontró admiradores apasionados, mas en los viejos círculos conservadores levantaron su voz multitud de adversarios empedernidos. La crítica reaccionaria

atacó rudamente a Strindberg, empleando las armas más envenenadas y exigiendo que sus obras fuesen boicoteadas.

En este sentido es sintomático el juicio del diario conservador de Estocolmo Aftonbladt, el cual declaró que el autor de *La alcoba roja* ni siquiera entendía los principios elemetales del arte literario. "Todo este mamarracho - decía el periódico - nos da la impresión de unos muchachos que jugando en un charco se complacen en salpicar a la gente que pasa por ahí".

Análogas observaciones aparecieron repetidas veces en la prensa conservadora; pero todo lo que ésta consiguió con sus injurias hiperbólicas, inspiradas en un odio fanático, fue que Strindberg se convirtiese repentinamente en una personalidad famosa en la literatura universal.

La forma literaria elegida por el artista sueco para su novela social fue la naturalista, hecho que provocó la reprobación unánime de los "estetas"; empero, lo que más se censuraba eran las tendencias revolucionarias que el autor desarrollaba en su libro y la manera cómo destruía los prejuicios sociales preconizando la guerra contra las mentiras convencionales.

En realidad, *La alcoba roja* no era una novela tendenciosa común, como lo pretendía la crítica conservadora; en esa obra se revelaba un talento excepcional y un artista multiforme e ingenioso. Era, en Suecia, el primer libro que arrancaba el velo estético de la realidad brutal y que presentaba las formas sociales en su desnudez repugnante; era la obra de un revolucionario, de un destructor que no sentía temor por las consecuencias. Los filisteos de mentalidad estrecha que presentaron a Strindberg como un cínico desvergonzado, un hombre de instintos perversos que se deleitaba en revolcarse en el lodo, pronunciaron, al fir-

marlo, su propia sentencia. Jamás el filisteo comprenderá la verdadera grandeza y su simpatía o antipatía será siempre la expresión de sus sentimientos mezquinos y de sus propios prejuicios estrechos. El estado psicológico de Strindberg al escribir *La alcoba roja* no era el de un cínico, indudablemente; era el vigoroso estado de ánimo de un joven titán que rompía las cadenas de la tradición con que le hiciera cargar la sociedad oficial; era la lucha contra las mentiras convencionales de la civilización moderna, la batalla de la vida contra el estancamiento y la reacción. En su novela autobiográfica *El hijo de una sirvienta*, describe Strindberg el fogoso estado psicológico que lo dominaba en aquel período. Refiere allí la impresión poderosa que produjo en él *Los bandidos* de Schiller. Todos los sentimientos e ideas ocultas hallaron bruscamente en él una expresión clara y manifiesta. Los obscuros ensueños del joven Johan (Strindberg) tuvieron de repente una vigorosa exteriorización revolucionaria. "De modo, pues, que había otro hombre y al propio tiempo un poeta famoso que sentía la misma repugnancia por la educación oficial de nuestras escuelas y universidades; un hombre que hubiese preferido ser un Robinson o un salteador de caminos antes de dejarse inscribir como miembro de ese inmenso ejército que se llama sociedad" "¿Y éste es Schiller? ¿El mismo Schiller que escribió la historia ridícula de la guerra de los Treinta años y el bajo drama *Wallestein*?" Sí, era el mismo. Allí se predicaba la revuelta, la revolución; el alzamiento contra los reyes, contra las costumbres, contra la religión. Era la revolución de 1781, anterior en ocho años a la gran revolución francesa. Y aquel era el programa de los anarquistas de cien años atrás, y Guillermo Marr resultaba nihilista. El drama

apareció con un león en la portada y con el lema "In tyrannos" (Contra los tiranos). El poeta, que contaba veintidós años de edad, tuvo que huír. Nadie, pues, podía dudar de la intención de la obra, la cual ostentaba además un segundo lema, de Hipócrates: "Lo que no puede curar la medicina, lo cura el hierro y lo que no puede curar el hierro lo cura el fuego".

¡Y qué magnífico es el comentario del artista sueco al conocido "Prólogo", en el cual el dramaturgo alemán trató de justificar ante la sociedad oficial su obra revolucionaria!

"¿Decía Schiller la verdad al escribir su drama y mentía al publicar más tarde su prefacio? En ambos casos dijo la verdad, pues el hombre tiene un existencia doble: a veces aparece como hombre de la naturaleza; otras, como el hombre de la sociedad. Parece que Schiller, sentado ante su escritorio, solo, aislado, trabajaba bajo el influjo de ciegos instintos naturales, como ocurre con otros, sobre todo con los poetas jóvenes. Escribió sin tomar en cuenta la opinión de los hombres, sin pensar en el público, en las leyes y en la constitución. Por un instante alzó el velo y conoció en toda su grandeza las mistificaciones de la sociedad. El silencio de la noche, que los poetas jóvenes eligen generalmente para su labor, no les recuerda la vida rumorosa, artificial y complicada de afuera; la obscuridad cubre los edificios de piedra, detrás de las cuales duermen las bestias humanas. Pero luego llega la aurora, el día luminoso, el ruido de la calle, la gente, los amigos, la policía, el repiqueteo de las campanas y el poeta empieza a temblar ante sus propias ideas. La opinión pública levanta su voz, claman los diarios, los amigos desaparecen y el temor a la soledad penetra en el alma del rebelde que se insurreccionara contra la Sociedad . "Si no

quieres estar con nosotros - le dice ésta - vete a la selva. Si eres un animal que no se puede amoldar a nuestras formas, o un salvaje, te enviaremos a una sociedad inferior que convenga para tí". "Y la sociedad tiene razón desde su punto de vista, y desgraciadamente le dan la razón; pero la posteridad enaltecerá al revolucionario, al único, que aspira a implantar nuevas formas de la sociedad; al rebelde le dan la razón mucho tiempo después de su muerte".

Este era el estado psicológico que dió origen a la novela de Strindberg. Era el grito rebelde del individuo humillado y ofendido, la declaración de guerra contra la sociedad convencional con sus instituciones odiosas que sujetan el "yo" del hombre a la esclavitud tradicional. Strindberg no perdona a nadie. Arranca el último trapo de la sociedad burguesa, mostrando sus heridas sangrientas, su fealdad brutal, sus crímenes horrendos. Se siente que en sus venas corre sangre de obrero, porque el "hijo de una sirvienta" defiende en términos calurosos los derechos y los intereses del proletariado contra la tiranía de las clases ricas. Condena vehementemente el sistema de explotación de la burguesía y su influencia esclavizadora en todas las ramas de la vida social. Señala la venalidad de la prensa de la literatura y del arte y la ironía despiadada de sus palabras contribuye a que sus acusaciones resulten más pesadas y terribles. Strindberg no conoce límites para sus acusaciones. A este respecto es muy característica la escena en que el periodista Struve solicita la ayuda de sus contrincante Falk. Struve dice:

- "No me gusta hablar de mi desgracia".- "Entonces habla de tus crímenes" - contesta Falk. -"Yo no he cometido ningún crimen". - "¡Sí, los has cometido y grandes! Has colocado tu mano pesada sobre los opri-

midos, has pisoteado a los heridos y te has burlado de los miserables. ¿Ya no recuerdas la última huelga, en la que te pusistes del lado de la fuerza bruta?" - "¡Del lado de la ley, hermano mío!" - "¡Ah, la ley¡ ¿Y quién ha escrito la ley para los pobres, tonto? ¡Los ricos¡ Es decir, el señor para el esclavo". - "No, la ley ha sido hecha por el pueblo, por el sentimiento general de justicia. ¡Dios mismo ha escrito la ley!" - "Oye, cuando hablas conmigo puedes dejar a un lado tus frases bonitas. ¿Quién ha escrito la ley de 1734? El señor Kronstedt. ¿Quién hizo la ley sobre los castigos corporales? El mayor Sabelmann; era un proyecto suyo y sus amigos, que formaban la mayoría, votaron por él y no el pueblo ni el sentimiento general de justicia. ¿Quién redactó la ley de los accionistas? El juez Svindel Gren. ¿Quién compuso el nuevo reglamento parlamentario? El asesor Valonius. ¿Quién implantó la ley de la defensa legítima, es decir de la defensa de los ricos contra las exigencias legítimas de los pobres? Los grandes capitalistas, los fabricantes y los mercaderes. ¡No me vengas con tus frases! ¿Quién ha escrito la nueva ley sobre la herència? Unos criminales. ¿Quién hizo la ley de los bosques? Unos ladrones. ¿Quién impuso la ley de los billetes de banco para los bancos privados? Unos estafadores. Y tu vienes a contarme que Dios las ha escrito. ¡Pobre Dios!"

Es de imaginarse cómo la sociedad conservadora de Suecia reprobó una obra que estorbaba de un modo tan desagradable la calma de las clases ricas y los delicados sentimientos estéticos de la vieja orientación literaria. Hasta la última década del siglo pasado la alta sociedad consideraba una falta grave leer un libro del gran escritor sueco y la mayor parte de las bibliotecas populares no han tenido el valor de acoger sus obras.

En nuestros trabajos sucesivos del período inmediato se manifiestan también los anhelos revolucionarios de Strindberg. Su obra *El matrimonio* hasta provocó una acusación contra él "por injurias a las ceremonias religiosas", pero su brillante discurso de defensa no sólo hechó abajo la acusación, sino que lo convirtió en el hombre más popular de Suecia.

Uno de los problemas más importantes de que trataba la literatura escandinava era la emancipación de la mujer. Ibsen y Bjoernson habían planteado este tópico con una energía inquebrantable y con el tiempo se desarrolló entre los elementos radicales de la juventud escandinava un verdadero culto a la mujer del cual participaba también Strindberg.

En su novela *La alcoba roja* defiende en términos claros los derechos de aquélla y en *El matrimonio* celebra el amor como fuerza natural y eterna que renueva la vida; defiende los derechos de la mujer sobre su propio cuerpo, exigiendo la igualdad social para ambos sexos.

Pero fue precisamente en este sentido que Strindberg mudó de opinión en la forma más radical. Su novela autobiográfica *Confesiones de un necio* demuestra cuánto han influido las experiencias y los sucesos de carácter personal en el cambio tan absoluto de sus ideas. El antiguo defensor de la emancipación de la mujer se transformó repentinamente en acérrimo enemigo del sexo femenino. La mayor parte de las obras posteriores del artista sueco se refieren al obscuro problema de la lucha cruel y recíproca entre ambos sexos. En la segunda parte de *El matrimonio*, en la pieza *Camaradas* y en la ya mencionada novela *Confesiones de un necio*, en los dramas *Padre, Señorita Julia* y en algunos otros trabajos ese problema ocupa un lugar preferente. Para Strindberg, la mujer representa la

encarnación terrible de esas fuerzas diabólicas que destruyen el equilibrio interior del hombre y anulan su personalidad. La mujer es el abismo que absorbe el carácter humano, la potencia creadora del hombre. La lucha que sostienen entre sí las diversas razas y naciones no es más que un juguete en comparación con esa tragedia sangrienta que sin cesar se repite en la misma forma arcaica entre ambos sexos. Hombre y mujer son, recíprocamente, enemigos a muerte y el amor es el fenómeno más cruel, más egoista y brutal de la vida de los hombres.

En esta ocasión conviene no olvidar el papel que ha desempeñado la emancipación de la mujer en las obras de los modernos escritores escandinavos. Bjoernsterne Bjoernson e Ibsen fueron los *pioneers* de ese movimiento y durante algún tiempo esta cuestión predominó casi totalmente en el arte de ese país. Strindberg ha sido el primer opositor: su pieza *Padre* fue una réplica a la *Nora* de Ibsen y aun cuando la tesis que sostiene allí es muy parcial, nadie osará negar que se trata de un exclusivismo genial. En *Padre*, el autor presenta al hombre como verdadera víctima del matrimonio. Posee el hombre una delicadeza y una sinceridad naturales y a causa de eso jamás logrará conocer las intrigas de la mujer. El hombre puede dominar por medio de la fuerza bruta, pero la mujer domina valiéndose del engaño, de la hipocresía y de la mentira. En el matrimonio el hombre siempre resulta el engañado, el tonto. Podrá poseer las aptitudes intelectuales más asombrosas, podrá ser un genio, pero tan pronto como se coloca en la atmósfera de la mujer se convierte en un niño, en un pobre de espíritu, en un imbécil. El amor no es en realidad sino un recurso para atrapar al hombre y el amor maternal resulta una maldición para el hijo.

Padre es sin duda la mejor tragedia, la más profunda que haya escrito Strindberg. Esta pieza abre bruscamente un principio ante nuestros ojos: es el grito desesperado de un alma torturada que sangra por millares de heridas y que siente que está perdida. La impresión que produce la obra es de una fuerza artística extraordinaria. Se podrá no estar de acuerdo con las tendencias que Strindberg desenvuelve en esa tragedia, pero es indudable que su obra a sido un excelente remedio para el culto exagerado de los *emancipadores* de la mujer. También en *Señorita Julia* el vigor dramático del artista sueco alcanza un grado máximo.

A fines del penúltimo decenio del siglo pasado Strindberg llegó a conocer a Federico Nietzsche. Este conocimiento ejerció una influencia poderosa sobre su evolución intelectual. La doctrina del superhombre lo dejó encantado: veía por fin el camino que buscaba durante tanto tiempo sin lograr dar con él. Algunas de sus obras posteriores, como *Chandala* y *Frente al mar abierto*, constituyen la expresión de ese conocimiento. El socialista se convierte en individualista extremo, combate a la democracia, que es según él la tiranía de la multitud ignorante, la victoria de la mediocridad y de las aspiraciones pequeñas. No son las masas que sufren sino la aristocracia intelectual, las personalidades aisladas, las que sienten todo el significado trágico de la existencia humana en una sociedad que no posee profundidad espiritual alguna.

Pero la teoría del superhombre no fue capaz de impresionar para siempre el carácter de Fausto del escritor sueco. Las melodías embriagadoras de Zaratustra se extinguieron poco a poco y el alma del artista volvió a quedar en la soledad. Entonces Strindberg buscó consuelo y satisfacción en el jardín encantado

del misticismo, que ha atraído en los últimos decenios a muchos de aquellos que antes se habían destacado en el campo del naturismo. En esta nueva fase de su vida Strindberg demostró también la misma parcialidad extrema, que ha sido uno de los rasgos característico de su idiosincrasia. Durante algún tiempo hasta llegó a extraviarse en el obscuro caos de las fantasías espiritistas. Una colección de pequeñas narraciones forma su producción correspondiente a ese período, el cual lo llevó, finalmente, al catolicismo. El mismo ha descrito en su obra autobiográfica *Infierno* la trayectoria de esa evolución original y el drama *A Damasco* vemos al "hijo descarrilado" buscar consuelo y amparo en la "gran Madre Iglesia".

Este proceso extraordinario ha sido incomprensible para muchas personas, cuando en realidad resulta harto comprensible. Es el caso del artista que busca la armonía interior, la primera conexión con un grandioso período creador en el arte, y que no puede encontrarla en el tremendo caos de las aspiraciones, deseos y necesidades individuales que dividen hoy nuestra vida colectiva. Es evidente que el catolicismo de Strindberg no era el catolicismo de la Iglesia. Sería un error profundo pensar que las nuevas tendencias religiosas que aparecieron últimamente representan un síntoma de que vivimos en un período de regreso espiritual. No; se trata de nuevas aspiraciones del alma humana, de nuevos caminos creados por la nostalgia de lo eterno. Ellos nos conducen al pasado: aspiran a encontrar la santidad del porvenir. Lo que buscaba Strindberg era la unidad, la gran armonía interior. Ante sus ojos espirituales levantábase la época misteriosa de los dos enigmáticos siglos del misticismo cristiano de la Edad Media. Lo desconocido y lo maravilloso atraían su pensamiento y su co-

razón; aún no concebía entonces que la institución dominadora de la Iglesia no tenía ninguna vinculación íntima con las aspiraciones místicas de esa época. Por eso la Iglesia papal no ha podido tampoco aferrarlo a sí y bien pronto la abandonó para buscar nuevos derroteros, para calmar su nostalgia interior.

En 1900 Strindberg volvió a publicar una novela social, *Las moradas góticas*, en la cual describe a la sociedad tal como él la veía en las postrimerías del siglo XIX. Dicho libro pertenece indudablemente a las mejores obras de esa época. En él ofrece Strindberg un cuadro de los movimientos espirituales de nuestros tiempos, así como de las instituciones políticas, económicas y sociales de los hombres. Mostrando la lucha entre las distintas tendencias, llega a la conclusión de que en el fondo existe una sola cuestión: ¿quién debe dominar en el nuevo siglo, la bestia o el hombre? El punto de vista zoológico, dice, que tanta influencia ejerciera en la literatura moderna durante algún tiempo, ha quebrado espiritualmente; se ha iniciado un nuevo período, el período del alma. Hasta ahora sólo veíamos las exterioridades de los acontecimientos y por ello hemos olvidado el inmenso y eterno enigma de la psiquis humana.

Strindberg ha sido el gran buscador en el caos de nuestra época destructora. Muchas veces cambiaron las ideas del gran artista sueco, pero esa mudanza obedecía siempre a un doloroso proceso de su vida. Fue uno de los artistas más honestos y sinceros de nuestro tiempo. Con excepción de Tolstoi, ningún escritor moderno se atrevió a hablar a sus contemporáneos con tanta franqueza como lo hiciera él. Ha sido Strindberg una de las figuras más carasterísticas entre los artistas coetáneos; su alma estaba plena de nostalgia y de inquietud. Veía las sombras de una gran-

deza que se aproximaba y en su alma se reflejaba el templo de las generaciones venideras. Pero no podía alcanzar la orilla opuesta; vislumbraba el porvenir como un espejismo en el desierto; y murió en el desierto, pero su mirada agonizante hubo de saludar aún el país sagrado que buscara siempre sin haberlo encontrado jamás.

Edgardo A. Poe

"¡Infelices de nosotros!... ¡Desdichada humanidad! Ha llegado, ha invadido la tierra el... el... ¿Cómo se llama? El... Me parece que me grita su nombre y no lo entiendo... El.. ¡Sí! Le oigo gritar... le oigo y no puedo.. Lo repite... sí.. ¡El Horla!... ¡Ya lo he oído!.. ¡El Horla!. Es él... es el Horla... ¡Vino por fin"...

Estas palabras desesperadas de Guy de Maupassant son algo más que una simple pintura literaria, más que una concepción fantástica: son el grito salvaje de un alma torturada, un suceso interior. Maupassant sentía venir al Horla, luchaba con él como lucha un náufrago con la muerte, pero sabía, demasiado bien lo sabía, que iba a perder la lucha. Y venció el Horla, arrastrando a su víctima al mundo sombrío de la locura y de la noche eterna a ese mundo horrible que ya antes se le apareciera al escritor genial en las horas tranquilas de la soledad.

¡El Horla! ¿Quién es? ¿Cuál es la causa de su aparición? ¿Es un principio o un fin? ¿Es el mensajero de un nuevo porvenir o el sepultero de las esperanzas, el enterrador de toda nostalgia? ¿Lo conocían también las generaciones pasadas o sólo apárece en el hombre moderno?

¿Quién es? Hasta ahora no se ha dado una respuesta clara a esta pregunta. Tiene centenares de nombres distintos y se presenta bajo las formas más diversas, pero en todas partes suscita la misma impresión y provoca idéntico terror.

El hombre primitivo por lo general, no lo conocía. Su actividad intelectual se limitaba exclusivamente a las necesidades materiales de su existencia, y por eso sus pensamientos y sus acciones estaban siempre en concordancia mutua. Pero aún en los períodos posteriores, en las épocas de la historia conocida, tampoco encontramos un fenómeno análogo; si hubiera existido, habría hallado su expresión en la literatura y en el arte de esos tiempos. Verdad es que los místicos de la Edad Media conocían esas sensaciones obscuras y de terror para las cuales no hay explicación alguna, esos hondos estados interiores de ánimo que dieron origen, poco a poco, al Horla de Maupassant. Con todo, no era la misma manifestación que se nota en el arte y en la literatura moderna. El hombre de la Edad Media tenía un compás moral: la fe; y cuando su alma se sentía invadida por el terror buscaba y encontraba consuelo en su Dios. La idea religiosa que hipnotizaba a la gente de la Edad Media, movía a menudo a millones de hombres y desarrollaba en ellos las mismas concepciones sugestivas. Un temblor de tierra, una epidemia, la aparición de un cometa o la profecía de que el mundo iba a perecer eran motivos suficientes para infundir un pánico mortal a

países enteros; mas era siempre la Iglesia el sitio donde las hordas humanas desesperadas buscaban la paz y la rendención: Dios era el centro espiritual, el punto de atracción de los desesperanzados y la religión era el bálsamo para las almas atemorizadas y torturadas. Y hasta los satanistas, mucho más numerosos de lo que se imagina, estuvieron también sugestionados por las mismas concepciones; la única diferencia residía en que el centro espiritual de sus deseos y aspiraciones lo constituía el "espíritu maligno", Satán, en quien buscaban la dicha y el consuelo.

Ciertamente, ha habido períodos en la Edad Media en que el miedo y la deseperación se han manifestado en formas sobrehumanas, gigantescas; hubo épocas en que parecía que la humanidad entera había perdido la razón, que la locura dominaba los cerebros humanos. El hombre medievai no sabía ocultar sus sentimientos, su estado psicológico no era todavía tan complicado como el del hombre moderno que encubre sus disposiciones de ánimo e inventa medios artificiales para ocultar su tragedia interna. Y porque la misma sugestión abrazaba en un momento a todos los corazones, la expresión de los sentimientos resultaba frecuentemente tan salvaje, tan brutal y cruel. La manifestación colectiva de esos sentimientos individuales prestaba a esas sensaciones un carácter gigantesco, casi sobrenatural. Pero la vida sensitiva del hombre giraba siempre alrededor del mismo centro de las concepciones religiosas; y cuando el alma humana se sentía arrastrada en los altibajos del mar del terror igual que una barquichuela por la tormenta, poseía, empero, un compás interior que le señalaba el "camino verdadero".

Debido a esto, no se puede comparar el sentimiento de pavor que dominaba de cuando en cuando al hom-

bre medieval con esa sensación sombría del Horla que impresionara el alma de un Maupassant y de otros artistas modernos. El Horla nació en el momento en que el hombre enterró a su último dios, cuando su espíritu perdió el compás seguro, cuando sintió que en el fondo de su alma se desarrollaba algo obscuro, extraño, pavoroso, un segundo "yo" hasta entonces desconocido. Es cuando se siente más cercano a los enigmas eternos de la vida y su alma se petrifica ante la grandeza desconocida.

Con la inciación de la era de la ciencia pareció por algún tiempo que el hombre sería capaz de quitar el velo a todos los misterios. Eran los tiempos en que Moleschott y Vogt aparecían como apóstoles de un nuevo conocimiento, en que *Fuerza y Materia* de Büchner suplantaba a la Biblia. El espíritu humano, que antes se moviera sobre las muletas de la religión, comenzó a moverse sobre ciencia y los métodos científicos hasta llegaron a predominar en el arte y la literatura. Era la época en que el naturalismo celebraba sus triunfos y creía haber establecido de una vez por todas las formas y los principios del nuevo arte.

Pero con el andar del tiempo se volvió a la modestia, pues se comprendió poco a poco que la ciencia era importante para correr el velo y para explicar los intrincados enigmas del universo; los artistas y escritores prestaron de nuevo oído a las voces subterráneas que resuenan desde las profundidades del alma humana, suscitando en nosotros esos estados de ánimo sombríos y misteriosos que nos impresionan con tanta fuerza que los sentimos casi como un dolor físico. Son sensaciones nocturnas del alma humana, de las cuales no existe ninguna explicación determinada. Son las horas en que el hombre se siente solo, tan solitario que toda compañia sólo aparece en él el senti-

miento de su soledad profunda. El pintor Hamershoy ha reflejado maravillosamente esta sensación en un cuadro que representa a cinco hombres sentados ante una mesa, en un cuarto envuelto en la semipenumbra. Parecen estar en compañía; pero contemplándolos con más atención se ve que cada cual está sumido en sus pensamientos: es una compañía de solitarios, nadie conoce a su prójimo, cada uno se siente extraño a todo lo que le rodea.

De esta disposición de ánimo ha nacido el Horla, el segundo yo, el ojo invisible y mudo que cuida cual un espía todo movimiento, toda idea. Y este estado de ánimo ya no es en los tiempos actuales un fenómeno aislado, pues lo hallamos en todas partes en el arte y en la literatura moderna: en la melodías de Chopin, en los cuadros de Eduardo Münch, Fernando Khnopf, Feliciano Rops, Paul Bernard, Sascha Schneider y muchos otros, así como en la obras de Maupassant, Knut Hamsun, Maeterlinck, Ola Hansum, Przybysiewski, Machar, Baudelaire, Strindberg, Kragh, Karasek, etc. Es el estado de ánimo del hombre moderno en esos momentos raros y calmosos en que siente sobre sí las sombras de la eternidad.

***

Los primeros representantes conocidos de este sentimiento del Horla que buscaran y encontraran una expresión artística para concepciones obscuras y profundas del alma humana fueron el romántico alemán Amadeo Hoffmann y el americano Edgardo Poe, una de las figuras más fuertes y originales de la literatura universal y al mismo tiempo uno de los hombres más desdichados y solitarios que hayan existido. El espíritu de Poe ha fecundado a muchos de los más

profundos y significativos escritores de su época y de las generaciones posteriores, a hombres como Fedor Dostoiewsky, Baudelaire, Maupassant, Wilde y otros y su influencia sobre las novísimas tendencias del arte moderno es mucho más importante de lo que se piensa generalmente.

Edgardo Poe nació en Baltimore en 1809. Sus padres fallecieron temprano, dejando tres hijos en la mayor miseria. Un amigo de la familia, Juan Allan, hombre rico, adoptó a los chicos y les dió instrucción. Se interesó especialmente por el joven Edgardo, que era un niño de belleza y de inteligencia extraordinarias. Pero parece que Allan jamás llegó a comprender el alma misteriosa de aquel muchacho, y por eso existía siempre entre ambos cierto distanciamiento que el mismo Allan probablemente no había notado, pero que ha desarrollado sin duda en Poe, desde muy temprano, el sentimiento sombrío de una honda soledad interior.

En 1816 Allan hizo un viaje de negocios a Inglaterra, llevando consigo a Edgardo, entonces de seis años de edad; allí lo confió a cierto doctor Brandsbey, dueño de un colegio de Stock-Newington, cerca de Londres. Poe describió más tarde, en su cuento "William Wilson", el período que pasara en aquella casa antigua y extraña y que fue, según parece, uno de los más impresionantes de su vida. En 1822 Poe volvió a Estados Unidos y continuó sus estudios en Richmond y más tarde en la Universidad de Charlotteville. Como estudiante Poe se distinguió por su inteligencia extraordinaria, fuera de lo común, pero ya entonces se revelaban los aspectos sombríos y misteriosos de su carácter. No se sabe en qué circunstancias Poe abandonó la universidad. Greesworld, su primer biógrafo, sostiene que fue expulsado

a causa de sus pasiones desordenadas y sus orgías, pero las afirmaciones de este calumniador sistemático, que se valió de los recursos más infames para manchar el carácter y la personalidad del poeta difunto, deben ser acogidas con la mayor reserva; además, otro biógrafo de Poe, John H. Winghem, declara que es falsa esa historia.

En aquella época los griegos luchaban por su libertad contra la tiranía turca y Poe, lo mismo que Byron, resolvió tomar parte en esa lucha, por más que su padre adoptivo era contrario a ese propósito. Poe partió para Europa, pero nadie sabe si ha estado o no en Grecia. Tampoco se ha confirmado que haya sido arrestado en San Petersburgo nueve meses después de salir de los Estados Unidos. Poe mismo nunca explicó lo que hiciera durante su ausencia. Al volver en 1929 a su patria ingresó en la Escuela Militar de West Point, pero su espíritu inquieto no pudo acostumbrarse a la disciplina militar y ya en 1831 fue expulsado por desacato y negligencia. Poco después Poe cortó también las relaciones con su protector, quedando repentinamente solo en un mundo en que no podía hallar lugar para sí. Comenzó entonces para él un periodo de dura miseria, que contribuyó seguramente a desenvolverle esas disposiciones de ánimo sombrías y profundas que encontraron más tarde una expresión tan vigorosa e hipnotizadora en sus narraciones. Estando aún en Richmond, Poe publicó un pequeño libro de poesías y poco antes de su expulsión de la Escuela Militar de West Point hizo una edición aumentada de ellas. Pero según parece, el joven poeta no soñaba todavía con la carrera literaria. Sólo más tarde cuando la miseria gris cayó sobre él con toda su crueldad, trató de conquistar un lugar en la literatura. Una feliz casualidad lo salvó de la muerte por el

hambre. El editor de un periódico de Baltimore había fijado dos premios por la mejor poesía y el mejor cuento que se le enviase. Poe, que se hallaba en una situación desesperada, mandó una poesía y seis cuentos y mereció ambos premios. Kennedy, presidente del jurado, a quien impresionaron poderosamente el estilo y el argumento de la narraciones de Poe, invitó al poeta a almorzar en su casa. Es de imaginar los sentimientos que le embargaron al recibir la siguiente respuesta: "Su invitación me ha impresionado muchísimo, pero desgraciadamente no puedo concurrir porque me lo impide el estado de mi personalidad exterior. Tal vez comprenda usted cuán difícil me ha sido hacerle esta declaración, pero no me quedaba otro recurso".

Kennedy fue a buscar al desventurado en su vivienda y encontró a un joven que estaba por morir de hambre. Kennedy hizo por el desdichado todo lo que le fue posible y tal vez el mundo deba agradecerle el no haber perdido a uno de los grandes escritores. Gracias a su intervensión Poe se hizo colaborador y más tarde redactor del *Southern Literay Messenger*, de Richmond, en el cual publicó sus notables y originales cuentos. Allí apareció por primera vez su fantástica narración *El viaje de Hans Pfall a la luna.* Pero precisamente cuando el nombre de Poe se iba haciendo célebre en el mundo literario, fue cuando más desdichado se sentía. Una carta dirigida a Kennedy arroja una débil luz sobre la lucha tremenda que mantenía con las fuerzas sombrías y diabólicas que se desenvolvían en el negro abismo de su alma y le hacía sentir miedo de sí mismo.

Es posible que su casamiento con una sobrina suya, efectuado por aquel entonces, haya sido una salvación para él. Un efímero rayo de felicidad apareció en su

vida, pero no era el áureo brillo del sol, sino el pálido reflejo de la luna. Su joven esposa era de esas figuras tierna y melancólicas sobre las cuales la muerte arroja prestamente su sombra. Casi siempre estaba enferma; Poe la amaba entrañablemente y ella era la única capaz de apaciguar su alma en los instantes de terror y desesperación. Pero aún los contados años que el poeta vivió con esa mujer - hasta que la muerte se la arrebatara - estuvieron llenos de penurias materiales. El romántico Poe no encuadraba en el mundo de los negocios de los Estados Unidos, prosaico y falto de espíritu. Cambió a menudo de actitud, pero la desgracia le perseguía donde quiera que fuese: nadie le comprendía; gentezuela de espíritu menguado lo injuriaba, lo calumniaba y le amargaba la vida. Su miseria era tan grande que una señora filantrópica llegó a reunir para él una suma de dinero a fin de impedir lo peor. En 1847 Poe perdió a su mujer, lo último que poseía y amaba sobre la tierra, a su "espíritu bueno". El desdichado poeta se alejaba cada vez más de los hombres y en su alma desenvolvíase con creciente fuerza el poder de las tinieblas. Su pasión por el alcohol, que ya había desempeñado un papel tan importante en su vida, se vigorizaba. Se embriagaba con vino, con licores y con opio, deseoso de ahogar por un momento las fuerzas sombrías y demoníacas de su alma, de olvidarse de la vulgaridad de la vida. Pudo aún escribir su vigorosa obra Eureka, pero ya su espíritu vivía en otras regiones. En el último período de su vida no podía quedar tranquilo en un sitio y viajaba de ciudad en ciudad. El 6 de octubre de 1847, antes de abandonar Baltimore, entró en una taberna, donde se encontró casualmente con algunos compañeros. A la mañana siguiente fue recogido en el camino un hombre agonizante, quien, no

habiendo sido identificado, fue conducido al hospital, donde falleció ese mismo día. Sólo más tarde se llegó a saber que aquel hombre era Edgardo Poe, el escritor más grande que produjera la literatura de los Estados Unidos.

***

Baudelaire observa con justicia que la sociedad desprecia instintivamente a los que son perseguidos por la desdicha, lo cual nadie a sentido tan hondamente como Poe. Aún después de su muerte no se le dejó en paz y un miserable sin responsabilidad alguna manchó su fresca sepultura con una biografía tendenciosa del desventurado escritor. Un hombre como Poe, claro está, no podía merecer las simpatías de los traficantes de la literatura, quienes sentían que era demasiado grande para sus almas pequeñas; y nada hay tan odioso para los filisteos como la verdadera grandeza.

Sin duda Poe no era un "hombre normal"; pero debido a eso precisamente han visto sus ojos y escuchado sus oídos lo que no pueden ver ni escuchar los demás. Todos los grandes innovadores de la vida, todos los *pioneers* del conocimiento humano, todos los profetas de nuevas ideas, no han sido hombres normales, es decir comunes, y Poe no hubiera hecho lo que hizo si hubiese sido un hombre normal.

Poe es más que un hombre, es un fenómeno moral, un problema que seguirá preocupando durante largos años al espíritu humano. En sus primeras poesías se nota ya algo extraño, algo lejano que produce inquietud. Se diría que se oyeran voces apagadas que provienen de las profundidades, voces lanzadas en medio de una densa neblina. En sus poesías posteriores esta

sensación adquiere una expresión casi sobrenatural, demoníaca. Quien haya leído en una noche apacible su maravilloso poema *El cuervo* sabe que esas estrofas sombrías fueron escritas con la sangre del corazón del poeta y con lágrimas de desesperación. En esa poesía simboliza Poe la muerte de todas las esperanzas. El pájaro negro, el cuervo, es la voz interior que se vuelve cada vez más fuerte e inunda por fin todos los rincones del alma del poeta. Es la voz de las tinieblas, la voz de la desesperación y Poe sabe que resonará eternamente y nunca más se reducirá al silencio: "¡Never, never-more¡"

Desgraciadamente, no es posible ocuparse de las demás poesías: hay que leerlas para sentir su belleza. Mencionaremos tan sólo: *Ulalume, Las campanas, El castillo maldito, El país de los ensueños,* y la maravillosa balada *Annabel Lee.*

Pero es en sus narraciones donde Poe demuestra toda su fuerza extraordinaria, que hipnotiza al lector y lo obliga a seguir al autor a donde éste lo quiera llevar. Con sólo algunas palabras quita el velo de los problemas morales más hondos y nos arrastra a un mundo de noche eterna y de profundos misterios. En el cuento *El espíritu del mal* nos muestra cómo una bagatela, un sentimiento momentáneo, una palabra, puede a menudo determinar el destino de una persona. Un hombre acaba de cometer un crimen; realizó su empresa tan diestramente, tan calculadamente, que ninguna sospecha recae sobre él. Se siente seguro en absoluto, pero esa seguridad lo traiciona. Un día estando solo en su casa, exclama de repente: "¡Estoy seguro!" Y estas palabras lo persiguen, sin que pueda librarse de ellas. Resuenan constantemente en sus oídos, como ocurre a veces con una melodía, un canto que repetimos inconcientemente. Y en cierta ocasión,

caminando por la calle, grita impensablemente las palabras "¡Estoy seguro!", y de pronto un temblor se apodera de su cuerpo. Sintió que manos invisibles se extendieron para asirlo; empezó a correr como un loco, la gente corría detrás de él y no recuperó la calma hasta después de haber revelado su secreto. Poe ilustra ese estado con las siguientes palabras características: "Nos hallamos al borde de un abismo y miramos hacia abajo hasta que empezamos a sentirnos mal y a marearnos. Nuestro primer movimiento entonces es apartarnos del peligro. Sin embargo no nos moveremos de nuestro sitio y permaneceremos como aferrados. Poco a poco todo se vuelve confuso: nuestro malestar, el mareo, el miedo; y nace un sentimiento nebuloso para el cual no existe nombre. Y esa neblina adquiere con el tiempo una forma determinada, del mismo modo como del humo que sale de la botella encantada *Las mil y una noches* se forma un espíritu. Pero la imagen que aparece cada vez más nítida al borde del precipicio es cien veces más horrible que un fantasma o demonio de ninguna fábula; y sin embargo no se trata sino de una idea, idea que hiela el tuétano de nuestros huesos y causa un deseo salvaje en nuestra mente. Es la suposición sencilla: ¿cómo te sentirías cayendo en estas profundidades? Y esta suposición se transforma paulatinamente en el deseo vehemente de ver el cuadro más horroroso de muerte y de dolor que la fantasía pueda crear. Y precisamente porque nuestra razón nos ordena que nos apartemos de la orilla peligrosa, es porque nos sentimos más atraídos. Ninguna pasión es tan importante como la del hombre que está pensando trémulo, al borde de un precipicio, si debe arrojarse o no. Volver a pensar en esta situación, aunque sea un instante, significa perecer irremisiblemente. Nuestra razón

nos dice que esa tentativa es un crimen, y por eso precisamente no nos es posible detenernos".

Este comentario no sólo aclara la tendencia del cuento mencionado, sino que al mismo tiempo arroja luz sobre el estado interior del poeta. También Poe se hallaba siempre pensativo al borde de un precipicio, por el cual fue tragado finalmente. En los relatos "El gato negro" y "El corazón delator" trata Poe la misma cuestión con tanta fuerza que leyéndolos sentimos un temblor de frío que atraviesa nuestro cuerpo y nos hiela la sangre en la venas. Sobre todo el último cuento, en el cual un individuo narra cómo se ha visto obligado a cometer un crimen porque no podía soportar el mal de ojo del anciano a quien asesinara. Todas las noches abría suavemente la puerta de la habitación en que dormía el viejo y dejaba filtrar de una linterna sorda un imperceptible rayo de luz sobre el rostro del anciano. Pero el ojo permanecía siempre cerrado y el homicida no pudo ejecutar su plan. A la octava noche el anciano notó que alguien había entrado en el aposento. "¿Quién anda ahí?", preguntó con voz trémula. El asesino permanecía en la obscuridad, inmovil, ahogando la respiración. Un silencio terrible reinaba en la habitación y sólo se oían los latidos que producía el corazón del anciano, el cual sentía venir sobre sí la sombra de la muerte. Así transcurrió una hora. Por fin, el homicida entreabrió un poco la linterna y nuevamente proyectó sobre el "ojo malo" el mismo rayo pálido, imperceptible. Un grito sofocado, y dos brazos férreos abrazaron el cuello del viejo ahogando en él el espanto juntamente con la vida.

¡Ese rayo fino, imperceptible! Cual hilo delgado penetra en el alma de él se aferran fantasmas obscuros, diabólicos, que tratan de subir de las honduras. Y estas profundidades, este mundo oculto de noche y de

obscuridad eternas era el elemento de Poe, allí se sentía en su casa más que ningún otro. No amaba el día ni la luz y su espíritu sólo se interesaba por los aspectos horribles y tenebrosos de la vida. Las catástrofes del alma, el dolor, la desesperación, los sufrimientos sobrehumanos, tal es la atmósfera que envuelve cual niebla gris la mayor parte de sus narraciones. Poe busca la desventura y la desesperación; el deseo de sufrir se desarrolló en él hasta el grado de una pasión que llega a la locura. Su imaginación no se atemoriza ante ningún horror, pero tampoco los cuadros de ésta naturaleza pierden jamás su delicadeza artística. Tomemos por ejemplo esa escena terrible de su novela *Aventuras de Arturo Gordon Pym*, cuando los cuatro desdichados, los únicos que han quedado del buque náufrago, medio enloquecidos por el hambre, la sed y el espanto, descubren de pronto una embarcación a distancia. Su alegría es indescriptible, ríen y lloran como niños y no cesan de hacer señas a los salvadores desconocidos. ¡Ah, ellos no saben que es la Muerte a quien hacen señas! El buque negro se acerca cada vez más y de repente se deja sentir un olor hediondo, como de cadáveres descompuestos, que apesta el aire en torno; y cuando, finalmente llegó el momento de lanzar una mirada sobre la cubierta del buque extraño, sintieron aterrorizados, que la sangre se les helaba en la venas, pues la embarcación estaba repleta de cadáveres humanos en estado de descomposición.

La escena es horrible, pero al mismo tiempo ¡qué grandeza sombría se halla oculta en esa fantasía espantosa!

Hermosísima por la forma y admirablemente profundo por su contenido es el cuento *William Wilson* y nos explicamos que escritores como Dostoievsky y más tarde Oscar Wilde se hayan valido, cada cual a su

manera, del tema de Poe. *William Wilson* es la historia de un hombre perseguido por su otro "yo", es la historia de la vida y de los sufrimientos del autor mismo. Es la lucha eterna entre Dios y el Diablo que se ha reflejado en el alma de Poe y que finalmente lo ha aniquilado.

La vida de William Wilson es una sucesión de pasiones desenfrenadas, de perversidades y crímenes; es un juguete en manos de fuerzas diabólicas que los atraen como un imán. Pero en todo momento crítico se encuentra con un individuo que lleva su nombre y que tiene el mismo aspecto que él. Y ese hombre le hace advertencias y trata de disuadirlo de sus actos, infundiéndole miedo con su seriedad. Vivía junto con él en el mismo colegio. Entonces se veían todos los días. Al abandonar por fin la vieja y extraña casa se fue a recorrer el mundo, lo perdió de vista, pero cada vez que cometía o estaba por cometer una mala acción se le aparecía el otro y lo contemplaba con sus ojos profundos y serios. Lo odiaba como a la muerte, mas al propio tiempo su corazón le temía. Un día, la última vez que lo viera, se le había aparecido en un baile de máscaras, precisamente en el momento en que quería arrimarse a la joven y hermosa dueña de la casa. Al descubrir nuevamente esos ojos serios y tristes casi enloqueció de odio y de ira. Tomó al intruso por la manga y lo arrastró a otra habitación. Allí cerró la puerta, se quitó el abrigo y extrajo la espada. "Saca tu espada, uno de nosotros sobra en este mundo", exclamó con voz apasionada. El otro lanzó un suspiro y extrajo su espada. Instantes después yacía en el suelo con el pecho ensangrentado. Pero al mirar Wilson en el espejo, vió su propia figura ensangrentada y le pareció oir su propia voz que le decía: "¡Tú has vencido y yo sucumbo: pero en adelante tú estarás muerto

también, muerto para el mundo, para el cielo y la esperanza! En mi existías, y ahora puedes ver a mi muerte, por esta imagen que es la tuya, cómo te has suicidado irremisiblemente".

William Wilson es tal vez el trabajo literario más personal de Poe, a pesar de que uno de sus biógrafos haya sostenido - con razón - que todos sus cuentos son en el fondo capítulos aislados de una gran novela titulada ***Edgardo A. Poe***. En algunas narraciones el sentimiento de pavor y de espanto está mezclado con una ternura extraordinaria como en *La extinción de la casa Usher*. No es posible contar el argumento de este relato. La sola despcripción del viejo castillo, la arquitectura pavorosa de sus habitaciones, el río negro que lo circunda y la extraña atmósfera en que está envuelto como un cadáver en sus mortajas, todo eso suscita en el lector un estado de ánimo indescriptible. Y luego la admirable y delicada figura de Roderico Usher, hombre que ya no pertenece a la tierra y en cuyos ojos se reflejan los bordes de otros mundos. Todo el cuadro nos impresiona como una melodía dulce, indefinida, melancólica. Pero cuando llegamos a la terrible escena en que la hermana enterrada viva llama al hermano enfermo, es cuando sentimos la debilidad artística de Maeterlinck y otros en situaciones análogas, al compararlos con esta fuerza sobrenatural que nos hiela la sangre.

Los que quieren conocer el grandioso poder con que Poe puede hipnotizar al lector, pueden leer *Los sufrimientos, El caso Valdemar, La máscara de la muerte roja, El hombre de la multitud* y otros productos de su imaginación infernal, para lo cual no existió límite alguno.

Hay un cuadro de Eduardo Münch que representa una habitación; a través de la ventana penetra la

pálida luz temblorosa de la luna y cerca de la ventana está sentado una figura solitaria y sombría, sumida en reflexiones. También Poe era un soñador de esta clase, su espíritu se hallaba siempre ausente de la vida lejos de los hombres, entregado constantemente a los hondos misterios de la eternidad. Un sueño ha sido también su maravilloso poema *Eureka*, que dedicara " a los soñadores y aquellos que ven en los sueños la única realidad". Sus sueños son por lo general pavorosos, pero a menudo resuenan de un modo tan fino y delicado cual una melodía suave y solitaria de otro mundo. Maupassant sólo veía el Horla, pero ha muerto con su secreto y en sus ojos profundos y enigmáticos solamente desciframos que existe un camino, pero que es necesario buscarlo...

Oscar Wilde

"No debe juzgarse siempre a un hombre por sus actos. Puede cumplir la ley y ser a pesar de eso un criminal; violar las leyes y poseer un carácter noble; ser malo sin cometer jamás una mala acción; puede ser culpable contra la sociedad y no obstante esa culpa puede llevarlo a una perfección verdadera".

Estas palabras admirables del brillante ensayo de Oscar Wilde *El alma del hombre bajo el socialismo,* contiene uno de los pensamientos psicológicos más profundos y al mismo tiempo, inconscientemente un rasgo biográfico del poeta mismo. El también se había hecho "culpable contra la sociedad", en cuyo seno vivía, y ésta tomó venganza del pecador: lo enterró en vida entre las paredes obscuras de una cárcel e infamó públicamente su nombre, borrándolo de la lista de las personas "puras e inocentes". Ese mismo hombre que había sido uno de los artistas más geniales y valerosos de su época, un hijo de los dioses, nacido en el templo de la inmortalidad, fue arrojado

bruscamente desde su luminoso trono poético al abismo profundo de los perdidos, al mundo tenebroso de los "ex hombres", donde los últimos rayos de amor y de esperanza se pierden, temblorosos, en la obscuridad eterna.

Entre los muros fríos y grises de una carcel sangraba el corazón del poeta. Y cada gota de sangre se convertía en un acorde, uniéndose los sonidos en melodías poderosas, en un ritmo sublime de pureza y armonía maravillosas; y el mundo de los expulsados, el mundo de los criminales y ladrones, fue purificado por la sangre del bardo. La prisión obscura se convirtió en un templo y con las lágrimas y los sufrimientos de los infelices, el genio cautivo cantó ese bello poema: "La balada de la cárcel de Reading", obra maestra de perfección poética.

El que haya leído *La balada de la cárcel de Reading*, esa expresión grandiosa de un alma dolorida y desesperada que exige amor y misericordia para los caídos: quien haya sentido el mortífero dolor moral, el terror horrible que se coloca cual mano helada sobre los corazones de los prisioneros para ahogar sus últimas esperanzas, aquél olvidará que el escritor había incurrido en pecado contra la sociedad y sólo verá el tremendo crimen que ésta a cometido contra el artista desdichado.

Con la publicación de un pequeño volumen de poesías, en 1881, Oscar Wilde inició su carrera literaria. En general, se nota en ellas bien poco de la genial individualidad que revelan sus obras posteriores. La forma técnica es aún demasiado fría y rígida y la inspiración no siempre halla su expresión adecuada. No obstante, esos primeros trabajos contienen algunos cuadros de gran belleza, como por ejemplo la composición *Impresión matutina*, que trata

de la influencia que ejerce, en Londres, una mañana de otoño. Aquello es algo más que una poesía común: es una pintura poética que produce en el ánimo del lector un efecto indescriptible. Delante de nosotros a ambas orillas del Támesis, se extiende la ciudad gigantesca y la neblina espesa y pesada atraviesa los puentes cambiando todas las formas. Los edificios sombríos parecen espectros, sombras negras en la atmósfera indefinida y los faroles miran en la neblina con ojos fatigados y enfermos. Al reflejo mortecino de un farol está parada una mujer pálida, de ojos febriles y corazón de piedra.

El cuadro está admirablemente descrito, influye como un recuerdo personal y halla en nuestra alma un eco sombrío y misterioso. Jamás podremos olvidarlo, y en ciertos momentos recordaremos siempre aquella mujer solitaria de labios rojos y pálido rostro, parada en medio de la bruma obscura, a orillas del Támesis.

En las tentativas poéticas sucesivas se desarrollan cada vez con mayor precisión la poderosa fuerza creadora y las delicadas formas de expresión de Wilde, hasta que por fin logró escribir su obra maestra *La esfinge*. Este libro es uno de los monumentos más notables de la literatura moderna, y aún aquellos que no ven en él sino el arte de un decadente no podrán negar la grandeza majestuosa de su realización.

En *La esfinge*, Wilde nos ofrece un símbolo de la gran tragedia del sexo, una manifestación potente y genial de esas pasiones salvajes que torturan el alma humana, exigiendo constantemente nuevos medios de encanto para ahogar el dolor y calmar las horribles sensaciones de miedo y de terror. En medio de la cálida arena del Egipto, no lejos de las costas fecundas del Nilo, está tendida Ella, semi-mujer y

medio bestia; en sus ojos se refleja el gran enigma del Principio y del Fin de la vida y de la muerte. Hace millares de años que está en el mismo sitio. En la noche de la historia han nacido y han perecido pueblos, se mezcló la vida con la muerte en miles de formas distintas; todos, reyes y mendigos, sacerdotes y guerreros, le han ofrecido holocaustos y ella amó y mató a todos. Ha visto la locura humana en sus manifestaciones incontables, millones de seres le han gritado con voces roncas y labios desecados, bajo el dominio de pasiones violentas, en el éxtasis supremo del deseo sexual. Miembros desnudos se han entrelazado y cuerpos febriles se fundieron para presentar sacrificios a la diosa Astarté. Todo lo ha visto ella, todo lo sabe; el destino de pueblos enteros se desarrolló ante sus ojos, pero sus labios han quedado mudos, igual que el gran enigma de los milenios.

El libro nos recuerda las misteriosas esfinges del pintor belga Fernando Khnopff, que no pueden ser olvidadas una vez vistas. Todos los arcanos ocultos en el fondo del alma humana se reflejan en esas figuras y llegan a nuestros corazones con la misma fuerza sombría que las cálidas palabras del poema genial de Oscar Wilde. Ahí está delante de nosotros, muda y fría como la misma eternidad, pero una voz interior nos dice que esa serenidad magnífica no es más que una pasión reprimida; sentimos el poder invencible de ese fuego infernal que abrasa a mundos y pueblos; esos labios fríos podrían revelarnos el secreto eterno, podrían decirnos la palabra libertadora, pero se mantienen herméticos como el destino inexorable, y tal convicción nos vuelve tristes y melancólicos. Y esta melancolía se extiende cual delicado velo vaporoso sobre la labor poética de Wilde y nos obliga a pensar en lo perecedero de todo lo existente.

Dos aspectos principales constituyen la base de la labor artística de Oscar Wilde: la expresión acentuada de la individualidad y un concepto del mundo puramente estético-filosófico. Para Wilde, el arte es todo y su único principio es la belleza. Es un vigoroso defensor del viejo principio griego del "arte por el arte". Según él, la vida sólo es un medio para una finalidad artística. Toda nuestra cultura no es más que una transformación constante de la naturaleza en formas artísticas. "La vida tiende mucho más a imitar al arte, que el arte a la vida -dice Wilde-; la causa de ello no solamente reside en el instinto vital de hacer imitaciones, sino en el hecho de que el objeto de la vida consiste en descubrir una expresión y el arte le ofrece ciertas formas bellas para realizar ese instinto".

Esta concepción estética del mundo presta al arte de Wilde un carácter admirable, y cuando ella se une a la delicadeza natural de sus sentimientos y sensaciones más íntimas, esa fusión da origen a magníficos cuadros de belleza indescriptible. ¡Cuán hermoso son en este sentimiento sus cuentos *El príncipe feliz, La rosa y el ruiseñor, La casa de las granadas*! ¡Con qué esplendor y con cuánta fuerza se revela allí la imaginación del escritor y qué maravilloso es el colorido de los cuadros que se nos presentan con una perfección encantadora! Esos relatos influyen igual que la música sobre nuestros corazones y nos trasplantan a regiones lejanas y desconocidas. ¡Y cuán profundo es el pensamiento que encierra esa historia del joven príncipe que sueña que el manto de púrpura y la corona de los reyes están hechos con las lágrimas y los inacabables sufrimientos humanos y por eso los rehusa el día que quieren proclamarlo rey!

Allí donde el artista logra hallar una expresión pura para esa fina melancolía que domina los sentimientos más hondos de un alma, la impresión que causa es siempre poderosa. Verdad es que Wilde posee también otros méritos brillantes: su ironía mordaz, su amargo sarcasmo, sus retruécanos espirituales son cualidades generalmente conocidas mas nunca producen sensaciones tan puras. Debido a eso en las obras donde la razón triunfante predomina sobre el sentimiento la impresión no es extraordinaria. Eso puede notarse en las dos comedias *Un marido ideal* y *Una mujer sin importancia.* Ambas abundan en ocurrencias ingeniosas y sin embargo, nos dejan fríos y no impresionan mayormente.

Una impresión distinta produce la tragedia *La duquesa de Padua,* aunque la técnica de esta pieza es todavía defectuosa en partes. El fuego interior, la pasión salvaje, demoníaca, de esta obra, influyen sobre cada nervio del espectador, y no es posible olvidarla. En ella Wilde nos muestra el alma humana en sus transformaciones raras y misteriosas. Todo hombre está sometido a esos cambios de su "yo" interior y jamás podrá comprenderse a sí mismo. En el alma de cada ser humano habita algo extraño, un poder oculto, que puede destruir en cualquier momento el equilibrio íntimo de nuestra existencia moral. El alma humana es sombría y enigmática como el mar; a veces es tersa cual un espejo y brilla a la luz del sol; otras, bulle con pasiones salvajes y los sentimientos comienzan a hervir hasta que la acción criminal le devuelve la calma y la redención. Beatrice la duquesa de Padua, posee un carácter admirable, dulce y delicado; es una de esas mujeres raras que no pierden jamás su pureza natural, su inocencia infantil. Su vida transcurre pacífica y tranquilamente en una me-

ridad armoniosa. De pronto aparece en el palacio un extranjero, Guido Ferrante, y dos almas se buscan se encuentran. En cuadros sublimes celebra el poeta amor apasionado entre el hombre y la mujer. Beatrice ama, ama con todos sus nervios, con cada gota de sangre, pero su alma queda pura y cristalina hasta momento en que el destino está por destruir su amor. Una desesperación salvaje y loca domina los sentimientos de la duquesa. Ya no es la misma Beatrice; es la encarnación viviente de pasiones extraviadas y de instintos sanguinarios y mata al esposo para salvar su amor. Pero, aún en ese momento terrible, permanece pura e inocente y Guido la consuela con estas palabras: "Tu mano ha cometido un crimen, pero tu corazón es puro". Justificamos el hecho de sangre, sentimos su necesidad, porque el artista presenta las horribles convulsiones del alma con tal maestría que dejamos a un lado las consideraciones morales para ver en el todo la expresión inevitable de una catástrofe natural.

La perfección drámatica más completa la ha alcanzado Wilde con su *Salomé*. Un sentimiento sombrío, horripilante, se extiende cual un velo sobre esta pieza hace recordar los enigmas de *La esfinge* o los primeros dramas de Maeterlinck, en los cuales el poder eterno del destino pesa como una carga pesada en el alma de los hombres. Los personajes aparecen ante nuestra vista con tal nitidez cual si fueran figuras de mármol, pero bajo esas figuras bulle un volcán de pasiones salvajes, sobrehumanas, la locura del crimen, la voluptuosidad y el homicidio. La obra se desarrolla en el viejo reino judío de Herodes Antipas, cuando Palestina se hallaba bajo la hegemonía de Roma. El argumento está tomado del nuevo Testamento. Era la época en que la clase dominante trataba de olvidar su

sumisión a los romanos por medio de orgías que amargaban el corazón del pueblo y producían el descontento entre las multitudes. Y entonces aparece Juan, el profeta, y comienza a predicar a los pobres y a los desventurados. "Tenía su vestido de pelos de camello y una cinta de cuero alrededor de sus lomos; y su comida era langostas y miel silvestres". En términos vehementes condena el desenfreno de los poderosos y anuncia a los humildes que el reino de Dios no está lejano. Ataca al rey que desposara a Herodías, la mujer de su hermano, y el pueblo se entusiasma con sus palabras rebeldes y lo mira con devoción fanática. La acción se desarrolla en el momento en que Juan está ya cautivo en un pozo guardado por los soldados del rey; Herodes no se atreve a matarlo porque tiembla ante ese predicador salvaje que tanta influencia ejerce sobre las masas. La cruel Herodías exige la sangre del profeta que la ha maldecido en presencia del pueblo señalando sus pecados. Pero sabe que en ese sentido nada logrará del rey y aguarda el momento oportuno. Con un vigor genial pinta el artista el cuadro grandioso de la corte, la atmósfera de lujuria que reina en ella. Y en esa atmósfera vive Salomé, la hija de Herodías. Es casta y tiene el alma incontaminada. Su belleza maravillosa cautivó el corazón de Herodes, quien persigue con ojos apasionados su figura augusta, pero ella se mantiene fría e indiferente y el amor le es aún desconocido. Salomé es todo un carácter. Desprecia la vida que la rodea, ignorando si existe otra mejor. Un día pasa delante del pozo donde está encerrado el profeta y de pronto llegan a sus oídos las palabras: "Arrepentíos, que el reino de los cielos está cercano". Ella nunca había visto al Bautista, pero sabe que condenó a su madre y maldijo al padrastro. Su voz le produce una

extraña sensacion; una nostalgia indefinida abraza todos los rincones de su alma; jamás había escuchado palabras semejantes; una mano desconocida ha tocado de improviso las cuerdas más ocultas de sus sentimientos íntimos y siente deseos de ver al hombre capaz de pronunciar sentencia tan profundas y enigmáticas. Y Juan sale de su tumba. Salomé se vuelve pálida de terror; no puede soportar su mirada. Ahí está delante de ella el profeta del Señor, terriblemente salvaje como la naturaleza eterna. Su rostro es amarillo igual que la cera y demacrado como el de la muerte, arde en sus ojos el fuego de pasiones sobrehumanas, de sus labios parten maldiciones horribles; pero Salomé nada de eso toma en cuenta: un sentimiento completamente nuevo, el deseo sexual, acaba de nacer en ella. La fiebre invade cada miembro de su hermoso cuerpo; ella ama a ese salvaje, lo ama con una pasión loca, quiere besarlo, desea estrechar su cuerpo enflaquecido, mas él la rechaza con una maldición y vuelve a su cueva. Y Salomé se queda sola, gritando con loca pasión:"¡Déjame que te bese, déjame que te bese!"

Pero nadie le responde. Y de pronto Salomé comprende todo lo ocurrido y su pasión se transforma en odio mortal. Ella siente que una mano glacial se coloca lentamente sobre su tierno corazón, apagando allí la última chispa de amor. Y resuelve que el profeta debe morir.

En el palacio real se celebran fiestas ruidosas. Pero Herodes está malhumorado. Su corazón se ve agitado por sentimientos sombríos y para olvidarlos ruega a Salomé que baile delante de él. Y ella lo hace. Su cuerpo divino tiembla de pasiones diabólicas. Aquello no era una simple danza: son movimientos sobrenaturales, y el rey pierde todo dominio de sí, sus

ojos persiguen con miradas encendidas cada movimiento, y, ciego de pasión, jura concederle todo, aunque fuera la mitad del reino. Se produce una situación terrible, y Salomé reclama friamente la cabeza del profeta. El rey esperaba cualquier cosa menos eso; pero ha jurado y debe cumplir. Algunos minutos después le traen a Salomé la cabeza sangrienta de Juan. Ella la toma de los cabellos y sale al jardín. Allí en la obscuridad, quiere besar los labios muertos que la habían injuriado cuando ella les exigía amor. Como enloquecida aprieta sus frescos y cálidos labios contra la boca yerta del profeta. Pero en ese instante un rayo de luz cae sobre ella y el rey descubre la escena horrible... Eso destruye repentinamente su amor y con voz fría ordena que maten a Salomé.

La impresión que produce esa pieza es indescriptible; las bellezas estéticas son maravillosas y el pensamiento del artista está magníficamente desarrollado. Todos los personajes, especialmente Salomé, están presentados con gran nitidez. Wilde ha ofrecido con su protagonista un tipo de extraordinaria fuerza y energía. Salomé es grande en todos sus actos y si quiere juzgarla debidamente hay que dejarla a un lado el concepto del "bien y del mal" y tomar en cuenta la unidad de su carácter.

La censura teatral inglesa, una de las instituciones más medievales y reaccionarias de Europa, prohibió, claro está, la representación de la obra, a causa de sus escenas "inmorales" y eróticas. Sobre esos pequeños filisteos, Salomé produjo una impresión terrible y fácil de imaginar con qué energía se empeñaron en salvar la moral social, esa moral que en el fondo no es más que una sarta de mentiras convencionales y de máscaras de hipocresía.

De una manera más profunda ha desarrollado Oscar Wilde el carácter íntimo de sus conceptos en la hermosa obra *El retrato de Dorian Grey*. Este libro es una ilustración maravillosa del estado de alma en que se halla el hombre moderno. La lucha trágica entre la razón y el sentimiento que tan importante papel desempeña en la vida de los contemporáneos, está expresada en esta obra de una manera maestra y recuerda frecuentemente los sombríos estados de ánimo del escritor polaco Stanislav Przybysiewski. Dorian Grey posee un cuadro maravilloso, su propio retrato que se transforma a medida que él cambia. Es un hombre de una belleza clásica y esa hermosura queda la misma durante toda su existencia. Su vida es una especie de vicios desenfrenados, lujurias y crímenes. Goza de la vida en mil formas distintas; el placer es un principio vital, prueba todos los goces, pero nunca queda satisfecho; su instinto satánico lo impulsa constantemente hacia nuevos placeres y nuevas pasiones. Y esa vida desarreglada no ejerce la menor influencia sobre su físico; en su rostro se refleja la eterna belleza de la juventud.

Empero, Dorian Grey ha olvidado que existe otro yo, espejo misterioso del alma, que no se cambia mediante el físico exterior. Los hombres olvidan generalmente ese segundo yo interno, temen echar una mirada sobre ese espejo misterioso del alma; pero hay ciertos momentos en la vida del hombre en que el alma se siente solitaria porque pierde el interés por todo fenómeno exterior y sólo se ocupa de sí mismo. Esas horas no son frecuentes, pero existen y cuando llegan el hombre siente la respiración pesada del destino eterno. Dorian Grey conoce también esos momentos y entonces es cuando se acuerda de sus retrato. Mas éste constituye para él la peor fuente

porque el retrato le muestra con cruel precisión el estado de su alma. En medio de la tormenta de las pasiones desenfrenadas, su "yo" físico se ha conservado joven, mas su "yo" moral se ha puesto débil y marchito. Contempla el retrato, pero lo que se le ofrece a su vista ya no es el hermoso y soberbio Dorian Grey, sino un anciano gastado, de mejillas marchitas y profundas arrugas en la frente. Y los rasgos del cuadro se vuelven cada vez más horrorosos y, finalmente Grey no ve más que un horrible caricatura de la que antes había sido. Y siente la verdad, la tremenda, la terrible verdad; sabe que el retrato no miente; que su aspecto exterior es joven y fresco, pero que su alma ha encanecido y su corazón se ha tornado viejo y desecado. Y esta verdad lo persigue día y noche; no puede hallar reposo, el retrato horrible es una pesadilla, la voz interior que no cambia por las circunstancias exteriores. Por fin, su odio al cuadro se hace tan grande que trata de destruirlo a fin de librarse de su horrible presencia. Pero el acero que destruye el retrato hiere su propio corazón. La destrucción del cuadro es el suicidio de Dorian Grey.

Esta obra nos recuerda el cuento de Edgardo Poe, *William Wilson.* Pero, mientras que en el cuento de Poe sentimos exclusivamente el miedo y el terror, en Dorian Grey las bellezas estéticas y una profunda idea filosófica desempeñan un papel predominante.

En 1895 llegó para Oscar Wilde la catástrofe. El asunto es demasiado conocido para que lo repitamos. El artista fue condenado a dos años de trabajos forzados por haber mantenido relaciones homo-sexuales con lord Alfredo Douglas. Ese proceso así como la sentencia, es uno de los actos más vergonzosos que imaginarse se pueda. Wilde fue sencillamente aniquilado por la condena. Todo lo perdió, y los editores

hipócritas hasta se negaron a vender publicamente sus obras, por no ofender los llamados "sentimientos morales" de la "buena sociedad". El favorito de las musas, el hombre que estaba en la cúspide de la literatura inglesa, se convirtió bruscamente en un pobre prisionero, condenado a los más terribles dolores físicos y morales. Y en ese estado de ánimo escribió aquel poema maravilloso: *La balada de la cárcel de Reading*. Existen pocas obras literarias en que el dolor humano haya sido expresado con tanta perfección majestuosa como en esos hermosos versos que el poeta publicó con el pseudónimo del número de su celda: C.3.3. En ese poema magnífico desaparecen todas las diferencias del mundo exterior. El poeta está ligado al asesino; el dolor común igual a todos. Nadie que haya leído esa pequeña obra maestra podrá olvidar al joven soldado que mató a su amada por amor. Los jueces lo condenaron a muerte y él pasa sus últimos días en la prisión de Reading. Oscar Wilde describe las últimas escenas de la vida perdida de un hombre, con tal rigor dramático que cada palabra penetra en el alma igual que un fuego sagrado. Todas las mañanas los prisioneros contemplan al joven soldado con miradas de espanto; saben que deben morir y sus corazones empiezan a llorar con lágrimas de sangre. Y cuando llega la última noche, nadie duerme en la cárcel. El terror y la desesperación se han extendido por todos los pechos y los viejos criminales lloran e imploran, cada cual en su celda, como niños inocentes. Y cuán hermoso es el motivo del poema:

Yet each man kills the thing he loves,
By each let this be heard:
Some do it with a bitter look,
Some with a flattering word
The coward does it with a kiss,
The brave man with a sword

(Y sin embargo cada hombre mata lo que ama, oiganlo todos: Algunos lo hacen con una mirada de odio, otros con palabras acariciadoras, el cobarde con un beso, el valiente con una espada.)

Al salir de la cárcel, el poeta abandonó Inglaterra, yéndose a Francia. Allí vivió bajo el nombre de Sebastián Melmoth, retirado y abandonado por todos. Su situación material era también mala y el mismo hombre que llevara antes una vida de lujo pasó sus últimos años en la miseria y en la soledad. En 1900 falleció Wilde. Su amargo destino y los terribles sufrimientos materiales y morales lo quebrantaron por completo. Después de su muerte se publicó su *De Profundis*, libro de gran fuerza y belleza.

Oscar Wilde mismo es una figura dramática en el arte moderno; su sino horrible lo ha convertido en un verdadero mártir. El hombre que ha escrito con la sangre de su corazón aquellas sublimes estrofas en la cárcel, vivirá siempre en nuestros corazones como "el prisionero de Reading".

Gustavo Adolfo Bécquer

"Había una vez"... Amable lector, ¿has meditado en alguna ocasión sobre el alcance de estas palabras?

"Había una vez"... En mi infancia ellas han sido la llave de un paraíso oculto, llave de un mundo lejano y hermoso, lleno de misterios y de apariciones sorprendentes, en el cual lo posible no está limitado y donde el pensamiento se columpia cual una mariposa sobre flores aromáticas y verdes hojas. Pero el tiempo transcurre, pasaron los años, el niño se hizo hombre y los sueños dorados se han desvanecido.

"Había una vez"... Casi todos los cuentos del viejo libro generoso empezaban con estas mismas palabras. Era un libro querido y valioso; es decir por el exterior hacía una impresión muy pobre, igual que un miserable vestido de harapos. Las tapas eran viejas y rotas, desgarrado el lomo y las hojas sucias y deshechas. En cada página podían notarse las huellas de pequeños dedos mugrientos y aunque aquello no era agradable

¿Quién reparaba entonces en esas minucias? Sé únicamente que ese libro me era más caro que la Torah para un judío devoto; y tal vez lo quería tanto precisamente porque era viejo, roto y sucio.

Es probable que me preguntéis el título de la obra y en nombre de su autor y ahí es donde he de quedar sin respuesta, porque, a decir verdad, nunca los he sabido ni tuve interés en conocerlos. Yo puedo referiros todo su contenido, sin omitir una sola página - y creedme que son historias maravillosas - pero hacedme el bien de no interrogarme acerca del título y nombre del autor. Los niños se fijan siempre en el contenido y no existen para ellos títulos ni autores. Muy otra cosa ocurre con los hombres formales; ellos son más civilizados, más cultos y por eso generalmente se contentan con el título y olvidan del todo el contenido. ¿Y qué puede exigirse a los niños? No son más que chicos.

"Había una vez"... Apenas abría el libro y leía estas tres palabras, se descubría ante mí todo un panorama de ríos plateados, admirables ciudades con edificios de oro, verdes praderas y obscuras selvas llenas de bestias salvajes, princesas encantadas y gigantes terribles de siete cabezas y diez pares de manos, con cada dedo igual al mástil de un buque.

Pero basta ya. Pasó ese tiempo, mi libro se deshizo del todo, el viento dispersó las hojas desgarradas y junto con ella volaron también las dulces ilusiones de la niñez. Es decir, logré apoderarme de un par de hojas antes de que el viento se las llevara y las conservo como suave recuerdo de tiempos pasados. Las he guardado en un libro de mi pequeña biblioteca; hasta podría deciros en cuál pero temo que os burléis de mí. Aunque en realidad ¿por qué he de temer? Reíos en buena hora: he guardado mis hojas dentro del

Don Quijote. Diréis que mejor hubiera sido ponerlas en el *Hamlet* de Shakespeare, mas eso no tiene importancia para mí. Y si más tarde llegara a convencerme de que teníais razón, preferiría quemar mis hojas antes de haceros caso.

Cada primero de abril saco un volumen del inmortal Cervantes con el propósito de leer las aventuras del valeroso caballero Don Quijote de la Mancha y de paso mi mirada cae sobre mis viejas páginas; se han vuelto amarillentas y los caracteres son tan pálidos que apenas es posible reconocerlos. En torno mío todo está en silencio, la pequeña lámpara arroja su débil reflejo sobre los viejos papeles y yo comienzo la lectura: "Había una vez"... Y cual un espejismo en el desierto aparece repentinamente ante mis ojos aquel antiguo mundo fantástico que encarnaba en sí toda la nostalgia de mi infancia. Los ríos argentinos y las ciudades de áureos edificios, las princesas encantadas y los gigantes de siete cabezas vuelven a resucitar y me hacen señas con las cabezas, cual viejos amigos. Yo leo y sigo leyendo y mi corazón se siente de pronto aliviado, regocijado, y en mi alma resuenan las ondas tranquilas de melodías maravillosas que nadie fuera de mí puede percibir. Súbitamente se oye un ruido seco, suena el reloj, despierto como de un sueño, y el mundo antiquísimo ha desaparecido. Durante algunos instantes me quedo sentado en silencio, pensativo, no sé si reir o llorar; por fin me levanto, guardo con cuidado las hojas amarillentas en el libro y vuelvo a colocarlo en su sitio. "Tonto, - Me digo a mí mismo - de nuevo has vuelto a soñar. Fíjate tan siquera en el almanaque: hoy es el primero de Abril".

***

"Había una vez"... Ante mis ojos se extiende un vasto camino cubierto de ruinas, esqueletos humanos, polvo y ceniza. Su origen se pierde en la noche y en las tinieblas y nadie sabe donde va a terminar. Allí donde caen los primeros débiles rayos sobre el camino misterioso yacen herramientas de piedra y algunos cráneos humanos, últimos vestigios de un pasado remoto. Y el camino prosigue. Sobre rocas vetustas se ven figuras maravillosas grabadas por manos inexpertas, primer producto de una rudimentaria imaginación artística. Arrojó una mirada sobre el camino dilatado, sobre las figuras y los dibujos sorprendentes que manos humanas trazaron en las piedras arcaicas y mis labios murmuran en voz baja: "Había una vez"... El sendero se desliza al lado de los monumentos derrumbados de una civilización primitiva; viejas tumbas e ídolos rotos cubren la tierra, cementerio gigantesco. De la arena amarilla del desierto se levantan las pirámides, se yergue la figura misteriosa de la Esfinge. Pasaron millares de años pero los labios de piedra aún permanecen cerrados y en la mirada de los ojos indescifrables se oculta todavía el gran enigma.

Sigue el camino delante de los templos de la India, que me refieren la historia de una época grandiosa, tal vez la más magnífica que haya atravesado la humanidad. Prosigue más allá, siempre adelante, pasando en medio de las ruinas de Nínive, de Babilonia y de todos los imperios orientales, que nacieron y se desmoronaron en polvo a través de las edades. Veo las ruinas soberbias de Grecia, un templo de Júpiter destruído, una Venus rota, signos de tiempos gloriosos, mas también ellos han desaparecido sin dejar en nuestros corazones otra cosa que la nostalgia de la belleza eterna y las tres palabras terribles: "Había una vez"...

Ante mis ojos yacen los muros derruídos de Roma. Habían sido edificados para la eternidad; entre esos muros se jugó el destino del mundo, pero también ellos se han convertidos en ruinas, igual que los monumentos de los emperadores romanos; escombros, polvo y ceniza y veo los restos de Jerusalem y de Cartago; sobre las piedras dispersas está sentada la Muerte y sueña con la eternidad.

El camino sigue adelante, más lejos aún, y noto un negro precipicio, repleto de millones de huesos humanos. Los dos extremos están unidos por un puente destartalado, en medio del cual se levanta una cruz. Al otro lado del puente cambia el escenario: el trayecto está cubierto con ruinas de antiguos conventos, capillas góticas, iglesias y catedrales, soberbios palacios y estatuas destruídas. De en medio de estas piedras nos habla un mundo obscuro y misterioso, mundo hasta ahora poco comprendido. Y en ese mundo hallamos todavía resabios de una vida oculta. Un paso más y el imperio de las ruinas ha terminado. Allí está el límite que separa el pasado del porvenir, la vida de la muerte. Tronos derrumbados, espadas enmohecidas y cadenas, pesadas cadenas de hierro, sirven de mojones; allí está el límite, pero mis ojos se vuelven atrás, hacia las tumbas taciturnas en las que fue sepultada la grandeza de los milenios. "Había una vez"... Y recuerdo las palabras del gran Calderón: "¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción. La vida es sueño y los sueños, sueños son".

¡La vida es sueño! Este era el punto de vista de toda una época por muchos conceptos incomprensible para el espíritu materialista de nuestro tiempo. Es posible que esa interpretación sea justa, empero no se trata de una ilusión común; es un sueño de carne y sangre, un sueño que deja escombros, polvo y ceniza; no es la

ilusión guardada en mis hojas amarillentas, el dulce sueño de mi infancia. ¿Pero tal vez existan algunas relaciones ocultas entre ambos sueños? ¿Quién lo puede decidir? Una idea extravagante y maravillosa acaba de atravesar mi mente: se me figura que allá, entre las tumbas derrumbadas y las ruinas que cubren el largo trayecto, el viento agita unos trozos rotos de papel; yo no se por qué, pero me acuerdo repentinamente del viejo libro sin título, sin autor, recuerdo las páginas desgarradas y sórdidas que el viento se llevó hace mucho tiempo. Y siento que allí está escondido otro misterio; trataré de descubrir la verdad, mas hoy no: será en la noche del primero de abril.

***

"Había una vez"... En este mundo tengo la intención de introduciros hoy, en el mundo del delicado artista español Gustavo Adolfo Bécquer. Fue un poeta, un poeta verdadero, uno de aquellos que se extinguen lentamente de hambre y de miseria y cuando los queridos semejantes descubren al cabo su talento, su cuerpo está ya tan débil que no puede soportar tanta "bondad" y tanta "simpatía". Pocos artistas han pasado por horas tan amargas, experimentando tantas desgracias y decepciones como Bécquer. Su biografía es una serie de sufrimientos materiales y morales, un verdadero martirologio y sólo las últimas horas de su vida fueron iluminadas por algunos rayos de esplendor.

La biografía del poeta puede contarse en pocas palabras. Bécquer nació en la hermosa ciudad de Sevilla, en 1836. Sus padres murieron temprano, no dejándole más que una rica imaginación y un hondo sentimiento poético. Una parienta adinerada se hizo

cargo del niño y puso el mayor empeño en hacer de él un buen comerciante. Pero el alma poética del jovenzuelo estaba destinada para un fin superior al de enmohecerse en la prosaica atmósfera de un negocio. Bécquer se desprendió violentamente de la odiosa ocupación y a los diecinueve años se fue a Madrid con el propósito de encontrar la verdadera vida. Pero allí también sufrió una desilusión. Las enfermedades, el hambre, la miseria eran sus compañeros constantes y en tanto que su imaginación suntuosa creaba cuadros grandiosos de indescriptible belleza, el cuerpo enclenque iba consumiéndose poco a poco. Por fin, cuando sus narraciones pletóricas de colorido llamaron la atención del gran público, éste comenzó a ocuparse del desdichado poeta. Mas era ya demasiado tarde. Precisamente cuando veía el crepúsculo de una nueva vida, la muerte lo llamó a su seno. Murió en diciembre de 1870, a los treinta y cuatro años de edad. Sus últimas palabras fueron "¡Todo es mortal!"

De todo lo que el artista español ha creado, sus poesías y leyendas forman la parte más valiosa. Sus *Recuerdos de un viaje de arte,* sus *Pensamientos* y sus pequeñas novelas y sobre todo los fragmentos de la gran obra *Historia de los Templos de España* son monumentos literarios de rara belleza; sus descripciones maravillosas de las obras maestras del arte religioso medioeval, su profundo conocimiento de aquellos tiempos, cuando los hombres sentían de un modo distinto al de ahora y sus corazones estaban ligados a otros ideales, nos muestra la fuerza creadora de un artista de fina sensibilidad. Pero el verdadero Bécquer se revela en toda su plenitud en las *Leyendas* y en las *Rimas.*

Las *Rimas* son flores crecidas en el jardín encantado de una fantasía ardorosa; sentimos cada ritmo cual

una música suave que adormece el alma y la transporta a regiones ignotas.

Bécquer es un admirador apasionado del pasado, no del vulgar pasado material, sino de aquella nostalgia misteriosa por algo desaparecido que no se puede olvidar. El fondo de la mayor parte de sus cuentos son paredes derruídas, ruinas de antiquísimos conventos con admirables cuadros sagrados y esculturas deshechas, viejas iglesias de paredes caídas, paisajes montañosos cubiertos por restos de castillos vetustos que nos recuerdan en todo momento aquellas tres palabras enigmáticas: "Había una vez"...

Y esas viejas ruinas desmoronadas reviven de pronto bajo el cálido aliento de la imaginación del poeta. El pasado resucita, lo que ha sido se enlaza con lo que es, desaparece el límite del tiempo y con la respiración contenida seguimos al bardo en su mundo propio y fantástico.

La fuerza poética de las evocaciones de Bécquer es gigantesca y llega a tocar cada cuerda del alma. Sus palabras desarrollan cuadros y melodías. Cada leyenda es un cuadro literario, una composición musical. Habrá muy pocas personas que no se sientan profundamente impresionadas por *El Miserere*. Todos los personajes aparecen patentemente ante nuestros ojos. Vemos al músico forastero, cómo sufre y vive. Peregrina de pueblo en pueblo, de país en país, está ciego y mudo para todo lo que ocurre alrededor suyo y sólo siente el gran dolor que busca su expresión en melodías poderosas. Ahí están sentados alrededor del fuego en un convento, los tres pastores; el anciano les refiere la historia misteriosa del cántico nocturno en la montaña, vemos los rostros encantados cuando el extranjero abandona de súbito el recinto y se pierde en las tinieblas, en medio de la tormenta y de la llu-

via, para alcanzar al cabo el gran objeto de sus deseos. A la pálida luz de la luna reconocemos las negras ruinas del convento destruído entre toscas rocas. Oímos el sonido del reloj y ante nuestros ojos se desarrolla el terrífico cuadro de los monjes muertos que suben del negro abismo para entonar su cántico desesperado. Cada detalle está descrito con plástica precisión e influye con fuerza sorprendente sobre nuestros sentimientos más íntimos. Y cuando vemos que el músico peregrino está sentado ante su mesita y escribe las notas que oyera en esa noche terrible, deteniéndose de rato en rato para distinguir las melodías que aún resuenan en sus oídos y cuando, finalmente, se da cuenta de que sus fuerzas son demasiado débiles y que ni es capaz de concluir la obra, en el momento en que lo invade la gran desesperación, la locura, la muerte, entonces comprendemos claramente la tragedia poderosa, la lucha eterna entre la voluntad ilimitada y la ejecución real. Se nos figura que toda la humanidad se ve encarnada en aquel forastero, en el músico misterioso que busca la perfección suprema y encuentra la eterna desesperación, la demencia y la muerte. Y ante mi vista surge nuevamente el larguísimo camino, cubierto de ruinas, tierra y ceniza. Allí también se soñaba un día con la perfección sempiterna, mas lo que ha quedado de los sueños soberbios es un montón de ceniza y templos en ruinas. Todo el camino no es más que una melodía rota, fragmentos de un grandioso himno a la eternidad, pero falta el final, el cántico de los monjes en la montaña...

Bécquer sabe dar expresión de una manera maestra a las voces misteriosas que nos hablan en las horas de soledad en la vida, cuando el alma se siente sola, igual que un bote sobre las olas de una mar tranquilo.

Diríase que alguien nos llama, pero no sabemos quien; y, sin embargo, seguimos a la voz misteriosa, porque el corazón nos dice que allí está la dicha, la dulce serenidad y la paz eterna. Nos ocurre lo mismo que al peregrino solitario en la noche silenciosa, el cual buscaba la "flor azul", que sólo florece si se besaba con los pálidos destellos de la luna. Esta sensación la pinta Bécquer con admirable poesía en la leyenda *Los ojos verdes*. Entre las rocas agrestes de las montañas de Moncayo, en medio de un selva tupida, existe una fuente encantada; ningún cazador se atreve a pisar ese sitio, porque en el agua mansa habita un espíritu del mal. Pero el noble caballero Fernando no le arredran las superticiones que le cuentan sus cazadores. Cruza el lindero y descubre la fuente; mas desde entonces Fernando se cambia del todo. El cazador apasionado se convirtió en soñador caviloso. Siempre anda pensativo, evita a la gente y se siente mejor en la soledad del monte, en las orillas apacibles del cause encantado. Nadie conoce la causa de esa transformación y el sabe unicamente que alguien lo llama. En el agua profunda había visto los ojos, ojos grandes y enigmáticos, verdes como las esmeraldas. Y esos ojos lo persiguen día y noche, le parece que son de una mujer de hermosura maravillosa, la busca diariamente, mas no puede dar con ella. Por último, una tarde, mientras el sol estaba ya por ocultarse y una ténue neblina cubría el agua cual delicado velo blanco, Fernando la encontró sentada al borde del arroyo; sus cabellos caían sobre los níveos hombros y el cuerpo desnudo brillaba con una belleza sobre toda ponderación. Fernando estaba encantado del cuadro sublime. Y la mujer de los ojos enigmáticos le habló así: "¿Ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que

se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie.... Ven, la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino... las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles, el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven, ven... "Fernando no oía más que la música celeste de su voz argentina, no veía otra cosa que sus ojos, profundos, que lo llamaban: "Ven, ven"... Como dominado por el sueño, dió un paso hacia el lago. Y de pronto sintió que unos brazos delgados y flexibles lo atraían y buscó la felicidad eterna allá abajo, en el fondo de la corriente.

Admirable por la forma y el contenido es también la leyenda índica *El caudillo de las manos rojas*, ese grandioso himno poético de la naturaleza siempre creadora y eternamente destructora. No es posible referir aquí esa leyenda; es, conjuntamente, música y pintura; es preciso verla y sentirla pues no es para ser descrita.

Lo característico del arte de Bécquer se nota en su grado máximo en las leyendas que tratan del profundo poder místico del catolicismo español. En ese sentido la fuerza sugestiva del poeta es casi ilimitada y nos recuerda a Edgardo Poe y a E. T. Hoffmann. No se trata del grosero catolicismo del Papado, no; sino de un delicado e inconcebible estado de ánimo que la arquitectura interior, las imágenes misteriosas, la luz quebrada y el eco profundo de la voz humana producen en una vieja catedral gótica. Es el mismo estado de ánimo que inspiró a Strindberg para escribir su obra *A Damasco* y que cautivó con fuerza magnética a artistas de tan exquisita sensibilidad como Ola Hansun y Huysmans. Es el estado de ánimo

que el gran enigma de la vida provoca en las horas solitarias del conocimiento íntimo. Las *Leyendas* de Bécquer nos ofrecen de ese místico estado de ánimo, que dominó durante toda una época, un concepto más preciso que las mejores historias de la civilización de la Edad Media.

La última leyenda, *El rayo de luna*, que es al mismo tiempo una evocación alegórica de la vida del poeta, produce una impresión inolvidable. Influye sobre nosotros como un sonido profundo y triste en una noche apacible, que se pierde poco a poco en la lejanía.

Manrique es hijo de la soledad y sólo se siente bien en el fantástico mundo de sus propios ensueños. Busca siempre lo que nunca puede encontrar y esa nostalgia eterna por lo desconocido constituye para él toda la vida. Cierta vez, en una noche serena, mientras paseaba por un obscuro parque entre las ruinas de una vieja iglesia, divisó en medio de los árboles espesos algo blanco que se desapareció al instante. Su imaginación le dice que aquello era el blanco vestido de una mujer que buscaba la soledad profunda de la noche igual que él. Y su corazón tiene ahora un deseo más; hallar la hermosa desconocida. La busca por todas partes, en los palacios, en los bosques, entre las montañas, pero no puede encontrarla. Han transcurrido meses. Y nuevamente Manrique va a pasear al mismo parque, una noche calmosa, solo con sus ensueños. De pronto, sus ojos perciben otra vez entre los árboles el mismo destello blanco. Corre con la fuerza de la desesperación al sitio en que apareció el claro reflejo, mas allí no encuentra nadie. Empero, mientras permanece absorto, vuelve a mostrarse la misma aparición. Manrique se queda helado de repente se abalanza de sus labios una

carcajada loca; acaba de comprender el misterio: aquello no era otra cosa que un rayo de luna que atravesó por un momento las tupidas hojas de los viejos árboles. Manrique perdió la razón y a todo lo que le preguntaban respondía con indénticas palabras :"El amor es un rayo de luna... cántigas... mujeres... gloria... felicidad... mentiras todo, fantasmas vanos que formamos a nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo y los amamos y corremos atrás de ellos...; ¿para qué? ¿para qué?; para encontrar un rayo de luna..."

Y de nuevo veo ante mí el camino interminable, las ruinas desmenuzadas, cubiertas de polvo y ceniza, me acuerdo de mis hojàs amarillentas y me parece que finalmente he llegado a comprender por qué todas las historias comienzan con estas mismas palabras: "Había una vez"...

Multatuli

Fue en 1860 cuando se publicó en Amsterdam un libro con el extraño título de *Max Havelaar, o las licitaciones de café de la Sociedad Comercial Neerlandesa.* El autor de esa obra se llama Multatuli, pero pronto se supo que se trataba de un alto empleado del gobierno holandés en la colonia de la India, cierto Eduardo Daues Decker, que había elegido deliberadamente la palabra latina "Multatuli" como seudónimo porque significa: "uno que ha sufrido mucho".

Ese libro es una de las apariciones más originales de la literatura universal, una cálida protesta contra las crueldades inhumanas de la política colonial holandesa, una mezcla maravillosa de ironía mordaz y de amor intenso, de odio ferviente y de exaltación rebelde; escrito con las lágrimas de millares de miserables seres humanos, torturados y esclavizados, es un grito amargo de un corazón que clama por justicia y nada más que justicia. Raras veces ha ocurrido que un

hombre solo, sin amigos, sin partidarios, tuviese tanto valor para atacar a un gobierno, a todo un pueblo, de un modo tan formidable como Maltatuli lo hiciera en su *Max Hawelaar*. Pero no es tan sólo la crítica mordaz lo que marca la importacia extraordinaria de la obra; su forma, su estilo grandioso, revela a primera vista que un genio es quien nos habla. El libro se asemeja a un volcán, bulle y arde igual que un mar de fuego e impresiona como un acto libertador.

Para los comerciantes de café de Holanda, *Max Hawelaar* fue, moralmente, una sentencia de muerte. Multatuli los describió en toda su desnudez brutal, arrancándoles las máscaras de los torpes rostros y criticando con férvido acento su baja infamia, sus corazones desecados y sus almas polvorientas.

Comienza el libro con la declaración característica del traficante de café Batavius Drogstoffel: "Soy comisionista en café y mi dirección es: Lurien-Gracht, Número 37". Ya sabemos, pues, desde el primer momento a quien tenemos el honor de tratar. Drogstoffel es el verdadero tipo de negociante holandés, del comerciante en general, encarnación viviente de toda una clase. Su principio vital se reduce al café y nada más que el café. Juzga todas las cuestiones públicas y políticas según la relación que tenga con el comercio de esa especia; para él existen tan sólo dos clases de individuos: los que entienden algo de café y aquellos que nada saben de eso. Los primeros son realmente útiles a la sociedad; de los demás no vale la pena ocuparse. Vive con el café, duerme con el café y sueña con él, "tiene a Dios en los labios y un comercio de café en el corazón"; en una palabra, Drogstoffel es el mercader en persona, el negociante de moral estrecha, de hipócrita decencia, de puntualidad automática; es el hombre cuyas ideas y sentimientos

se desarrollan en el estómago en lugar de la cabeza, el hombre de conciencia honesta, de pingüe moral y gruesa billetera.

Por casualidad, Drogtoffel se convierte en "literato". Un amigo de otros tiempos, en la actualidad "sujeto miserable, que ni siquera posee un sobretodo", le hace entrega de un rollo de manuscritos. Entre ellos se encuentra Drogstoffel algunas poesías, que, como es natural, no le producen ninguna impresión, así como otras "tonterías". Todo eso empieza a producirle fastidio, mas de pronto descubre un escrito intitulado: "Informe sobre el cultivo de café en Medana". Fue una gran sorpresa. En el fondo, Drogstoffel no puede comprender como un hombre que compone poesías y anda sin sobretodo sea capaz de escribir algo sobre el café; pero la historia resulta interesante y Drogstoffel decide hacer el mismo un libro, claro está, con el material del otro. En su casa se alberga ocasionalmente el hijo de un comerciante alemán de su relación, Ernesto Stern escribirá cada semana un par de capítulos; el hijo de Drogstoffel, Fritz, corregirá la ortografía y María, la hija, copiará el manuscrito para la imprenta. De cuando en cuando, Drogstoffel mismo intercalará algún capítulo, a fin de que la obra resulte de un interés práctico. Los primeros cuatro capítulos son de él y es de imaginar su contenido. Con el quinto comienza la verdadera historia de Max Hawelaar. En términos fogosos refiere Multatuli sus memorias de alto empleado en la India. Ante nuestros ojos desfilan cuadros maravillosos de vivos colores, todo un paraíso; pero en ese paraíso se desarrolla la tragedia de un pueblo y Multatuli narra los hechos con tal vigor que el corazón se estremece y el alma empieza a gemir de dolor.

Y ese libro fue compuesto en una pobre buhardilla de Bruselas, fue escrito con la amargura de un hombre que todo lo había probado fracasando, empero, en todo. Multatuli estaba sin pan, sin lumbre, cuando escribió con manos febriles las duras experiencias de su vida: se vió obligado a pedir prestado de un muchacho diez céntimos para comprar un frasco de tinta...

La obra produjo el efecto de un trueno; pero Multatuli debió presenciar cómo los Drogstoffel no sólo lo calumniaban e injuriaban de la manera más soez, sino que también lo privaban de su libro, de su *Hawelaar*, que escribiera con la sangre del corazón. En efecto, el editor se negó a imprimir una segunda edición y solamente diez años más tarde, cuando sus herederos vendieron a otro los derechos de autor, pudo hacerse la segunda edición.

Mucho padeció Multatuli en esos diez años; empero los sufrimientos lo hicieron más valiente, más fuerte, más avanzado. Al principo ocupábase casi exclusivamente del problema de la India, pero después dedicó su atención a todas las instituciones de la sociedad. Se vió en la situación del Doctor Stockman, en *El enemigo del pueblo* de Ibsen, quien, al comienzo, hablaba únicamente del agua putrefacta de los baños locales hasta que llegó a descubrir que todas las fuentes vitales de la sociedad estaban envenenadas por el egoismo mezquino de los Drogstoffel y sus sucesores.

En 1861 Multatuli publicó sus *Cartas de amor,* obra singular, única en su forma y por su contenido, donde el genio del poeta se manifiesta en toda su fuerza y belleza. Es el libro del gran amor y del gran odio, "escrito por un dios y por un diablo", como dijera él mismo, todo un panorama del alma humana en sus múltiples estados y sensaciones. Es un conjunto de

acentos tan dulces y mágicos como el canto del ruiseñor en una noche serena de verano y de himnos de guerra, vehementes y apasionados como un huracan. Amargura y nostalgia, odio e ira, ironía y desprecio, vigor y belleza, valor, sangre, lágrimas, todo está fundido en esos cuadros grandiosos, en esas extrañas cartas de amor entre tres personas, -Max, Tina v Fency- las más raras que hasta ahora se hayan escrito.

Max, el joven Siegfried de valor titánico, que no se deja impresionar por las viejas tradiciones y teorías grises y que tiene un solo lema: "Primero la voluntad, luego la fuerza y finalmente la victoria" es el poeta mismo, Multatuli el luchador, el rebelde, el anarquista; y Tina es su mujer, que ha vivido a su lado los amargos tiempos de la India, explotada, dolorida, decepcionada. Y Fency, esa Fency admirable a quien Max dirige las cartas indescriptibles, es el alma del poeta, esa alma soberana, profunda y heroica, que fue ensangrentada, violada y pisoteada en el mundo de los Drogstoffel, en el cual el café y la hipocresía son la únicas leyes de la vida. Contra esa raza maldita de los Drogstoffel de nada sirve el heroísmo. Ellos viven en el fango de la vida, sobre el estiercol de la historia; hieren al adversario con pequeñas espinas agudas, con mugre, con vilezas y calumnias. Ninguna espada podrá destruirlos, es preciso romper los vidrios de las ventanas para que revienten del aire fresco. ¡Ah, los Drogstoffel, los Drogstoffel! Ellos también son casi inmortales, igual que la eterna ignominia ¡Ayúdanos, Fency! ¡Trata de que tu héroe no se ahogue en el café; no, en el lodo!

"¿Ves el sol Fency? ¿O tú misma eres el sol? ¿Eres el centro de la tierra que lo atrae todo? ¡Entonces, cada gota de lluvia es un mensaje tuyo! En tal caso,

cada relámpago que parte las nubes, cada trueno, es una carta amorosa para tí, para tí. Sí, sí, yo arrojo esta carta a la calle, para que el transeunte crea que puede apropiarse de ella contra la entrega de un centavo por página... Pero va a engañarse: el rayo quemará sus dedos"...

Empero, Fency sufre, no puede vivir en este mundo pequeño, ella exige luz, aire, libertad. Y Max le refiere esos admirables cuentos sobre el origen de la autoridad. Con las verdades crueles que forman el contenido de esas breves historietas, otros han llenado bibliotecas enteras.

En las *Cartas de amor* se refleja plenamente la lucha interior que soportó Multatuli y toda la grandeza de su carácter. Es la tragedia de un luchador solitario y al mismo tiempo la tragedia del genio humano. Mas no lo será para siempre, pues la última epístola es un canto triunfal de un hermoso porvenir: "Primero la voluntad, luego la fuerza y finalmente, la victoria".

Es de notar que Multatuli, cuya situación era del todo precaria, escribió este libro para ayudar a una familia que estaba en la miseria. Este "individualista" estaba siempre dispuesto a ceder a otro su único mendrugo de pan. El mismo hombre que en 1861 escribiera las *Cartas de amor*, libro para todos los tiempos, publicó en 1862 el siguiente aviso en tres periódicos de Amsterdam:

"Hago saber al pueblo holandés que tengo delante de mí una carta, en que una persona me amenaza con vender mis bienes. Todos mis bienes se componen de mi ropa y de mis hijos. Nada más poseo. Y esto, para vergüenza de vosotros, holandeses, y no la mía.

Eduardo Daues Deeker."

Estas pocas palabras son un documento revelador para todas las épocas, una terrible acusación contra la razón social Drogstoffel y Cía.

Las Cartas de amor no solamente constituyen uno de los libros más originales de la literatura universal, sino que es también uno de los más revolucionarios que hayan sido escritos. Aún allí donde los ataques del escritor genial y rebelde van dirigidos contra las crueldades de la política colonial holandesa, sentimos instintivamente su vigorosa protesta contra las injusticias de la sociedad moderna.

No es posible transmitir todas las bellas sensaciones que produce ese libro raro. Con una sola palabra el escritor arroja frecuentemente, con la rapidez del rayo, un destello luminoso en los rincones más obscuros del alma humana. Del mismo modo como el demonio en *El diablo cojuelo* de Lesage quita todos los techos de Madrid, con el objeto de mostrar al estudiente Sambulio las tragedias ocultas que se desarrollan entre las cuatro paredes estrechas, así también arranca Multatuli, en sus *Cartas de amor*, los tejados de las instituciones y de las costumbres humanas y las representa en su aspecto verdadero.

"Mi profesión consiste en derribar lo viejo" decía Multatuli de sí mismo, y cumplió la palabra. La obra de toda su vida fue un gran acto de rebeldía, una valiente declaración de guerra a la sociedad, y las *Cartas de amor* pertenecen a las páginas más hondas y más bellas de esa labor.

Ese libro provocó una verdadera revolución en Holanda. Los Drogstoffel de todos los partidos y tendencias perdieron la calma y dieron la voz de alarma de que la sociedad estaba en peligro y que Multatuli quería destruir las Tablas de la vieja moral y del orden establecido. En verdad, ninguno de ellos

era capaz de entender el significado de esa obra, pero su instinto les decía que el maldito libro era la condenación del limitado mundo mental de los Drogstoffel, hecha por un pensador y artista genial.

El "Gravenhaagscher Neusbode", uno de los periódicos más conocidos de aquella época, emitió su juicio sobre las *Cartas de amor* en la siguiente forma:

"Tenemos ahora un moderno Erástroto. Es el culto del "yo" de Multatuli. Toca todo lo que el hombre tiene de caro y de precioso. Predica las peores doctrinas, las más inmorales. Todo aquello que la nación aprendió a amar y a respetar, él lo ha pisoteado. Niega la existencia de Dios, el Antiguo Testamento y lo Evangelios. No cree en la existencia del alma, ni en la inmortalidad y sólo reconoce su propio "yo" como la única divinidad existente.

Y después de exhortar a los lectores a boicotear al poeta, ese periódico se captó la simpatía agradecida de la firma Drogstoffel y Cía. Esa ha sido siempre la táctica de los mercaderes: boicotear el estómago y ahogar el pensamiento...

. . . . . .

Viviendo en la miseria más extrema, Multatuli hizo todavía algunas tentativas literarias, hasta que, finalmente, comenzó a escribir su gran obra *Ideas*. El mismo ilustró el caracter de ella en una carta dirigida a su editor:

"No; no se diga que nadie ha intentado librar al pueblo de la maldición que pesa sobre él. No se diga que nadie ha tenido el valor de tocar la inmensa llaga de que padece el pueblo: la mentira... Le ruego que acepte la edición de la obra que he resuelto publicar. En ella haré reflexiones sobre la verdad. Este es mi programa, mi único programa. Ofreceré informes,

historias, cuentos, parábolas, análisis, memorias, novelas, profecías, paradojas... Titúlela *Ideas,* y no de otro modo, y que sea su lema: "¡Un sembrador sale a sembrar!"

Ideas es una obra grandiosa, un recio ataque al templo de los filisteos, una lucha contra todas las instituciones de la sociedad moderna. En pocas líneas, el holandés genial formula las verdades más profundas. No perdona a nadie y en cálidas palabras predica el evangelio del amor sagrado, de la belleza eterna y del hombre nuevo, "hasta ahora no descubierto todavía". Y de pronto se detiene para escribir la historia maravillosa del "Pequeño Voltaire", en la que estudia el alma infantil con tal maestría que hasta sus adversarios más empedernidos tuvieron que bajar los ojos ante él.

El séptimo y último tomo de las *Ideas* apareció en 1877. Esos libros fueron escritos con sangre, con la sangre del corazón, y el hombre que los compuso sufrió de una manera sobrehumana en su vida. Sus ojos profundos vislumbraban el hermoso país de la belleza y de la libertad, y debido a eso los Drogstoffel le quitaron el último pedazo de pan. Sólo al final de su vida un amigo le ofreció la ocasión de descansar un poco. En una pequeña aldea de Alemania murió, en 1886, a los 66 años de edad.

Tolstoi, profeta de una nueva era

> Lo que ven vuestros ojos, lo que tocáis con vuestras manos, no son más que sombras y el sonido que resuena en vuestros oídos no es sino un eco grosero de la voz interior que implora y gime en el seno de la creación.-
>
> **De Lamennais.**

Cada vez que leo alguno de los trabajos filosóficos de Tolstoi me acuerdo de un cuento de Erich Gustavsen, *El baile de máscaras.* Cierto conde opulento ofrece un baile de máscaras a sus numerosos amigos. En el amplio y hermoso salón engalanado la vida circula en centenares de distintas formas. Las parejas se deslizan al sonido de una dulce música; en todas partes reina buen humor, risas y alegría. Pero de pronto aparecen en medio de la alegre reunión dos nuevas máscaras, un payaso y un monje. Nadie sabe de dónde salieron, ni han sido invitadas, ni quienes son; empero cada cual siente que algo extraño, algo frío y terrible se desenvuelve en su corazón, algo que no armoniza con el regocijo que predomina en la

velada. Ambas máscaras pasean por la sala y susurran al oído de todos los que se les aproximan palabras que queman cual fuego en el alma. El payaso critica con cruel ironía los aspectos ridículos y mezquinos del carácter de cada uno, arrancando sin piedad el velo que cubre los pensamientos, los anhelos y las esperanzas más íntimas; el monje por su parte, toca con sus observaciones hondas heridas en cada corazón, haciendo sentir a todos que la alegría externa no puede ahogar el dolor interior.

Cada uno de aquellos con quienes han hablado los dos forasteros se ubica silenciosamente en un rincón y olvida la ruidosa alegría del baile. Cada cual siente que en su corazón se han tocado cuerdas que antes nunca habían resonado. Más tarde, cuando desaparecen los dos intrusos, la mayoría olvida lo que acaba de ocurrir, pero algunas personas permanecen serias y vuelven, pensativas, a sus casas.

También Tolstoi es uno de los pocos que se han tornado serios en el baile de máscaras de la civilización moderna, uno de aquellos que se encaminaron meditando a sus casas y que ya no han de volver. El también escuchó las voces misteriosas que le susurraron al oído y sintió la ironía amarga, apasionada y cruel del payaso y la tristeza desesperada, la seriedad dolorosa de las palabras del monje. Y esa revelación interior ha influído sobre sus sentimientos más íntimos, sobre cada nervio de su actividad intelectual, dando origen y desarrollando en él ese espíritu profético y esa honda fuerza moral que tan poderosamente apelara a la conciencia de nuestra época.

Existen pocos escritores en quienes esa comprensión interna haya tenido una expresión tan potente como en Tolstoi. Adviértase inmediatamente que no se trata de descripciones comunes, sino de experiencias

interiores, de recuerdos del alma, que se transforman por la mano creadora del artista en una vívida obra de arte.

Las obras principales de Tolstoi llevan todas ellas un sello autobiográfico y a medida que avanzaba en edad manifestábase más claramente ese carácter de sus escritos.

En su primer aporte a la literatura, *Infancia,* se revela a primera vista la mirada genial del artista verdadero. El análisis delicado del alma infantil que Tolstoi nos ofrece en esta obra pertenece a las creaciones más hondas y puras que contiene la literatura moderna. Irteniev, el protagonista de la novela, es el propio Tolstoi, quien nos refiere con una fuerza poética admirable cómo el mundo circundante con sus fenómenos y sucesos se refleja en el alma de un niño. En los complementos de esa obra, *Adolescencia y Juventud,* el rasgo autobiográfico aparece más evidente aún, al mismo tiempo que su maravillosa capacidad de describir los más mínimos detalles externos, sin perjudicar con ello la armonía artística de la obra en general. Esta capacidad extraordinaria, condición real de todo gran artista, se nota en todos los trabajos del escritor ruso. Sus admirables paisajes y escenas del Cáucaso, donde sirvió como oficial, son cuadros literarios en el más amplio sentido de la palabra. En los dos trabajos que pintan el sitio de Sebastopol, en el cual el autor tomó parte en su calidad de oficial del ejército ruso, se ocupa Tolstoi por primera vez de los aspectos misteriosos y trágicos de la vida. En esa descripción de la guerra eminentemente originales, basados en las más finas observaciones psicológicas, se reconoce ya el futuro creador de la formidable obra. *La guerra y la paz.* Pero Tolstoi tuvo que cursar aún otra escuela de la vida antes de que madurase la

filosofía grandiosa que forma la nota fundamental de la mencionada obra.

Al volver Tolstoi en 1856 de Sebastopol se convirtió en uno de los favoritos de la alta sociedad. En San Petersburgo fue recibido como uno de los "héroes" que habían tomado parte en las luchas sangrientas de Sebastopol y al mismo tiempo como el joven y talentoso escritor a quien los mejores críticos rusos predecían un brillante porvenir. Que el joven artista no había encontrado a su gusto el militarismo era cosa que se notaba ya por sus cuadros de guerra; pero aún no tenía una idea determinada, un ideal para el porvenir. En la capital rusa se entregó con todo apasionamiento a la vida de la juventud aristocrática; frecuentaba los cafés lujosos y los sitios de placer, donde el vino y la mujer son los dos polos alrededor de los cuales gira todo. Durante algún tiempo el joven escritor halló satisfacción en esa persecución constante de nuevos placeres refinados; mas finalmente llegó también para él la reacción inevitable que le llenó de repugnancia por esa vida vana, falta de contenido espiritual. Un carácter como el de Tolstoi no podía naufragar en el inmenso lodazal de aquella sociedad que se llama con orgullo "la clase privilegiada". Comprendió que esa vida no era más que un bullicio capaz de aturdir por algún tiempo el espíritu y de disecar el alma; pero un carácter de verdad, que busca algo más profundo en la vida, sentirá la desesperación con más fuerza después del bullicio.

En las obras de Tolstoi creará en aquel período, fácil es ver la búsqueda de algo nuevo y a menudo se tiene la impresión de que un enterrado vivo lucha con todas sus fuerzas para llegar al sitio donde percibe un rayo ténue, suave. El rayo desaparece de vez en cuando en la obscuridad, pero vuelve a reaparecer siempre.

Cuando Tolstoi abandonó finalmente a Rusia para conocer de cerca la vida de la Europa occidental, uno de los motivos que le impulsaron a ello fue sin duda el descontento interior, la vacuidad de una existencia que ya no podía satisfacerlo. La cultura de la Europa occidental constituía entonces el ideal de las clases instruídas de Rusia y cuando más hondamente sentía la juventud culta la tremenda ignorancia y la situación desesperada de las vastas multitudes de paisanos rusos, tanto más brillante le parecía la vida social y política, la educación y la ciencia de la Europa occidental. Y la mayoría, en efecto, se sintió deslumbrada por el colosal progreso técnico e industrial de aquellos países, por los millares de resultados de una ciencia racional y por los principios modernos de la política de esa parte de Europa.

Pero Tolstoi tampoco halló allí la solución de los importantísimos problemas que le habían quitado su tranquilidad interior. Su aguda mirada crítica percibió en seguida que esa brillante civilización europea no era sino un velo con que se cubría la barbarie social. Comenzó a darse cuenta de que esa cultura famosa basábase en la miseria de millones de siervos del jornal que una falsa ciencia consideraba un mal necesario. Veía que el proletariado, a quien la pobreza había aglomerado en los grandes centros de la industria europea, era cada vez más arrancada de la madre tierra y de la naturaleza y a causa de ello perdía paulatinamente todo contacto íntimo con la generalidad de los acontecimientos. Sentía que el hombre que pierde toda relación íntima con la naturaleza, no es más que una flor arrancada de la tierra fértil: se marchita y muere.

Tolstoi ha sido uno de los contados hombres que no se han dejado deslumbrar por el progreso técnico e

industrial externo de un período transitorio. Toda la cruel injusticia de esa llamada cultura se descubrió repentinamente ante su vista y comprendía cada vez con mayor claridad que tampoco allí encontraría una respuesta clara a las grandes cuestiones que le perseguían.

Ya en Rusia comprendía Tolstoi que el pequeño círculo de ociosos parásitos que forman la llamada "alta sociedad" está fuera del grandioso y misterioso proceso de la vida. Esta convicción se arraigo más aún en él después de conocer la Europa occidental. Comenzó a darse cuenta de que esas masas obscuras, desconocidas, esclavizadas y menospreciadas forman en realidad el terreno fecundo del cual surge todas las grandes aspiraciones generales, todas las renovaciones de la vida y de las formas sociales. Entre esas masas, a las cuales se ignora, a las que no se comprende, es donde se puede hallar la raíz de todo ideal. Todo gran movimiento ha nacido en el seno de las multitudes; han sido sus esperanzas; ellas han sido la base de toda cultura, de todas las transformaciones. El espíritu de las multitudes ha movido a millones y millones de individuos, ofreciéndoles las mismas convicciones, los mismos deseos, la misma nostalgia. El ha determinado el carácter de los más grandes períodos de la historia humana y todo lo que creara el genio del individuo ha sido inspirado y fructificado por esa fuerza misteriosa que vive y aspira en lo más profundo de la vida social.

El formidable cuadro de Tolstoi *La guerra y la paz* se funde en esta filosofía de las masas; es la consecuencia lógica de tal convicción. Esta maravillosa obra artística desenvuelve ante nuestros ojos, cual un panorama gigantesco, la historia de Rusia desde 1805 a 1812, ese período colosal de la vida de los pueblos

europeos en que las bocas de los cañones proclamaban por doquier la sangrienta y férrea ley de la guerra. No es una novela histórica en el sentido común de la palabra; es un cuadro grandioso creado por uno de los más grandes pintores, quien ha comprendido e infundido vida en cada detalle, en cada carácter, sin olvidar por eso la magna y gigantesca idea fundamental de la obra total.

En *La guerra y la paz,* Tolstoi ha destruído la fe de los pragmáticos en los héroes, de los que sólo ven en la historia las "grandes personalidades" e ignoran totalmente la vida y las aspiraciones de las muchedumbres. A todo aquel que haya leído alguna vez con entusiasmo el libro de Carlyle sobre los héroes, le aconsejo que lea inmediatamente la vigorosa obra de Tolstoi y es seguro que lo curará de su fe en los elegidos. Toltoi conocía la guerra por experiencia; él mismo la había visto en todas sus manifestaciones y por eso sabía que los llamados "héroes" de la historia no son más que hombres y a veces hombres insignificantes que han conocido el arte de adornarse con el mérito de los demás, de los desconocidos y olvidados por la historia, que son en realidad los que "hacen la historia".

Yo no conozco ninguna obra en la literatura antigua y moderna en la que la acción misteriosa de las multitudes, sus anhelos íntimos y sus sentimientos hayan encontrado una expresión tan poderosa e inolvidable como en esta obra genial. ¡Y qué riqueza de colores y escenas ¡El sangriento campo de batalla de Austerlitz y Borodina, el incendio de Moscú, la terrible retirada de Napoleón y todos los tristes acontecimientos de aquella época se reflejan con incomparable precisión ante nuestros ojos y sobre todo ello flota la maldición del los pueblos, la

terrible acusación contra el asesinato organizado de la masas: la guerra.

No es este el lugar para ocuparnos de *Ana Karenina,* la novela de Tolstoi en la que ya se encuentran los primeros indicios de su severa interpretación posterior de las relaciones entre el hombre y la mujer, que halló tan particular expresión en *La Sonata de Kreutzer* y en sus escritos filosóficos. Sólo hablaremos de él como hombre y pensador que ha llegado con toda energía a las últimas consecuencias de un punto de vista anarquista.

* * *

Personas que han sido educadas a base de conceptos e ideas de la vida de la Europa occidental se explican dificilmente la evolución religiosa que atravesará Tolstoi en el período comprendido entre 1875 y 1880, así como su ensalzamiento de la doctrina cristiana. Y no obstante, este proceso evolutivo ha sido lógico para una naturaleza como la de Tolstoi. Después de haber llegado a la conclusión de que sólo en la multitud puede hallarse aspiraciones ideales no era sino muy evidente que tratara de ahondar en la vida del labriego ruso. De esta manera llegó a conocer más de cerca las numerosas sectas religiosas y cristianas de los campesinos rusos, enemigos de la Iglesia oficial y cuyas persecuciones sufrían constantemente. No existe en la Europa occidental otro país en el cual el sectarismo religioso esté más desarrollado que en Rusia, país donde ejerce profunda influencia en la psicología popular. Este fenómeno curioso no ha sido bien explicado aún y sin embargo hubo en épocas anteriores movimientos análogos en la Europa occidental: la existencia de millares de sectas anticlericales que

han interpretado a su modo el cristianismo y predicado la igualdad de todos los hombres. Los grandes movimientos populares de los albagineses, husistas y anabaptistas, que fueron los iniciadores de una formidable revolución social, revolución que sólo pudo ser reprimida gracias a la unión general de los reyes cristianos, de los nobles y de la Iglesia católica y protestante; el movimiento causado por Wycliffe en Inglaterra: todos esos anhelos que se han desarrollado en el seno del pueblo tienen una gran similitud con el sectarismo actual de Rusia. El sectarismo desaprueba el cristianismo oficial, la doctrina y el predominio de la Iglesia. Muchos de sus adeptos creen encontrar todo el ideal de la doctrina cristiana en las comunidades comunistas de los primeros cristianos. Niegan el dominio de un hombre sobre otro y reconocen como base de una verdadera moral cristiana la solidaridad y el apoyo mutuo.

Tolstoi, como ruso, ha sido evidentemente influenciado por esas hondas aspiraciones espirituales de su pueblo; sentía instintivamente que era aquel terreno en que podía trabajar y difundir las convicciones más arraigadas de su corazón. Era aquel el campo que fecundó el espíritu del artista y pensador ruso, llevando sus frutos a todos los países y a todos los pueblos. Para Tolstoi la religión es un deber interior que ve en cada semejante un amigo y un hermano. Rechaza todas las ceremonias exteriores de la Iglesia y reduce su cristianismo a estos términos: "Ama a tu prójimo como a ti mismo" Por eso ve en Jesús la figura ideal más grande que ha producido la humanidad. No es al Jesús de la Iglesia, al hijo del Dios personal a quien adora, sino a Jesús hombre, mártir, que murió por su doctrina. Bien sabía Tolstoi que Jesús sólo puede ser grande como hombre; como Dios no es un

mártir, ni un sufrido, ni un perseguido, pues no es posible que lo sea como Dios.

Partiendo de esta base desarrolla Tolstoi un anarquismo consecuente. Como enemigo de la Iglesia lo es también de toda organización política fundada en la fuerza y en la obligación. Condena al Estado en todas sus formas y ve en toda institución de gobierno una monopolización del crimen. El patriotismo, el nacionalismo, el odio de razas, la política, la diplomacia, el militarismo, la guerra, la ley, no son más que ramas aisladas del árbol del pecado. Tolstoi rechaza toda ley humana y sólo admite que el desarrollo del fuero interno constituye la condición real para una sociedad fraternal. Claro está que es el enemigo del monopolio de la propiedad, e igual de los anabaptistas y otras sectas religiosas de la Edad Media preconiza la comunidad de la tierra. Esta pertenece a todos los hombres y el que se apropia de ella en un criminal. El ideal económico de Tolstoi es el comunismo agrario-anarquista. Pocos escritores han censurado tan severamente las instituciones de la sociedad moderna como lo hiciera Tolstoi, pero han demostrado de un modo tan evidente que el progreso de nuestra llamada civilización es en realidad un proceso de degeneración física y moral. La caza desenfrenada de los placeres refinados, el lujo desordenado de las clases dominantes y la miseria corporal e intelectual en las grandes ciudades civilizadas, donde el hombre está aislado de la naturaleza, son síntomas terribles de esa degeneración. Como J. J. Rousseau ciento cincuenta años atrás, Tolstoi proclama como lema: ¡Volved a la naturaleza, a la madre tierra! Cuanto más sencilla y humildemente viva el hombre, cuanto más estrecha sea su vinculación con sus semejantes, cuanto más puros sean sus sentimientos, tanto mayor será su regocijo interior.

Tolstoi no es un reformador, no pertenece a aquellos que quieren curar el mal por medio de pequeña mejoras. Su doctrina va dirigida contra los fundamentos de la sociedad moderna; combate la escencia y no la forma de nuestra llamada civilización. Aspira a reorganizar la sociedad y la vida humana sobre una base nueva y rechaza todo compromiso. En este sentido el filósofo de Iasnaia Poliana es un verdadero revolucionario.

Rechazando toda clase de violencia, Tolstoi reprueba también la violencia como medio para combatir el mal. Es preferible sufrir de los injustos, antes que ser injusto, tal es su lema. El mal hay que combatirlo no con la violencia, sino con el valor de las convicciones. Un ideal puro sólo puede ser realizado mediante medios puros.

Comprendemos este punto de vista; más todavía: agreguemos que el terrorista revolucionario no es indudablemente el tipo ideal del porvenir; pero también a él lo comprendemos, pues estamos convencidos de que la gran injusticia no puede caer sin erupciones violentas y de que debe morir por sus propias armas. Allí donde el hombre gime, sufre y muere bajo la maldición de un sistema brutal, la protesta violenta no es sino la consecuencia lógica e inevitable de ese sistema. Eso es lo que nos enseña la historia de todas las grandes revoluciones populares.

Pero admitimos también con profunda convicción el alto significado de la fuerza moral, que se manifiesta en diversos hechos, como lo pide Tolstoi. El boicot moral contra el Estado, la resistencia al servicio militar, es, fuera de duda, un método táctico que apela a los sentimientos más elevados del hombre. Pero nos falta la fe creer que este método puede por sí solo libertar al hombre de la maldición de la esclavitud.

Muchos son los ríos que afluyen al mar, pero al cabo todos ellos se unen para un solo fin. También nuestros caminos pueden ser diversos, pero el ideal que llevó a Rousseau ruso a una nueva vida es el mismo que arroja su luz en el abismo de las criaturas humanas esclavizadas, que aspiran a la libertad, a la dicha, a la luz.

Tolstoi es el profeta que ha vislumbrado el país de nuestros hijos, el templo soberbio de las generaciones venideras. Es el país de nuestras esperanzas, el gran objeto de nuestra nostalgia, al cual saludamos con la palabra libertadora: ¡Anarquía!

Carlos Fourier

Han transcurrido cien años desde que apareciera uno de los libros más notables que se haya escrito: nos referimos a la obra capital de Carlos Fourier, *Teoría de los cuatro movimientos.* Se publicó por primera vez en 1808, en Lyon, sin el nombre del autor, y no llamó mayormente la atención. Muy pocos fueron los que leyeron ese libro y de ellos la mayor parte llegó a la conclusión de que el autor era sin duda alguna un desequilibrado.

Los tiempos eran poco propicios. Toda Europa estaba convertida en un gigantesco campo de batalla: el estampido de los cañones dominaba la situación política general, el viejo mundo naufragaba en un mar de sangre y de fuego y no había lugar para meditaciones y especulaciones críticas sobre la Sociedad. Esa situación anormal de Europa, especialmente de Francia, donde Napoleón movilizaba un ejército tras otro, fue la causa principal para que no se le atribuya importancia alguna a la aparición de esa obra rara

que un pensador solitario editaba por su propia cuenta. Pero hubo otro motivo que impidió la difusión del libro, aún más adelante, cuando las condiciones para el estudio de los problemas sociales fueron más favorables, a saber: el estilo horrible en que está escrita la obra, estilo que recuerda frecuentemente la jeringonza metafísica del filósofo alemán Hegel y de muchos de sus discipulos y continuadores, así como también las imágenes notablemente fantásticas con que Fourier sorprende a sus lectores. Fourier, que se llamaba a sí mismo "el sucesor de Cristo" consideraba sus ideas como una especie de revelación; él, personalmente, estaba convencido de que su "descubrimiento" representaba lo más grandioso que había alcanzado el espíritu humano hasta entonces y esa convicción se trasluce en centeneares de pasajes de su primera obra. Se advierte que el propio autor se sentía admirado de sus propias ideas. Todo un mundo nuevo se descubrió repentinamente ante sus ojos y porque no vislumbraba precursores conocidos creyó que su "descubrimiento" era el resultado de su inspiración superior. Esto es lo único que explica el estado de ánimo exaltado del autor, quien imprime a menudo a sus palabras un tono de comicidad manifiesta. Esta es también la única razón por la que ciertos historiadores y críticos del socialismo se limitan a citar sólo algunos ejemplos de la obras de Fourier para demostrar que el autor de la *Teoria de los cuatro movimientos* era en realidad un fanático extraviado, medio loco, cuyas ideas no pueden ser tomadas en serio. Mas, aquellos que no se quedan en las minucias externas y que ahondan en el espíritu de la doctrina de Fourier llegarán seguramente a la conclusión de que ese hombre a sido uno de los pensadores más eminentes y originales que produjera el siglo XIX. Su brillante

crítica del sistema comercial capitalista no ha sido superada hasta hoy; su clasificación genial de la historia, su interpretación del trabajo humano, su teoría del "trabajo atractivo", sus observaciones profundas acerca de las relaciones entre la industria y la agricultura, sus conceptos pedagógicos, su nueva moral sexual, su bien fundada opinión acerca del valor de la iniciativa personal y de la actividad y los agrupamientos individuales, todo eso lo convierte en uno de los más grandes y significativos precursores del socialismo en general y al mismo tiempo, en uno de los más valiosos *pioneers* del socialismo libertario o anárquico.

Carlos Fourier nació el 7 de febrero de 1772 en Besanzón, la misma ciudad en que viera también la luz Proudhon. Su padre, comerciante acaudalado, le dejó en herencia una fortuna estimable, que Fourier perdió durante la Revolución, teniendo que ganarse luego la vida como corredor de comercio. El mismo refiere en sus escritos cuánto odiaba esta ocupación, la cual, sin embargo, le sugirió la primera idea de que el orden social en que se vivía era malo y criminal y que no estaba en concordancia con el destino natural del hombre. Fue uno de los adversarios más empedernidos de la Revolución y debido a eso su juicio sobre los grandes acontecimientos de esa época son muy parciales en muchos sentidos. Pero comprendía perfectamente que la lucha sangrienta entre los diversos partidos políticos por la conquista del poder no tenía ninguna importancia para la situación social de las grandes multitudes. Veía claramente que la esclavitud capitalista del salario, que tomó incremento después de la caída del feudalismo, no es más que una forma de esa esclavitud bajo la cual la humanidad gime desde hace siglos. Sabía Fourier que la forma

de que se reviste la explotación no tiene mayor importancia y que es la existencia del sistema y no en la forma donde reside el mal. Era de la opinión de que los partidos políticos, en su lucha recíproca, representan los resultados inevitables de los distintos intereses de clase de la sociedad. La razón de ser de esos partidos se basa en la divergencia de los intereses sociales y económicos y en consecuencia ellos son los enemigos más encarnizados de la armonía entre los intereses humanos y su actividad es perjudicial para el progreso humano. Pero ¿a qué se debe esa discrepancia entre los intereses de la sociedad? Sencillamente a que los hombres no han dado hasta ahora con el gran medio de la armonía de los intereses sociales; ese medio es la *asociación,* la comunidad del trabajo humano.

En la *Teoría de los cuatro movimientos* sostiene Fourier que en la naturaleza existen cuatro reinos: el reino material, el reino orgánico, el reino animal o el mundo de los instintos y el reino social o mundo de las pasiones. En estos cuatro reinos impera la misma ley natural, el mismo movimiento. El gran astrónomo inglés Isaac Newton descubrió la ley de la gravitación, la atracción recíproca en el mundo material; Fourier se considera discípulo de Newton por haber descubierto la ley de la gravitación en el mundo social. Según él la historia humana no es una serie de meras casualidades, sino un largo y constante proceso de evolución que conduce a formas sociales cada vez más perfectas y complicadas. Hasta ahora la humanidad a atravesado por cuatro grandes períodos históricos: el estado salvaje, la barbarie, el patriarcado y el período de la civilización. Este último en el cual vivimos actualmente, se distingue por la existencia de grupos aislados de familias, por la propiedad

distribuída y por el trabajo no organizado. Pero dicho período no durará siempre; su sitio será ocupado por la unión de las familias y por el trabajo cooperativo, que tiene por objeto satisfacer las necesidades humanas y fomentar el placer.

Todo obrero será al mismo tiempo propietario. Fourier no es comunista; reconoce la propiedad privada y, lo mismo que Proudhon, ve en ella un medio para la libertad individual y para la capacidad vital del organismo social. Tres elementos constituyen la base de la futura conjunción: el capital, el trabajo y el talento; mas esos tres elementos no estarán separados como hoy, sino que se completarán mutuamente y se verán encarnados en cada miembro de la sociedad.

Los saintsimonianos y la mayor parte de las escuelas socialistas y comunistas de la primera mitad del siglo XIX sostenían que era necesario reprimir las pasiones humanas y las aspiraciones egoístas; algunos llegaron a preconizar el ascetismo. En ese sentido el punto de vista de Fourier ha sido diametralmente opuesto; era un adversario de todos los principios ascéticos y proclamaba abiertamente que el deseo y el placer de gozar constituyen la fuerza impulsora de la historia humana. Para él, el hombre no es un trozo de materia destinado a servir de experimento para cierto principio; su afirmación fundamental expresa que los principios de una vida razonable deben amoldarse a las aspiraciones naturales y a las necesidades del hombre. Fourier ve en éste a un ser que evoluciona y se perfecciona constantemente y esta capacidad de perfeccionamiento es precisamente, según él, la expresión de la voluntad divina. Todo hombre abriga el deseo de ser feliz; pero la felicidad no es sino el goce ilimitado; en consecuencia, es menester crear una situación tal que ofrezca a todo el mundo la posi-

bilidad de gozar. Cuando más grande sea el placer, tanto mayor será la dicha del hombre. Pero el placer consiste en la satisfacción de los instintos naturales y como las instituciones de la sociedad burguesa impiden esta satisfacción provocan el crimen, que es en realidad la protesta contra la imposibilidad de satisfacer las necesidades naturales. El egoísmo y las pasiones, considerados como tales, no son dañinos, sino que representan manifestaciones naturales del hombre normal y depende de las condiciones en que vive éste que sus instintos naturales se desarrollen en un sentido bueno o malo. En una palabra, el problema que debe resolver la sociedad no es la represión, sino la armonía de las pasiones.

Esta convicción llevó a Fourier a la teoría del "trabajo atractivo", en la cual se descubre mejor que en parte alguna la grandeza de sus pensamientos.

Para los representantes de la economía política el trabajo no es más que una actividad creadora de valores. El economista sólo toma en consideración el valor material del trabajo e ignora totalmente el hondo proceso interno de la actividad productiva. La mayor parte de los críticos socialistas de la economía política, sobre todo los marxistas, cometen también el mismo error. Hojeando sus escritos se nota que hablan por doquier de capital "variable" y "constante", de "trabajo-fuerza" y de " trabajo-valor", etc., olvidando que detrás de estas expresiones matemáticas hay hombres de carne y sangre, hombres animados de anhelos vivos, de millares de instintos, deseos y necesidades. Nos movemos en un mundo de conceptos abstractos, de igualdades matemáticas, en un mundo de sombras a tal punto que finalmente perdemos del todo el sentido de la vida real.

Fourier ha sido el primero en declarar que el trabajo no es sólo un medió material para proporcionar al hombre los productos necesarios, sino que es al mismo tiempo una necesidad ética, un instinto íntimo del ser humano. El instinto del trabajo es el instinto de creación y se manifiesta en todas las ramas de la humanidad. Hasta en el salvaje late ese instinto: graba figuras sobre las piedras de su cueva, adorna sus armas y en todo lo que crea se demuestra su nostalgia interior por una forma. Cuando más se desarrolla la humanidad, tanto más poderosamente se manifiesta ese instinto, esa necesidad ética.

Esta es la misma interpretación del trabajo que tan hondamente nos conmueve en los escritos de William Morris, Kropotkin, Carpenter, etc. y en el grandioso himno que cantara Zola y en el cual levantó a Fourier un monumento para todos los tiempos.

Estaba convencido Fourier de que el industrialismo capitalista aniquila en el hombre ese instinto ético-estético. Sabía que el sistema capitalista no sólo destruye la salud y la fuerza vital de sus explotados, sino que ahoga también la honda fuerza del trabajo humano. Por eso Fourier exige la variedad en el trabajo y quiere que el obrero-artista manifieste en él su gusto personal y sus inclinaciones predilectas. A su modo de ver el trabajo no es un mero proceso mecánico tendiente a satisfacer las necesidades humanas, un "mal necesario", como lo han llamado algunos, sino una fuerza atractiva que apela constantemente al instinto creador del hombre.

El sistema educacional de Fourier está estrechamente vinculado a su concepción genial del trabajo atractivo. También en este terreno el pensador francés a sido un *pioneer* . Fourier es enemigo encarniza-

do de ese método criminal que trata de amoldar el espíritu infantil a determinadas formas de instrucción, haciendo caso omiso de las inclinaciones y aptitudes personales. El objeto esencial de la educación consiste en descubrir la peculiaridades psicológicas de cada niño, su carácter, sus tendencias naturales y ver luego cómo se puede desarrollar en la mejor forma posible esas inclinaciones y esas aptitudes naturales de la ideosincracia infantil. Es esta la única posilidad de que cada miembro de la sociedad halle el verdadero círculo para la expresión y el desarrollo de sus condiciones particulares. Fourier es enemigo de toda fuerza y, por consiguiente, adversario de todas las revoluciones del Estado; su principio fundamental es la actividad voluntaria y la unión libre y por eso resulta ser uno de los precursores del socialismo antiautoritario o anárquico.

Fourier estaba convencido de que el desarrollo parcial de la industria y el abandono de la agricultura es un fenómeno pasajero en el sistema capitalista; en este sentido su concepción es mucho más amplia que la de Saint-Simon, Owen, Marx y otros pensadores socialistas que sintiéndose influídos por el poderoso progreso industrial, basaron sus teorías sobre el industrialismo. Fourier preconizaba la unión de la industria y la agricultura pero hacía remarcar que esta última debe ocupar el primer lugar en la sociedad normal. La célula del ideal social de Fourier es la "serie" o el grupo. Esos grupos se unen en el llamado "falansterio", corporación que comprende de 1600 a 1800 individuos, que viven juntos en un edificio especial y se dedican a la industria y a la agricultura. Gracias a esta organización debe desaparecer la diferencia entre la ciudad y la campiña, volviendo al hombre a reunirse con la naturaleza inmensa.

Fourier no era revolucionario; creía que no es posible cambiar el pensamiento humano mediante la fuerza. Si los hombres han vivido hasta ahora en la miseria y en la esclavitud, ello se debe a que no han entrevisto ninguna solución. El único método para libertar al hombre es el de la educación y de la experimentación. Durante diez años permaneció Fourier en su casa, de 12 a 14 horas, esperando al hombre rico que le diese un millón de francos para fundar un falansterio. Pero ese hombre jamás llegó. También su tentativa por interesar a Luis Felipe, rey de Francia, en favor de su sistema terminó en la nada.

En 1822 publicó Fourier su segunda obra, *Teoría de la unidad universal,* en cuatro partes, que es en realidad un desarrollo detallado, de su primer libro sobre la teoría de los cuatro movimientos. Tampoco esta obra llamó la atención. Sólo después de la disolución de la escuela saintsimoniana, el fourierismo tomó más incremento en Francia. Un pequeño círculo de propagandistas inteligentes y abnegados, como por ejemplo Meunier, Badau, Duval, Tousnel y otros se agruparon en torno al maestro, organizando reuniones para obreros. En 1833 hasta lograron editar un periódico con el título de *El Falansterio,* que desaparecio pronto. Al mismo tiempo Boda-Du Lary, un simpatizante de fortuna, suministró dinero para fundar un falansterio, pero los medios financieros eran exiguos y a causa de ello el experimento no se llevó a cabo. Estos fracasos ocasionaron grandes perjuicios a la escuela y le crearon una situación crítica. Entonces fue cuando Víctor Considerant, hombre inteligente, enérgico y capaz, se adhirió al fourierismo y sus aptitudes salvaron a la escuela de una muerte rápida. Fourier editó todavía dos obras de importancia: *El nuevo mundo industrial y societario.* Y en 1835 *La falsa*

industria. Los continuos fracasos amargaron su vida y el 9 de octubre de 1839 fue hallado muerto en su pequeña buhardilla de París. Después de su muerte la escuela fourierista bajo la dirección de Víctor Considerant adquirió un gran desarrollo. Considerant mismo enriqueció el fourierismo con algunos trabajos valiosos, a saber: *El socialismo del mundo antiguo, soluciones sociales,* sin olvidar su excelente escrito *Principios del socialismo: Manifiesto de la democracia en el siglo XIX,* que contiene la teoría de la interpretación económica de la historia, del plus-valor, de la concentración del capital, en una palabra todo lo que los representantes del "socialismo científico" *descubrieron* más tarde.

Bajo el reinado de Luis Felipe los fourieristas hasta llegaron a editar un diario, *La democracia pacífica.* Se hicieron también muchas tentativas prácticas con el sistema de Fourier en Francia, Argelia, España y Estados Unidos, pero todas ellas han terminado en un fracaso.

El fourierismo influyó también sobre los primeros socialistas rusos e italianos. En España, el fourierista Garrido publicó en 1845 un periódico de propaganda, *La Atracción,* y en los Estados Unidos ha habido numerosas publicaciones fourieristas. Vemos pues que las ideas de Fourier han fecundado el movimiento socialista de muchos países.

En este pequeño trabajo no he mencionado las ideas de Fourier sobre la cuestión sexual, porque ese aspecto de su doctrina exige un estudio especial. Tampoco he recordado sus proyectos fantásticos, a causa de los cuales fue tan ridiculizado. Y no lo hice porque tenía presentes sus propias palabras: "¿No es un despotismo extraño el de menospreciar todo lo que ha producido un escritor sólo porque algunas de sus partes aisladas no resisten a la crítica? Newton ha escrito todo

género de fantasías sobre el Apocalipsis y hasta trató de demostrar que el Papa era el Anticristo. Es verdad que estas son tonterías y sin embargo admitimos sus teorías sobre la atracción. Juzgando las obras de un sabio o de un artista es necesario separar el oro verdadero del falso. ¿Por qué soy yo el único a quien no se aplica esta regla?"

Pedro José Proudhon

I

Contados son los pensadores socialistas que como Proudhon hayan sido tan odiados por sus adversarios, los defensores del mundo capitalista y autoriatario, y más reducido es aún el número de los pensadores que hayan sido tan calumniados, tergiversados y mal comprendidos dentro del movimiento socialista en general. Los representantes intelectuales del llamado "socialismo científico" no han dejado un solo cabello intacto en su cabeza; lo han presentado como la encarnación de la incapacidad y de la ignorancia, como un hombre de tendencias reaccionarias y burguesas que no tenía noción clara sobre ningún asunto.

Hoy sabemos que sin Proudhon el mundo probablemente no habría sido favorecido nunca con el "socialismo científico" de la escuela marxista. Proudhon y Considerant han sido los verdaderos maestros del demócrata aburguesado Carlos Marx; ellos le hicieron conocer por primera vez las ideas y los

conceptos socialistas y en sus trabajos hallamos los elementos principales de las teorías que los marxistas proclamaron más tarde como su exclusiva propiedad espiritual.

Saint-Simon, Fourier y Proudhon son las figuras más originales en la historia del socialismo francés y sus ideas han fecundado el movimiento socialista de los demás países. Junto con los grandes pensadores del socialismo inglés, William Godwin y Roberto Owen, fueron ellos los maestros verdaderos del socialismo moderno.

Pedro José Proudhon nació el 15 de enero de 1809 en Besanzón, la misma ciudad donde vieran también la luz Carlos Fourier y Víctor Hugo.

Sus padres eran simples obreros y muy pobres y tuvieron que luchar rudamente por el pan cotidiano. Pedro, el mayor de sus cuatro hermanos, era un muchacho inteligente y apto; pero la situación material de sus padres era tan precaria, que le fue casi imposible frecuentar la escuela. Y cuando gracias al apoyo del señor Renaud, en cuya cervecería habían trabajado antes sus padres, consiguió un sitio en el gimnasio de Besanzón, la situación del joven Proudhon se hizo peor aún. Sus horas libres tenía que dedicarlas al trabajo, a fin de contribuir al sostenimiento de la familia; el resto del tiempo lo consagraba al estudio. Ni siquiera tenía la posibilidad de adquirir los libros necesarios y tuvo que pedirlos prestados de sus compañeros más ricos y copiar su texto.

Pero desde su infancia Proudhon se distinguió ya por su vigorosa energía. Aunque las condiciones en que vivía y estudiaba eran las peores que imaginarse pueda, él resultaba el mejor alumno y obtenía todos los premios. En una carta a un amigo decía más tarde que un día, al volver del colegio llevando las

mejores distinciones, no encontró en su casa ni un pedazo de pan y la familia no había comido en todo el día.

Al cumplir los diez y nueve años se vió obligado a abandonar sus estudios y dejar el colegio. Todos sus proyectos para el porvenir fueron repentinamente disipados por las amargas necesidades de la realidad. El joven estudiante tuvo que aprender un oficio para ganarse la vida. Durante dos años fue uno de los mejores tipógrafos de la ciudad. En 1831 Proudhon recorrió gran parte de Francia y de la Suiza francesa, trabajando en distintas ciudades como cajista; pero todo su tiempo disponible lo dedicaba al estudio y a su desarrollo intelectual. Ya en esa época Proudhon había empezado a estudiar el problema social, familiarizándose con la literatura de los grandes reformadores sociales de su tiempo: con los trabajos de Saint-Simon y Fourier.

En 1832 el joven tipógrafo volvió a Besanzón y aceptó el puesto de corrector en la misma imprenta donde aprendiera su profesión. Allí se imprimían generalmente obras teológicas y Proudhon que conocía a la perfección el latín y el griego, aprendió por sí solo el hebreo, valiéndose de traducciones comparadas de la Biblia. Su situación material seguía siendo mala, pues casi por completo debía mantener a su familia con el pequeño sueldo que ganaba.

Ese mismo año Proudhon tuvo la oportunidad de hacer un viaje a París. La capital de francia, "el corazón de Europa", lo había atraído siempre; desgraciadamente no pudo quedar allá, porque asuntos de familia lo llamaron a Besanzón. Durante los años que siguieron estuvo casi siempre en su pueblo natal trabajando como tipógrafo y corrector de pruebas. En 1836 se asoció a un amigo y ambos fundaron una pequeña

imprenta; pero esa tentativa no le produjo ninguna utilidad. Su vida en aquella época era una lucha constante por la existencia y ni siquiera tenía la menor probabilidad de que su situación mejorara.

De pronto se presentó una ocasión inesperada.

La viuda del académico Suard entregó a la Academia de Besanzón una suma de dinero que producía una renta anual de 1500 francos. Mme. Suard resolvió que la Academia eligiera cada tres años un joven instruído con buenas aptitudes para escritor u hombre de ciencia y le entregara por ese término dicho dinero a fin de que prosiguiese sus estudios.

Proudhon, siguiendo el consejo de sus amigos, presentó una extensa nota solicitando la pensión. En su escrito ofreció un cuadro de su situación y al mismo tiempo de sus esperanzas para el porvenir. Es característico para la idiosincrasia de Proudhon la franqueza con que describió el objeto de su estudio en su presentación ante la Academia, donde terminaba con estas palabras:

"Nacido y educado en la clase obrera, a la cual pertenezco todavía hoy en día con el corazón, el carácter, las costumbres y sobre todo por los intereses comunes, sería el mayor placer del candidato, si lograse reunir vuestros votos, el haber atraído con su persona vuestra justa solicitud sobre la parte de la sociedad tan bien adornada con el nombre de *obrera*; de haber sido juzgado como su primer representante ante vosotros y de poder trabajar sin descanso por la filosofía y la ciencia, con toda la energía de la voluntad y toda la fuerza de su espíritu por la liberación completa de sus hermanos y compañeros".

Los académicos, en efecto, eligieron a Proudhon, por más que algunos, asustados ante su extraordinario modo de escribir, estuvieran en su contra al principio.

En octubre de 1838 Proudhon partió a París para iniciar sus estudios. Trabajaba día y noche y sus amigos no podían concebir de donde sacaba tanta energía y entusiasmo para su labor. Ocupábase principalmente del estudio de la filosofía, de la historia y de la economía política, empeñado en realizar la gran obra con la que soñaba y que constituía para él el único objetivo de su vida. Pero hasta en ese período tuvo que luchar con las duras necesidades materiales. Los 1500 francos de la Academia de Besanzón le habrían bastado para llevar una vida modesta; mas tenía que entregar la mayor parte de esa suma a la familia y se vió obligado a emplear sus horas libres en corregir las pruebas de grandes imprentas y en escribir pequeños artículos para una obra enciclopédica, si quería ganarse el pan.

En esa época la Academia estableció un premio por el mejor trabajo que le fuera presentado sobre el tema "De la utilidad de celebrar el domingo". Claro está que Proudhon, habiendo recibido el apoyo de la Academia, juzgó un deber moral suyo expresar su opinión sobre ese tópico. Y así lo hizo. Este trabajo, que él mismo publicó más tarde, es fuera de duda lo más notable que se haya escrito acerca del tema. Fúndase especialmente en la vieja legislación hebraica, pero las consecuencias a que llega el autor son sumamente originales. Proudhon considera que la ley Judía que ordena celebrar el sábado constituye el principio de una legislación social, la primera idea de una igualdad social. El precepto de descansar un día en la semana no es la ley de un déspota, sino una expresión de los anhelos sociales de las muchedumbres. Este contenido material de la religión sobrevivirá a todas las ceremonias externas. En el prólogo habla Proudhon de una época en que "todos festejarán el

domingo, mas nadie irá a la iglesia. De esta manera comprenderá el pueblo que una religión puede ser falsa siendo, no obstante, verídico su contenido. Filosofar acerca de un dogma es negar la fe; reformar la religión es suprimirla. Los propios sacerdotes, quieran o no, deben llegar con sus tendencias científicas al mismo lugar. Pueden ellos, pues, disculparnos y no maldecirnos, por haber sido nosotros los primeros en llegar a la sepultura de la religión".

En este trabajo se nota ya el aliento del futuro revolucionario. Es de imaginar la impresión que produjo en los piedosos señores de la Academia. Proudhon mismo sabía muy bien lo que iba ocurrir y al propio tiempo que enviaba el manuscrito a los académicos escribía a un amigo.

"Estoy muy afligido; la razón me enseña diariamente nuevas verdades incontestables, pero cuando más conozco el mundo, tanto mejor comprendo que tendré que soportar muchas penas si llego a expresar esas verdades. ¡Pero que importa! La verdad está por encima de todo; venga lo que viniere".

El 24 de agosto de 1839 la Academia de Besanzón dió a conocer su veredicto. El abate Doney, miembro informante, declaró expresamente que la obra de Proudhon era la mejor y la que más talento acusaba; pero, aun cuando la Academia reconocía la intención honesta del autor, las teorías que sostenía eran demasiado peligrosas para que ella las aprobara. La Comisión le adjudicó una medalla a Proudhon y reconoció publicamente su talento. Pero cuando el joven escritor editó por su propia cuenta el trabajo se produjo un enorme alboroto y los representantes de la Iglesia no se tranquilizaron hasta que consiguieron impedir la venta del folleto.

Muchas personas creyeron que las amargas consecuencias de su primer ensayo servirían de enseñanza al joven escritor y que "lo haría volver al buen camino". Pero Proudhon no pertenecía a esos caracteres débiles que pueden ser amedrentados por esas persecusiones mezquinas. Al contrario, los flojos argumentos de sus adversarios fueron para él una prueba de que su camino era el verdadero. Trabajaba con toda su energía, su espíritu penetraba cada vez más hondo en los problemas sociales de la época, examinando las formas políticas y económicas de la sociedad y analizando las teorías de los economistas y de los reformadores sociales. Tuvo que abarcar los problemas más difíciles y complicados, pero su espíritu genial venció todas las dificultades.

En 1839 la Academia de Besanzón organizó un nuevo concurso: "Sobre las consecuencias económicas y morales que la ley de la distribución equitativa de los bienes entre los hijos ha tenido hasta ahora en Francia y qué resultados ha de presentar en el futuro".

Proudhon resolvió contestar, aun cuando sabía de antemano que su respuesta provocaría una tormenta de reprobación moral y de ataques por todas partes.

Dividió el tema de la Academia en tres partes que se propuso estudiar:

1) ¿En qué principio se basa la herencia?
2) ¿Cuáles son las causas de la desigualdad?
3) ¿Qué es la propiedad?

El 9 de junio de 1840 Proudhon presentó a la Academia el resultado de sus estudios, que publicó poco tiempo después bajo el título: *¿Qué es la propiedad? Investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno.*

El título primitivo era más extremo aún. Decía: *¿Qué es la propiedad? Un robo. Teoría de la igualdad política, civil e industrial.* Pero, debido a que no hubo en

París editor que tuviese el valor de publicar un libro con semejante título, Proudhon tuvo que resignarse a modificarlo.

La obra produjo la impresión de una bomba, por más que la mayor parte de los diarios le hicieron el silencio. Los sabios académicos de Besanzón casi se volvieron locos al ver el terrible manuscrito. Lo que más les irritaba era que Proudhon dedicase públicamente su libro a la Academia de que formaban parte.

El 24 de agosto de 1840 la Academia de Besanzón convocó a una reunión especial para condenar la obra de Proudhon. Sus miembros declararon unánimente que ninguno de ellos estaba de acuerdo con la teorías que el autor desarrollaba en su libro; además exigían que en caso de aparecer una nueva edición de la obra no se imprimiese en ella la dedicatoria a la Academia. Y los valientes académicos no quedaron conformes con esta decisión formal y publicaron su informe, a fin de que no les cupiese ninguna responsabilidad moral por esa obra tremenda. Mas esta medida ridícula tuvo muy distinta influencia de la que sospechaban los doctos señores. Condenando públicamente la obra, le hicieron una espléndida reclame. Todo el mundo empezó a preguntar por el libro extraordinario y a querer conocer al autor que tuvo la valentía de llamar robo a la propiedad y que se presentaba ante el mundo como anarquista.

No estaba aún satisfecha la Academia y exigió que Proudhon apareciera ante sus miembros para justificarse, y en caso de no poder venir personalmente que mandase una defensa por escrito. Proudhon hizo este último. Su declaración fue una defensa y una justificación admirable de los conceptos y teorías que desarrollara en su célebre obra. No se retractaba en nada

y declaraba abiertamente que era un revolucionario, un hombre que aspiraba a formas mejores de la sociedad. Con una lógica irrefutable rechazaba todos los ataques de los doctos señores, dándoles a entender que reprobar no es contestar. "Si yo me he equivocado en mis conclusiones, - decía - exijo que se me conteste y se me demuestre mi error. Mi trabajo lo merece y el asunto mismo es bastante importante. Un miembro de la antigua Convención, no pudiendo ya tolerar el funcionamiento constante de la guillotina en esa época exclamó: "¡Matar no es contestar! " Hasta que no se me demuestre lo contrario, seguiré sosteniendo que mi libro es útil y social y que su autor a merecido ser recompensado y estimulado."

Estas palabras valerosas no dejaron de producir efecto en cierta parte de los académicos y por eso la Academia no se rehusó a continuar pagando a Proudhon los 1.500 francos anuales durante otros tres años.

Pronto sobrevino otro peligro. El gobierno había observado que el libro de Proudhon producía una revolución en las ideas de la población inteligente y se resolvió a acusar al autor. Pero antes se quiso escuchar la opinión de la Academia de Ciencias Morales de París. Fue una suerte para Proudhon que el conocido economista francés Adolfo Blanqui, hermano del famoso conspirador comunista Augusto Blanqui, haya tenido que informar sobre la obra; Blanqui manifestó que el libro de Proudhon no era de modo alguno un manifiesto agitador destinado a despertar pasiones revolucionarias entre las multitudes, sino una tratado científico y académico acerca de los principios e instituciones del Estado y de la propiedad. Aun cuando no se estuviera de acuerdo con el autor era preciso reconocer su seriedad científica y sus aptitudes extraordinarias.

A no ser por Blanqui, es seguro que Proudhon habría sido acusado y probablemente condenado.

Así lo entendió Proudhon, demostrando su gratitud a ese hombre honesto con la dedicatoria de una segunda obra sobre la propiedad.

Al mismo tiempo que el nombre de Proudhon adquiría reputación en toda Francia se iniciaba para él uno de los períodos más amargos de su vida. Su libro, que enriqueció más tarde a muchos editores no le producía casi nada. Ya hemos dicho cuantas dificultades encontró antes de conseguir un editor que se arriesgara a publicar la obra; y hasta después de modificar el título el editor temía el fracaso y Proudhon tuvo que comprometerse a tomar por su cuenta 250 ejemplares, la mayor parte de los cuales distribuyó entre sus amigos y las redacciones de diversos periódicos.

Su situación material se hacía cada vez peor. De diversas partes le ofrecieron ocupaciones periodísticas, mas para un carácter como Proudhon la sumisión moral era peor que la muerte y no pudo decidirse a aceptar ninguno de los puestos ofrecidos.

Por otra parte tuvo que ver como se desvanecían sus proyectos para el porvenir. Todas sus esperanzas terminaron como hermosos sueños. No aspiraba a que su obra le produjera mucho dinero, pero estaba convencido que por lo menos tendría la posibilidad de proporcionarse una existencia modesta como investigador y escritor independiente.

Tuvo Proudhon que decidirse nuevamente a abandonar París y volver a Besanzón, donde tenía todavía su imprenta, que hacía tiempo pensaba vender, no pudiendo hacerlo por falta de comprador. Esperaba que por los menos conseguiría levantar el negocio y hallar tiempo suficiente para sus estudios científicos;

pero ni siquiera pudo conseguir eso. Algunos meses después retornó a París en busca de una ocupación. Su situación entonces era tan desesperada que durante algún tiempo pensó en el suicidio.

Por suerte logró obtener un empleo como secretario de un abogado parisiense. Sus horas de trabajo eran limitadas y disponía de bastante tiempo para proseguir sus estudios. No duró mucho su actuación como secretario, pero gracias a ella pudo publicar y hacer más soportable su situación por algún tiempo.

II

La obra de Proudhon *¿Qué es la propiedad?* ha sido el primer ensayo socialista por combatir la economía política con sus propias armas. Saint-Simon, Fourier, Cabet y las sectas comunistas revolucionarias que se agrupaban en torno de Buonarotti, Barbes y Blanqui se dedicaron exclusivamente a combatir a los economistas, a los defensores del flamante feudalismo capitalista. Pero Proudhon fue el primero en demostrar que las doctrinas mismas de los economistas conducen irremisiblemente a la negación de la propiedad.

En primer lugar Proudhon trata de definir el concepto jurídico y social de la propiedad y llega a la conclusión de que la vieja interpretación romana que declara la propiedad como *jus utendi et abu tendi re sua, quatenus juris ratio partitur,* es decir el derecho de usar y abusar de una propiedad hasta el grado que lo permita la razón del derecho, concuerda en un todo con la célebre "Declaración de los derechos del hombre" que proclama la República Francesa en 1793. Según esa Declaración, la propiedad consiste en el derecho de disfrutar de una fortuna, de una renta, del producto del trabajo y de la industria y de disponer de él

conforme a la voluntad personal. A su vez, el Código napoleónico, establecido bajo el gobierno de Napoleón I, especifica que la propiedad consiste en disfrutar de una fortuna libre e ilimitadamente en tanto que las determinaciones personales no se opongan a las leyes.

Es verdad que la ley constituye en cierto modo una limitación del derecho de la propiedad: la ley trata de impedir el uso inmoral de la propiedad, pero esta limitación jurídica moderna, en la cual se cree ver un adelanto en comparación con el antiguo concepto romano, no es más que letra muerta, como lo explica Proudhon con fina ironía:

"El propietario tiene el derecho de dejar que se pudran los frutos de sus campos, puede sembrar sal en sus tierras, verter a la inmundicia la leche de sus vacas, puede convertir un viñedo en una ruina y un parque en una huerta de repollos, cuando así se le ocurre. Hacer todo eso ¿significa abusar de un bien o no? Tratándose de la propiedad, usar y abusar de un objeto es la misma cosa".

Después de fijar esta definición del derecho de propiedad analiza Proudhon las teorías mediantes las cuales los economistas tratan de justificar la propiedad y de presentarla como derecho natural.

En general existen cuatro teorías: 1) la justificación de la propiedad por la ocupación; 2) por la ley civil; 3) por el consenso universal; 4) por el trabajo. Antes de replicar a los argumentos sobre los cuales se basan esas cuatro doctrinas, Proudhon establece un límite riguroso entre la "propiedad" y la "posesión", o mejor dicho entre el derecho de propiedad y el derecho de posesión. El derecho de propiedad es el monopolio, "el derecho de usar y abusar de una cosa". El derecho de posesión no es sino el derecho de disfrutar de una

cosa, de disponer de ella para un fin determinado. Si alquilo una habitación soy ocupante de ella, es decir que disfruto de sus comodidades, etc. Mi derecho de posesión es en todo sentido un derecho natural. Pero detrás del ocupante está el propietario, el monopolizador, que me alquila la vivienda y que basa sus derechos sobre una de las cuatro teorías arriba mencionadas. Proudhon no es el descubridor de esa diferencia entre el derecho de propiedad y el de posesión, pero ha sacado de ella todas las consecuencias lógicas y ha demostrado que el derecho de propiedad es la muerte del derecho de posesión, esto es la muerte del derecho de satisfacer nuestras necesidades naturales.

La legislación revolucionaria de 1793 estableció cuatro principios, mejor dicho derechos fundamentales y absolutos del hombre: libertad, igualdad, propiedad y seguridad individual. Proudhon examina estos cuatro derechos fundamentales y demuestra que el derecho de propiedad está en contradicción con los otros tres. Valiéndose de una lógica maravillosa demuestra que la conjunción de esos cuatro principios no es sino un hecho arbitrario y concluye con estas palabras espirituales:

"La libertad es el derecho absoluto, porque es al hombre como la impenetrabilidad a la materia una condición *sine qua non* de su existencia. La igualdad es un derecho absoluto, porque sin igualdad no hay sociedad. La seguridad personal es un derecho absoluto, porque a juicio de todo hombre su libertad y su existencia son tan preciosas como las de cualquier otro. Estos tres derechos son absolutos, es decir no son susceptibles de aumento ni disminución, porque en la sociedad cada asociado recibe tanto como da, libertad por libertad, igualdad por igualdad, seguridad por seguridad, cuerpo por cuerpo, alma por alma, para la vida y para la muerte".

"Pero la propiedad según su razón etimológica y la doctrina de las jurisprudencia, es un derecho que vive fuera de la sociedad; pues es evidente que si los bienes de propiedad particular fuesen bienes sociales las condiciones serían iguales para todos y supondría una contradicción decir: *La propiedad es el derecho que tiene el hombre de disponer de la manera más absoluta de unos bienes que son sociales*".

"Por consiguiente, si estamos asociados para la libertad, la igualdad y la seguridad, no lo estamos para la propiedad. Luego, si la propiedad es un derecho *natural*, este derecho *natural* no es social, sino *antisocial*. Propiedad y sociedad son conceptos que se rechazan recíprocamente; es tan difícil asociarlos como unir dos imanes por sus polos semejantes".

"Por eso o la sociedad mata a la propiedad o ésta a aquélla".

Proudhon demuestra que los "derechos naturales" forman parte integrante de nuestra personalidad. Nadie hasta ahora ha investigado el origen de la libertad, de la igualdad y de la seguridad, pues sería absurdo. Esos derechos existen, porque existimos nosotros. Nacen, viven y mueren con nosotros. Pero no ocurre lo mismo con la propiedad. La propiedad existe por sí misma; de acuerdo con la ley puede existir sin propietario; existe antes de que nazca el ser humano y después de haber fallecido el anciano octogenario.

Después de analizar el significado de los derechos naturales pasa Proudhon a los argumentos con que los economistas tratan de justificar la propiedad como institución natural y necesaria.

El primer argumento es el de la justificación de la propiedad mediante la ocupación, es decir que el primero en adueñarse de una cosa es su propietario.

"Ocupo una porción de tierra y seré tenido por dueño de ella mientras no se me demuestre que otro se había anticipado a mí". Pero desde el momento que se pueda demostrar que yo no había sido el primero, yo no soy más que un ocupante de la tierra, esto es que tengo el derecho de usar de ella y de disfrutar del producto de mi trabajo, pero no soy propietario ni responsable ante la sociedad de mi ocupación. En realidad la tierra no puede ser considerada como propiedad privada por el hecho de ser tan necesaria para nuestra existencia como el aire, la luz y el agua. Por eso es menester que la sociedad organice la utilización de la tierra en beneficio de todos. Desgraciadamente se confunde el derecho de propiedad con el derecho de posesión. Así el célebre filósofo y orador romano Cicerón compara la tierra con un teatro. El teatro, dice Cicerón, pertenece a todos; sin embargo cada espectador tiene su sitio. Proudhon no reconoce que este ejemplo sea un justificación del derecho de propiedad, sino por el contrario su negación. La comparación misma es una confirmación de la igualdad. Yo no puedo *poseer* más que un solo sitio en el teatro y no es posible que yo esté, simultáneamente, en la galería y en un palco. El hombre tiene derecho de posesión, pero no el de propiedad. ¿Qué debemos entender bajo el concepto de "derecho de posesión"? El derecho de cada cual sobre todo lo que hace falta para el trabajo y para la satisfacción de las necesidades naturales. En consecuencia, la justificación de la propiedad por medio de la ocupación no es tal justificación; ella sólo prueba que se ha abolido un derecho natural mediante la monopolización forzada y que "la propiedad es un robo". Y no es Proudhon el único en llegar a esta conclusión, pues demuestra que todos los partidarios de la "doctrina de la ocupación",

desde Grotius a Cousin, deben llegar necesariamente al mismo resultado si tiene el valor de sacar las consecuencias lógicas de sus teorías.

El segundo argumento de la justificación de la propiedad es el de la "ley civil". Los representantes principales de esta tendencia, como por ejemplo Pothier, declaran que la propiedad, lo mismo que la monarquía, es un derecho divino. "Dios ha creado la tierra con todos los seres para uso del hombre", dice Pothier. En una palabra, la tierra es un regalo de Dios a toda la humanidad, para cada individuo. Sí es así, observa Proudhon, ¿por qué no me entragan mi parte? Sobre este punto dice Pothier y sus discípulos que más tarde, cuando los hombres se habían multiplicado, dividieron entre si la tierra y todo lo que había sobre ella. Cada cual recibió su parte, siendo éste el origen de la propiedad privada. En tal caso las consecuencias destruyen el objetivo, es decir: Dios ha regalado la tierra a la humanidad, pero debido al aumento de los hombres millones de ellos pierden su parte. Asimismo la tesis de que la prescripción de la posesión ha creado la propiedad carece también de fundamento, pues la prescripción no puede crear derecho alguno, del mismo modo como no puede tampoco suprimir ningún derecho. Ese argumento, pues, es arbitrario y no tiene base alguna.

La justificación de la propiedad por medio del trabajo es también infundada. El trabajo puede justificar el derecho de posesión sobre una fracción de tierra, pero jamás el monopolio. Tengo derecho sobre el fruto de mi labor; puedo poseer una parcela de tierra mientras hago uso de ella para mantener mi existencia y nada más. Pero la explicación de la propiedad por medio del trabajo constituye por otra parte, una contradicción con el Código Civil, que funda el

derecho de propiedad sobre la primera ocupación. Si a pesar de eso nuestros economistas sostienen que el trabajo crea la propiedad, entonces el código miente, miente la constitución y nuestro sistema social resulta una ofensa para la justicia. El solo hecho de que los defensores de la propiedad se vean obligados a emplear distintas teorías para justificar esa institución es una prueba de que su conciencia no está tranquila, que se sienten culpables. Si el trabajo es realmente la madre de la propiedad, ¿con qué derecho se va a justificar la herencia?

Proudhon no pasa por alto ni un solo argumento de los economistas y descubre sus contradicciones con una lógica admirable. Tampoco el último argumento, la justificación de la propiedad por el consenso universal, halla gracia en sus ojos. La idea de que los hombres hayan fundado la propiedad por decisión unánime es sencillamente ridícula. Ningún hombre entregará un derecho por nada; siempre tratará de adquirir otros derechos en cambio de la limitación de los suyos. Y también aquí, como en todas partes, se manifiesta el principio de igualdad. Y aun cuando los hombres renunciaran a sus derechos por nada, si hicieran voluntariamente abandono de ellos, tampoco esa sería una justificación de derecho de propiedad, porque ese consentimiento sería ilegal. El hombre no puede existir sin la libertad y sin el trabajo. Ambos forman parte de su existencia y si entrega la tierra, el medio más importante para el trabajo, comete un suicidio, entrega la posibilidad de vivir, y por eso el argumento del consenso universal en que se basan los economistas no tiene fuerza alguna.

Proudhon destruye con su lógica todas las armas de los economistas. La vieja afirmación de que las relaciones entre la propiedad y el productor no son más

que un problema de intercambio, que el dueño alquila su tierra al agricultor o el fabricante los instrumentos de trabajo al obrero para que pueda producir, recibiendo por su esfuerzo una parte de los beneficios, es refutada por Proudhon con una lógica invencible. El principio del intercambio se basa en la igualdad: el trabajo sólo puede ser cambiado por el trabajo. Esta es una de las condiciones fundamentales de la justicia social. Pero la tierra del propietario no puede producir por sí sola, lo mismo que la maquinaria del fabricante, que no es sino una cosa muerta, incapaz de crear nada por sí misma. Por consiguiente el intercambio entre el capitalista y el obrero no se funda en los principios de la igualdad y de la justicia, sino en la fuerza bruta y en la explotación. El propietario no es más que un parásito o un ladrón.

En consecuencia la propiedad no es sino un derecho inventado y por eso su existencia resulta imposible.

III

En la segunda parte de su libro se ocupa Proudhon de los principos de la justicia y de los aspectos políticos del organismo social.

Ante todo, el pensador francés plantea la cuestión siguiente: el sentido moral en el hombre y en el bruto ¿difiere por naturaleza o solamente por grados? Y llega a la conclusión de que el hombre no es sino un animal social que se distingue de los demás únicamente por el alto grado de sus instintos de comunidad. En consecuencia, los principios de la justicia forman una rama de la existencia social del hombre. La justicia no existe fuera del hombre, como una especie de revelación, sino que ha nacido directamente de la vida societaria. Los filósofos de las distin-

tas escuelas y tendencias le han aplicado millares de nombres diferentes; la han presentado como un "instinto divino", como "la voz interior de la naturaleza", "la ley grabada en nuestros corazones", "el imperio categórico de la razón pura". etc., etc. Pero todo eso no son más que palabras que nada dicen. Sólo cuando vemos en la justicia el resultado natural de la vida colectiva podemos formarnos un concepto claro a ese respecto. El derecho es la encarnación de los principios que regulan la sociedad. La justicia, considera de un modo subjetivo, es el respeto a esos principios y la práctica de ellos. Cometer una acción justa significa ni más ni menos que obedecer al instinto social; un acto de justicia importa, por lo tanto, un acto social.

Proudhon explica sus conceptos por medio de los siguientes ejemplos prácticos.

"La madre que defiende a su hijo con peligro de su vida y se priva de todo por alimentarle hace sociedad con él y es una buena madre. La que, por el contrario, abandona a su hijo, es infiel al instinto social, del cual es el amor maternal una de sus numerosas formas y es una madre desnaturalizada".

"Si me arrojo al agua para auxiliar a un hombre que está en peligro de perecer soy su hermano, su asociado; si en vez de socorrerle le sumerjo, soy su enemigo, su asesino.

"Quien practica la caridad, trata al indigente como un asociado; no ciertamente como su asociado en todo y por todo, pero sí por la cantidad de bien de que le hace partícipe. Quien arrebata por la fuerza o por la astucia lo que no ha producido destruye en sí mismo la sociabilidad y es un bandido.

"El samaritano que encuentra al caminante caído en el camino, que cura sus heridas, le anima y le da

dinero, se declara asociado suyo y es su prójimo. El sacerdote que pasa al lado del mismo caminante sin detenerse es, a su vez, inasociable y enemigo.

"En todos estos casos, el hombre se mueve impulsado por una interior inclinación hacia su semejante, por una secreta simpatía, que le hace amar, sentir y apenarse por él. De suerte que para resistir a esta inclinación es necesario un esfuerzo de la voluntad contra la Naturaleza".

A continuación demuestra Proudhon que entre los animales hallamos también el mismo instinto social. La bestia tiene las mismas afecciones que el hombre y la diversidad reside tan sólo en el grado de inteligencia.

El instinto social, o mejor dicho la simpatía que sentimos por la convivencia con otros hombres, es impulsivo, ciego, desordenado e influye igual que el poder de un imán.

No obstante, el hombre, viviendo en sociedad, es al fin y al cabo un organismo aparte, o bien un miembro aislado de un organismo general. Nadie, sino él mismo, puede satisfacer sus necesidades naturales. No puede transmitir a otros su vida, sus dolores y alegrías y desentenderse absolutamente de ellos. Cada hombre es una personalidad aparte en la sociedad y este hecho constituye la base de la justicia natural. En una palabra, la justicia es el segundo grado de la sociabilidad y puede ser definida de esta manera: *Justicia es el reconocimiento en el prójimo de una personalidad igual a la nuestra.*

Llegamos ahora a un tercer grado de sociabilidad, a la igualdad. En el fondo, *sociedad, justicia y equidad* no son sino tres expresiones distintas para un solo concepto. Cuando cierto número de hombres se asocian para un fin común cada uno de ellos tiene los

mismos derechos a los resultados de esa unión; es decir que las ganancias son iguales, lo mismo que las pérdidas. Esta es la aplicación práctica de la justicia y de la igualdad social. El esclavo que trabaja por un poco de arroz y paja, o el obrero moderno a quien el capitalista abona siempre un jornal escaso, no son los asociados de sus patrones, del mismo modo que el caballo que arrastra el carro o el buey que tira del arado no son asociados del hombre. La situación del trabajador y de esas bestias es la misma; y si hacemos algo en favor de uno u otro, ese gesto no es una expresión de justicia, sino de bondad personal. Justicia significa igual ganancia por trabajo igual.

Los conceptos proudhonianos acerca de la equidad y de la justicia son fundamentalmente distintos de las nociones abstractas y rústicamente mecánicas que el comunismo autoritario de su época sostenía respecto a este tópico. La igualdad de Proudhon importaba el reconocimiento de la personalidad humana dentro de la generalidad. Para los comunistas autoritarios de entonces, la equidad era la sumisión de la personalidad al dominio de la generalidad. Para Proudhon la igualdad era un hecho vivo que nace de la sociabilidad; para los comunistas coetáneos suyos no era más que un deber. El ideal supremo de Proudhon fue la personalidad libre y por eso exigía la igualdad de condiciones. Los comunistas, por el contrario, veían en la individualidad un peligro para los intereses de la generalidad.

Claro está que un espíritu libre como Proudhon no podía ser partidario de semejantes ideas primitivas y por eso combatió al comunismo con la misma energía que a la propiedad. Hasta ha demostrado, y con razón, que el comunismo autoritario, que en teoría niega la propiedad, vuelve finalmente a ella.

"Los miembros de una sociedad comunista no tienen ciertamente nada propio; pero la comunidad es propietaria, no sólo de los bienes sino también de la personas y de las voluntades. Por este principio de propiedad soberana, el trabajo, que no debe ser para el hombre más que una condición impuesta por la Naturaleza, se convierte en una comunidad tal en un mandato humano y por tanto odioso. La obediencia pasiva, que es irreconciliable con una voluntad reflexiva, es observada rigurosamente. La observancia de reglamentos siempre defectuosos, por buenos que sean impide formular toda reclamación; la vida, el talento, todas las facultades del hombre, son propiedad del Estado, el cual tiene el derecho de hacer de ellas, en razón del interés general, el uso que le plazca"... "El comunismo se basa en la misma desigualdad que la propiedad, pero en una forma distinta; la propiedad es la explotación del débil por el fuerte; la comunidad es la explotación del fuerte por el débil".

Es interesante observar que ya en su primer trabajo sobre la propiedad considera Proudhon el comunismo originario de la sociedad primitiva y el nacimiento posterior de la propiedad, no como manifestaciones casuales, sino como formas determinadas de una evolución histórica. En sus obras sucesivas esta interpretación se manifiesta de una manera más evidente aún. Los marxistas, por lo tanto, no tienen por qué enorgullecerse tanto con los "descubrimientos científicos" de su jefe espiritual.

Después de haber demostrado por medio de una serie de comparaciones históricas y filológicas sumamente ingeniosas que el propietario, el antiguo "héroe", el ladrón y el gobernante no son más que diversas expresiones para un solo concepto. Examina

Proudhon los fundamentos del gobierno. Todo sistema de gobierno es despótico y el despotismo es también una consecuencia de la propiedad. El despotismo está lógica y espiritualmente vinculado a la idea de una autoridad legítima; debido a eso no hay que confundirlo con las jefaturas de las sociedades primitivas. También los animales que viven en sociedad tiene sus jefes, pero esta superioridad es legítima, pues se funda únicamente en la mayor experiencia y en las aptitudes más desarrolladas.

El hombre, pertenece a su vez a la categoría de los animales sociales, ha nombrado también sus jefes. Al principio lo eran el padre, el patriarca, el guía, es decir, el hombre de más experiencia. Su función era puramente intelectual y se basaba exclusivamente en su inteligencia personal. Lo mismo que todas las especies, la raza humana posee aptitudes e instintos propios, que nacen con cada individuo. Los jefes, legisladores y reyes no han inventado estas aptitudes y condiciones; su actividad se redujo a guiar a la sociedad valiéndose de su experiencia. Pero en todos los casos se han orientado por la opinión de los demás.

Proudhon establece una diferencia notable entre la monarquía primitiva y el despotismo. La existencia primitiva del rey se fundaba exclusivamente en su experiencia personal, en su inteligencia, en sus conocimientos. Su papel era natural, no legítimo. Sólo con el nacimiento de la propiedad la reyecía se transforma en una autoridad legítima, del mismo modo como el propietario, el antiguo "poseedor", adquiere un carácter despótico. Cuando un hombre ocupa una parcela de tierra para labrarla con sus propias manos, este acto no sólo es natural sino que también es justo; pero desde el momento que el "ocupante" monopoliza una fracción de tierra, esto es, desde el instante en

que adquiere el derecho de "usar y abusar" de su terreno, se convierte en propietario; su situación se hace antisocial.

Lo mismo ocurre con la monarquía. Mientras el jefe ayuda a la sociedad con sus condiciones y experiencias personales, su situación es natural y justa; entonces no es más que un consejero. Pero en el momento en que el consejero se transforma en autoridad legítima, es decir, desde el instante en que tiene el poder de usar y abusar de su situación, se convierte en déspota; su situación se vuelve antisocial.

Todo gobierno hasta el más democrático, es despótico, pues tiene la misma base. El constitucionalismo moderno es tan sólo una modificación en la forma pero no en la esencia y el demócrata es en realidad un monárquico. Poco importa que el despotismo sea encarnado por una sola persona, en un rey absoluto, o en 600 cabezas que gozan de los mismos privilegios. "El propietario, el ladrón, el héroe, el soberano, porque todos estos nombres son sinónimos, imponen su voluntad como ley y no permiten contradicción ni intervención".

La propiedad y el despotismo están intimamente vinculados: "Si los bienes naturales son objeto de propiedad, ¿cómo no han de ser reyes los propietarios, y reyes despóticos, según la proporción de sus derechos de propiedad? Y si cada propietario es soberano en la esfera de su propiedad, rey inviolable en toda la extensión de su dominio ¿cómo no ha de resultar un caos y una confusión un gobierno constituido por propietarios?"

En aquella época en que el jacobinismo predominaba en todas las mentes y en la política, el concepto Proudhoniano sobre el Estado y la naturaleza de los gobiernos fue algo más que un simple punto de vista:

fue un hecho social en todo el sentido de la palabra. Estas ideas eran tan novedosas en Francia que fueron consideradas como elucubraciones de un loco o de un criminal. Es de imaginar la impresión que han producido las palabras siguientes, en una época en que estaba en pleno esplendor la fe en la omnipotencia del Estado:

"Qué forma de gobierno es preferible? - ¿Y aún lo preguntáis?, - contestará inmediatamente cualquiera de mis jóvenes lectores - ¿No sois republicano? - Republicano soy, en efecto, pero esta palabra no precisa nada. *Res pública* es la cosa pública y por esto quien ame la cosa pública, bajo cualquier forma de gobierno, puede llamarse republicano. Los reyes son también republicanos. -¿Sois entonces demócratas? - No - ¿Acaso sois monárquico? - No - ¿Constitucionalista? - Dios me libre. - ¿Aristócrata? - Todo menos eso. -¿Queréis pues, un gobierno mixto - Menos todavía. - ¿Qué sois entonces? - Soy anarquista".

Proudhon ahonda a continuación su punto de vista, demostrando que el progreso político de la humanidad se manifiesta en la limitación del poder del gobierno. Cuando más se desarrolla el hombre, cuando más delicados se hacen sus sentimientos y su capacidad intelectual, tanto más comprende lo superfluo que es el gobierno. El niño ve en su padre una autoridad hasta que él mismo llega a ser hombre. Entonces desaparece la autoridad paterna y el padre ocupa el lugar de un simple asociado. "La propiedad y la autoridad están amenazadas de ruina desde el principio del mundo y así como el hombre busca la justicia en la igualdad, la sociedad aspira al orden en la anarquía".

"Anarquía, ausencia de señor, de soberano, tal es la forma de gobierno a la que nos aproximamos de día en día".

Tales son las ideas que Proudhon ha desarrollado en su primer trabajo sobre la propiedad. Las hemos analizado con tanta minuciosidad porque ellas contienen el fundamento de todas las demás obras, en las cuales sólo ha desenvuelto con mayor amplitud tal o cual aspecto de sus ideas.

El libro *¿Qué es la propiedad?* es una de las obras más geniales que haya producido la literatura socialista; y hasta aquellos que más tarde han combatido a Proudhon con las armas más innobles, como lo hicieron Marx y Engels, se vieron obligados a reconocer la gran importancia de dicha obra. Con la aparición del trabajo de Proudhon anuncióse una nueva tendencia en la ideología socialista: la tendencia antiautoritaria, que encontró después una expresión práctica en los movimientos anarquistas.

Es verdad que algunas de las ideas de Proudhon ya habían sido expuestas en la célebre obra del inglés William Godwin *Investigaciones sobre la injusticia política* (1793) y en los escritos sobre economía de John Grey; pero estos trabajos eran casi desconocidos en el continente y no han ejercido ninguna influencia en los países europeos. Sólo el libro de Proudhon abrió un camino para las nuevas orientaciones de un socialismo libre y antigubernamental.

Vida de Bakunin

Miguel Alejandrovich Bakunin nació el 20 de Mayo de 1814 en Prymukhino, pequeña aldea de la gobernación de Tver, Rusia. Su familia era una de las más antiguas y aristocráticas de ese país y según parece su posición no era mala. El padre de Bakunin, humanitario y liberal, hasta había participado en el movimiento de los decembristas; pero en la vejez se mostró muy pesimista con las tendencias liberales por haber perdido la fe en su realización. La madre de Bakunin era una verdadera aristócrata; fría y soberbia con todo el mundo, aun con su propia familia. Acerca de la infancia de Bakunin se sabe poco; pero consta que recibió una educación cuidadosa.

Al cumplir los veinte años frecuentó la Escuela de artillería de Petrogrado, donde aprendió con mucho éxito la ciencia de la guerra. A los veintiún años de edad fue nombrado oficial en un regimiento de infantería cerca de la frontera polaca. Mas la monótona

vida de soldado no ofrecía interés para el joven Bakunin. Se pasaba los días recostado en un sofá, entregado a meditaciones. En 1834 abandonó finalmente el ejército, renunciando a su carrera militar.

La filosofía alemana ejercía a la sazón una influencia marcada sobre la juventud rusa y también Bakunin se interesó mucho por los conceptos abstractos y las doctrinas de Kant, Fichte, Schlegel, etc. Gracias a varios viajes realizados a Moscú y Petrogrado entró en contacto con algunos círculos estudiantiles, en los cuales se reunían los jóvenes rusos para estudiar los diversos sistemas de los filósofos alemanes y franceses. En 1835 trabó conocimiento con Stankevich, que era entonces el jefe espiritual de un círculo importante. Ambos jóvenes se unieron en estrecha amistad y Bakunin se hizo colaborador activo de su círculo. Por influencia de éste, conoció al filósofo Gottlieb Fichte, cuyas obras estudió con gran entusiasmo. N. Bielinsky, quien adquirió más tarde gran renombre en la literatura rusa, editaba en aquella época un periódico de filosofía, "El Telescopio". En él publicó Bakunin su primer trabajo literario, una traducción al ruso de las *Conferencias sobre el desatino del sabio* de Fichte.

Cuando Stankevich abandonó a Rusia Bakunin se convirtió en el inspirador intelectual del círculo. En 1838 conoció por primera vez las teorías del filósofo alemán Hegel, el cual ejercía en aquella época un influjo magnético sobre todos los espíritus. Era tan poderosa dicha influencia que causó una revolución en las opiniones de Bakunin y sus amigos. El conocido aserto de Hegel: "Todo lo racional es real y todo lo real es racional" provocó hondas discrepancias entre las personas inclinadas a los estudios filosóficos, divergencias que dieron origen a parcialidades extre-

mas. Bakunin, Bielinsky y otros jóvenes se hicieron hegelianos ortodoxos y no se detuvieron ante las consecuencias reaccionarias de Hegel. "El absolutismo ruso existe; en consecuencia, está justificado y es natural". Esta afirmación que planteara Bielinsky era el punto de vista del círculo estudiantil. Por aquel entonces Bakunin publicó varios artículos traducidos en el "Moscovski Nabludatel" de un carácter francamente reaccionario.

Pero el temperamento tormentoso del joven Bakunin sintió bien pronto la estrechez y la unilateralidad del hegelianismo reaccionario; comprendió poco a poco que la vida real era otra cosa que un vano juego de palabras. Su espíritu sano le dió a entender que la fuerza de las ideas de Hegel no residía en el contenido espiritual y moral de su filosofía, sino en el método crítico que aplicaba.

Por intermedio del conocido escritor ruso Ogareff, quien editó más tarde, junto con Herzen, "La Campana" ("Kolokol"), Bakunin llegó a conocer al gran pensador y literato ruso Alejandro Herzen. Este era un adversario decidido de las concepciones conservadoras de Hegel, lo cual dió lugar a un fuerte conflicto entre él y los miembros del círculo de Bakunin. Esta lucha fue probablemente la primera razón que indujo a Bakunin a desistir de sus teorías reaccionarias unilaterales y de sus especulaciones conservadoras. La vida monótona, falta de actividad y de movimiento, se le hizo cada vez más insoportable y resolvió irse a Berlín con el propósito de estudiar allí filosofía.

En Berlín se relacionó con la tendencia neohegeliana que comprendía todos los elementos revolucionarios de Alemania. La vida se le apareció envuelta en una nueva luz; se abrió ante él un amplio

terreno para sus actividades y se entregó con ardorosa pasión a la corriente ideológica progresista.

Conoció también en Berlín a Turgueniev, junto con el cual asistía a los cursos del profesor Werder sobre la filosofía hegeliana. Los conceptos reaccionarios y metafísicos de Schelling ofrecieron al joven Bakunin un ocasión para el ataque. Publicó en 1842 un folleto, "*Schelling* y la revelación crítica de la última tentativa reaccionaria de combatir la filosofía libre". En ese ensayo defiende Bakunin las ideas revolucionarias de Luis Feuerbach, padre de la filosofía materialista alemana; dicho trabajo constituye la primera manifestación del espíritu rebelde de Bakunin. En términos elocuentes preconiza la lucha por la libertad, y aun cuando esa lucha era para él tan sólo filosófica reconoce en ella, sin embargo, el gran proceso evolutivo que se había realizado en sus ideas.

De allí Bakunin se fue a Dresden; esta ciudad era entonces el centro intelectual de los neohegelianos revolucionarios. Arnoldo Ruge, el representante más significativo de esa tendencia y editor de los famosos *Anales alemanes,* acogió al joven Bakunin con la mayor estima y amistad. El círculo avanzado de Ruge y sus amigos le produjo muy buena impresión y gracias a las frecuentes discusiones con esos hombres cultísimos sus convicciones se tornaron más radicales, más revolucionarias. En 1842 publicó en los *Anales alemanes* un artículo que llamó la atención. Se titulaba: "*La reacción en Alemania,* fragmento de un francés" y estaba firmado con el pseudónimo de Jules Elyzard. En ese trabajo se descubre ya el verdadero Bakunin, al fundador de la filosofía de la destrucción, al enemigo mortal de todo compromiso y de todo recurso diplomático. Defiende la Revolución como principio del progreso eterno y combate vehe-

mentemente la llamada filosofía positiva. La Revolución es el espíritu eterno de la negación, la fuerza viva de la historia humana. Todo reformador es un reaccionario, pues obstaculiza la gran finalidad del movimiento nuevo que tiende a la destrucción completa del actual mundo político y social. El notable artículo terminaba con estas palabras características: "El aire es pesado y todos nosotros sentimos la proximidad de la gran tormenta; hacemos, pues, un llamado a nuestros hermanos ofuscados: "¡Arrepentíos, arrepentíos, porque ha llegado la época del Mesías!" A los positivistas les decimos: "¡Abrid vuestros ojos espirituales. Dejad que los muertos entierren a los muertos; comprende de una vez que el espíritu, el espíritu eternamente joven y eternamente renovado, no vive en las vetustas ruinas desmoronadas! Confiemos en el espíritu humano que crea y destruye, porque él es la fuente eterna y fecunda de la vida. ¡El anhelo de destrucción es un deseo de creación!"

Pocos meses después de la publicación de este artículo Bakunin abandonó a Dresden, pues su situación se hizo insegura. El gobierno ruso llegó a saber que él era el autor del trabajo *La reacción en Alemania* y según parece pidió que fuese deportado a Rusia. Bakunin se fue a Suiza y al poco tiempo se le encuentra nuevamente actuando entre los elementos revolucionarios que debido a las mismas causas, se habían congregado en Zurich. En Suiza Bakunin se ocupó por vez primera del problema económico. Las obras de los socialistas franceses ejercieron una profunda influencia en su espíritu rebelde y como siempre deducía las consecuencias más extremas de una idea, se convirtió bien pronto en uno de los partidarios más avanzados del socialismo.

En aquella época el comunista alemán Guillermo Weitling organizaba asociaciones obreras en Suiza. El centro de esas uniones era Zurich, donde Weitling pregonaba la edición de un nuevo periódico de propaganda. Pero el gobierno suizo lo arrestó inesperadamente, incautándose de sus papeles y de la correspondencia. Entre las cartas había también algunas que comprometían a Bakunin y revelaba sus relaciones secretas con los comunistas suizos. Debido a eso Bakunin tuvo que partir a Berna en el deseo de evitar que se le detuviese. La policía suiza entregó al cónsul ruso en Zurich los documentos comprometedores y aquél exigió, en nombre de su gobierno, la deportación de Bakunin. Este, empero, era más listo que la policía y abandonó la "libre" Suiza, dirigiéndose a París.

Allí trabó conocimiento con los elementos progresistas y revolucionarios de la capital francesa, siendo sus amigos más íntimos el poeta revolucionario alemán Georg Herwegh, Proudhon y varios otros. El socialismo de Proudhon produjo una fuerte impresión en él, pues estaba basado sobre la libertad del individuo. El socialismo o el comunismo de las otras tendencias, debido a su carácter autoritario y dictatorial, jamás gozaron de la simpatía de Bakunin. En París se encontró asimismo con Carlos Marx, Federico Engels y otros conocidos socialistas germanos. Escribió también algunos breves artículos en el periódico alemán "Vorwaerts", que aparecía entonces en París. Pero las discordias personales que dividían a los emigrantes alemanes causaron mal efecto a Bakunin, razón por la cual frecuentaba más bien los círculos de los rusos, polacos y franceses.

París tampoco fue lugar seguro para él. El 29 de Noviembre de 1847 pronunció un discurso en una

gran asamblea organizada en conmemoración de la revolución polaca de 1830. Este discurso fue la primera declaración de guerra del valiente revolucionario al zarismo ruso. En términos fogosos censuró las infamias del despotismo ruso, al cual proclamó publicamente enemigo mortal de la libertad de Europa. Esa arenga tuvo una eficacia formidable. Los revolucionarios la saludaron con un entusiasmo delirante; pero para los tiranos resonó como una condena de muerte. El gobierno ruso pidió a Francia que expulsara a Bakunin. El joven campeón de la libertad se vió obligado a dejar la bella París y se encaminó a Bélgica.

No pensaba quedarse mucho allí porque sabía muy bien que no ofrecía seguridades para su persona; su proyecto consistía en trasladarse a Inglaterra, única nación de Europa sobre la cual no ejercía influencia el zarismo ruso. Pero antes de que terminase los preparativos para salir de Bélgica estalló en París la revolución de Febrero de 1848. Esta noticia infundió a Bakunin nuevas fuerzas. La revolución que aguardara tanto tiempo había llegado por fin. Y el joven rebelde la saludó como a la aurora de una nueva época. Volvió inmediatamente a París y se entregó de cuerpo y alma a las olas tempestuosas de la revolución. Dormía en los cuarteles y comía junto con los soldados; predicaba ante ellos su teoría de la destrucción general, el socialismo y la abolición de las formas de gobierno; les exhortaba a sostener la revolución hasta tanto fuesen derrumbados todos los fundamentos de la vieja sociedad. Bakunin se hallaba en todas partes: en las barricadas, en los cuarteles, en los sitios públicos; en una palabra, sus fuerzas se decuplicaron. Y el gran revolucionario no era el espanto de los reaccionarios solamente; hasta los republicanos temblaban ante él

viendo su influencia poderosa. El oficial de barricadas Caussidiére, republicano, decía hablando de Bakunin: "¡Qué hombre¡ ¡Qué hombre extraordinario! El primer día de la revolución es una verdadera joya, pero al día siguiente hay que fusilarlo". Flocon, ministro durante la revolución de Febrero, dijo cierta vez estas palabras características: "Si hubiese en Francia trescientos hombres como Miguel Bakunin todo gobierno sería imposible".

Pronto vió Bakunin que la revolución francesa de 1848 no podía ofrecer el resultado deseado por él y sus amigos; al mismo tiempo comprendió que no convenía tampoco aislarse, sino que era preciso aprovechar las circunstancias y preparar revoluciones en toda Europa.

En abril de 1848 abandonó París; el ministro Flocon le entregó mil francos y un pasaporte francés para que se dirigiese a Alemania y provocara allí una revolución. En realidad aquello era tan sólo un recurso para deshacerse del temible revolucionario. Bakunin se daba cuenta también de que su sitio ya no era París y desapareció repentinamente. Es muy probable que durante un tiempo haya estado en Rusia y en los demás países eslavos, con el objeto de preparar allá un estallido revolucionario. A este respecto, a lo menos, dice Arnoldo Ruge en sus Memorias que "se había ido a Rusia para hacer allí obra de agitación". Por aquel entonces mantenía Bakunin estrechas vinculaciones con todos los revolucionarios de Europa, especialmente con los de los países eslavos.

El 1o. de Julio de 1848 Bakunin asistía al congreso eslavo internacional celebrado en Praga, porque esperaba encontrar allí campo propicio para agitar en favor de sus planes revolucionarios y de la internacionalización de la revolución. El congreso eslavo

se proponía unir todos los pueblos de esa raza para defender en común sus intereses contra las demás naciones. Parece que la mayor parte de los delegados no profesaban ideas muy progresistas. Las actas de dicho congreso no se han publicado nunca y a causa de eso ignoramos si Bakunin encontró en él la ocasión que buscaba o no.

Pero el congreso no transcurrió tan pacíficamente como suponían algunos. El gobierno austriaco, en efecto, temiendo las demostraciones revolucionarias de los checos, prohibió toda manifestación pública que tendiese a demostrar su simpatía por el congreso. Esta decisión causó verdadero disgusto entre la población de Praga y todas las calles se llenaron de gente; pero los numerosos soldados que hicieron su aparición repentinamente, impidieron a tiempo toda tentativa seria de la multitud.

Frente al hotel "A la estrella azul", donde se alojaba Bakunin, se congregó una enorme muchedumbre. Los soldados trataron de dispersarla, pero no tuvieron éxito. De pronto se hicieron varios disparos sobre los soldados a través de las ventanas del hotel. Era la señal para una lucha sangrienta entre los militares y el pueblo. Este levantó barricadas y Bakunin tomó una participación activísima en la lucha. Su valor y sangre fría merecieron la admiración de todos. Refiere el escritor checo Iretchek que Bakunin asumió la dirección militar de la revuelta. Al tercer día de la lucha, el general Windischgreutz, comandante militar, abandonó la ciudad, retirándose a las fortalezas situadas fuera de Praga. Desde allí hizo bombardear la ciudad, que fue bien pronto presa del fuego. Después de la represión del levantamiento de Praga Bakunin huyó de Austria, ocultándose en Berlín, Kothen y otras ciudades alemanas.

En Kothen publicó Bakunin su conocido *Llamamiento a los pueblos eslavos,* en la cual les invitaba a prepararse para la revolución general en Europa. Sentía la proximidad de una nueva revolución y aplicaba sus esfuerzos en el sentido de unificar todos los elementos revolucionarios en un poder sólido contra la reacción. Era una época tempestuosa, de lucha, de agitación, de vida; y Bakunin vivía y luchaba más que todos los demás. En una carta a su querido amigo Georg Herwegh ha expresado los sentimientos que le animaban entonces: "Yo no creo en una constitución, ni en ley alguna; ni la mejor constitución podría satisfacerme. Lo que necesitamos ahora es otra cosa: necesitamos tempestad y vida, un nuevo mundo libre y por consiguiente libre de leyes". Estas palabras son características, porque ellas nos pintan al verdadero Bakunin, al hombre de acción, al rebelde entusiasta, al apóstol de la revolución eterna.

Mantenía Bakunin, en aquel período, vinculaciones secretas con todo el mundo revolucionario; y según parece trabajaba en esos momentos por un levantamiento de los checos y polacos.

En Mayo de 1849 volvió a hallar una ocasión para manifestar públicamente su valor y su energía incomparables. En diversos puntos de Alemania habían estallado revoluciones, como Baden y Dresden. Bakunin se encontraba entonces en esta ciudad y se preparaba a hacer un viaje a Bohemia cuando estalló de pronto la revolución de Mayo en Dresden. Como es natural, desistió de su proyectado viaje y se colocó en las primeras filas del movimiento. Se hizo miembro del comité revolucionario y durante los tres días que duró la revolución fue el hombre indispensable de la capital sajona. Uno de sus colaboradores fue Ricardo Wagner. Amigos y enemigos admiraban la energía

gigantesca de Bakunin y los reaccionarios lo temían como al diablo en persona y no se cansaban de hablar de sus actos terroristas. Un escritor reaccionario decía refiriéndose a él: "Su principio era el fuego y hasta el gobierno revolucionario temblaba ante su energía salvaje. Cuanto más cercano se hacía el momento de la decisión, Bakunin se volvía más extremista. La ciudad entera temía a este hombre".

Las resoluciones del llamado gobierno revolucionario no ejercían influencia alguna sobre Bakunin; obraba de acuerdo con las circunstancias, sin atenerse a la vana fraseología de los políticos. El siguiente episodio demuestra cuan poco estimaba a los representantes del nuevo gobierno: Bakunin había introducido grandes cajones de material explosivo en los sótanos del palacio municipal de Dresden y otros edificios públicos. El concejal Pffafenhauer, muy cobarde, corrió a ver a Bakunin para hacerle presente la desgracia que podría sobrevenir si explotase la pólvora. Bakunin le gritó: "¿Quién se preocupa de las cosas de ustedes? ¡Que vuelen en el aire!" Y al tratar de insistir el buen hombre lo echó de su habitación.

El 9 de Mayo terminó la lucha desesperada en Dresden; los soldados prusianos resultaron victoriosos. Bakunin se retiró a Chemnitz para organizar también allí un levantamiento. Pero fue arrestado en la noche del 9 de Mayo, estando en cama, gracias a la traición de los vecinos de esa ciudad. Fue entregado a los soldados prusianos; de este modo el héroe revolucionario cayó en las manos sangrientas de la reacción, de la cual tardó más de doce años en librarse.

En momentos en que Bakunin era arrestado el gobierno ruso anunciaba que recompensaría con diez mil rublos al que lo detuviese; y la ciudad de Chembnitz, que había detenido al gran rebelde, siguió en

efecto, durante algún tiempo, las gestiones correspondientes para percibir ese dinero de la traición. Pero no se sabe si Rusia entregó dicho premio.

De la prisión de Dresden Bakunin fue trasladado a la de Königstein, donde aguardó con soberbia calma y sangre fría la suerte que le iba a deparar el porvenir. Su situación era peor que la de los demás prisioneros, pues tanto de día como de noche estaba cargado de pesadas cadenas.

El 14 de Enero de 1850 fue condenado a muerte. Digno y valeroso, escuchó, sin demostrar la menor emoción, su sentencia. La única observación que hizo fue la siguiente: "En la historia lo único que decide es el éxito. Si yo hubiese logrado realizar mis planes me habrían tenido por un gran hombre; vencido, me condenan a muerte". La actitud dignísima de Bakunin ante el consejo de guerra produjo una profunda impresión y muchos periódicos publicaron su retrato acompañado de comentarios favorables. Se le propuso que elevase al rey de Sajonia una solicitud de indulto, pero Bakunin rechazó tal propuesta declarando que prefería la muerte antes de rebajarse. Mas, poco tiempo antes de que se ejecutase la sentencia, el gobierno austriaco pidió que el célebre revolucionario le fuese entregado debido a la participación que tuvo en la revolución de Praga de 1848. Cargado de pesadas cadenas Bakunin fue conducido a la frontera austriaca. Creía el gobierno de Austria que por intermedio de Bakunin averiguaría los secretos del movimiento revolucionario de los países eslavos; pero sus esperanzas no se realizaron: Bakunin se negó a hacer declaraciones. El 19 de Mayo de 1851 lo condenaron por segunda vez a la pena capital por haber actuado en la revolución de Praga. Durante seis meses permaneció en la fortaleza de Almitz,

encerrado en una celda obscura, encadenado a la pared y en espera de la muerte. Pero merced a una circunstancia realmente extraordinaria se salvó de nuevo.

En efecto, el gobierno ruso había pedido su extradición y algunas semanas más tarde el prisionero fue llevado a Rusia. Después de un largo viaje llegó a Petrogrado, donde lo encerraron por muchos años en la fortaleza de Pedro y Pablo. La prisión en Rusia fue para Bakunin el período más duro de su vida, pues la soledad y la tristeza eran para él peores que la muerte. Nicolás I exigió de él ciertas declaraciones respecto al movimiento eslavo, a lo cual contestó Bakunin con su célebre carta "Al zar ruso". En términos valerosos defendió allí sus convicciones revolucionarias, negándose a suministrar nombres. Las dignas palabras del rebelde prisionero causaron profunda impresión en el zar, quien lo dejó en paz.

Los parientes de Bakunin trataron varias veces de conseguir del zar el indulto; pero Nicolás declaró francamente que Rusia no era suficientemente grande para que dos hombres como él y Bakunin pudiesen existir simultáneamente. Repetidas veces Bakunin intentó suicidarse, pero no pudo realizar su propósito debido a la guardia rigurosa que lo rodeaba. Mas que todo lo torturaba la idea de que la soledad lo llevaría a la locura o amenguaría su fuerza y sus energías. Con el propósito de fortificar su espíritu Bakunin dramatizó la leyenda de Prometeo, a la que su florida fantasía animó de entusiasmo; en la soledad de su celda silenciosa soñaba con la destrucción del viejo mundo y así como Prometeo trajo la luz a la humanidad, Bakunin aguardaba el día de la liberación para poder llevar la antorcha de la revolución por el mundo esclavizado.

En 1854 Bakunin fue trasladado a Schlusselburgo, donde quedó hasta 1857. Este período fue el más terrible de sus prisiones, porque además de su estado moral, su organismo soportaba enfermedades penosas. Al morir Nicolás I la madre de Bakunin hizo una nueva tentativa ante Alejandro II para obtener el indulto; pero el flamante zar declaró que mientras él viviese Bakunin no recobraría la libertad. Algunos meses más tarde era deportado a Siberia.

Allí su estada fue más soportable que en las cárceles de Petrogrado. Gracias a su poderosa influencia personal se creó ciertos privilegios de que no gozaban otros prisioneros. Su actuación entre los decembristas recluídos en Siberia no es para ser descripta aquí. En Marzo de 1859 Bakunin fue trasladado al oriente de Siberia. Había gestionado durante mucho tiempo ese traslado, pues de allí era más fácil escapar que de los demás lugares. Finalmente, en 1861, habiéndose el gobernador de la Siberia oriental ausentado en un largo viaje, Bakunin aprovechó esta oportunidad para huir.

Lo más notable en la fuga de Bakunin es el hecho de haberse valido de un vapor del gobierno ruso para realizar su plan. Las cosas ocurrieron en la forma siguiente: Había resuelto Bakunin bajar por el río Amur hasta el Océano Pacífico, donde pensaba encontrar un vapor americano que lo llevara al Japón. Al llegar al Amur se encontró con un buque que enarbolaba la bandera imperial rusa. Decidiéndose en el acto, Bakunin se acercó en un bote al vapor ruso y se presentó al capitán como viajante de comercio de una importante firma de Rusia. El capitán, que jamás había visto a Bakunin, sintió una marcada simpatía por el comerciante desconocido, quien demostró ser un interesante y amable hombre de mundo. Al

proponerle Bakunin sus deseos de acompañarle, el otro aceptó. Después de algunas horas de viaje, Bakunin ya conocía todos los secretos del capitan, el objeto de su viaje, etc. Llegó a saber que el capitán hospitalario iba a recibir al gobernador de la Siberia oriental, quien venía a su encuentro en un buque de guerra ruso.

La situación del fugitivo era muy crítica, pues el gobernador lo conocía y si se hubiese encontrado con él todos sus proyectos quedarían desbaratados. Pero Bakunin no era hombre de amedrentarse ante un peligro. Con muchas precauciones preguntó al capitán dónde y cuándo debía encontrarse con el buque de guerra. El capitán, no sospechando ningún mal, le suministró todos los informes. Bakunin hizo rápidamente sus preparativos; cerca del lugar donde había de encontrarse con el gobernador rogó al capitán que le permitiese trasbordar a un vapor americano que se dirigía al Japón. El capitán satisfizo con la mayor buena voluntad el deseo de su huésped desconocido y media hora más tarde Bakunin pasaba tranquilamente delante del buque en que iba el gobernador, el cual ni sospechaba que cerca de él se hallaba en aquel momento el revolucionario más temido de Europa.

Fue aquel el último peligro; sin mayores dificultades llegó a Yokohama. De allí se dirigió a San Francisco, donde encontró diversos amigos que le proporcionaron los medios necesarios para ir a Nueva York. En Noviembre de 1861 Bakunin dejaba Nueva York para dirigirse a Londres. Allí fue acogido con la mayor simpatía por Alejandro Herzen, Ogareff y los demás del círculo que se había formado alrededor de "La Campana", órgano de los revolucionarios rusos. De esta manera terminó el viaje de Bakunin

alrededor del mundo, viaje que realizó con las manos cargadas de cadenas; además de como fugitivo expatriado.

Después de un largo encierro Bakunin se hallaba libre por fin y se entregó de nuevo al movimiento revolucionario con todo su temperamento tempestuoso. Herzen nos ha dejado una breve descripción de aquella actividad: "Después de un silencio de nueve años, sumido en la soledad más absoluta, Bakunin comenzó a vivir de nuevo. Discutía, predicaba, mandaba, agitaba, organizaba y permanecía en vela todo el día, toda la noche, durante las veinticuatro horas. En los escasos momentos libres que le sobraban, corría su mesa de trabajo y escribía cinco, diez, veinte cartas a Semiplatinsk, Arazzo, Belgrado, Praga, Constantinopla, Besarabia y Bulgaria".

Bakunin había escogido a su alrededor un círculo de entusiastas adeptos y gracias a su influencia poderosa "La Campana" se hacía más radical de número en número. Atacaba a Herzen porque éste no era demasiado revolucionario y aceptaba ciertos compromisos. Todas sus esperanzas las cifraba entonces Bakunin en los pueblos eslavos, a cuyo movimiento dedicó sus esfuerzos. Echó en aquella época las bases de una organización secreta en Rusia y en los demás países eslavos. Comprendió Bakunin que le sería imposible trabajar junto con Herzen y Ogareff. Estos estaban todavía demasiado ligado a las esferas oficiales de Rusia y el gran revolucionario quería romper todos los lazos con la Rusia oficial. Los trabajos que publicó por ese entonces, por ejemplo *A todos los amigos rusos, polacos y eslavos* y el folleto *¿Ramanoff, Pugatschew o Pestel?* atestiguan las ideas prácticas que profesaba en aquel tiempo.

Pero merced al problema polaco volvieron a encontrarse Bakunin y los editores de "La Campana". En Polonia se había iniciado un vigoroso movimiento de rebeldía contra el yugo ruso, el cual llamó la atención de todos los revolucionarios eslavos. El movimiento polaco, encabezado por el partido aristócrata, no tenía en realidad nada de común con las ideas de Bakunin; pero éste quería aprovecharlo para sus fines.

Poco tiempo antes del estallido de la sublevación polaca de 1863 tuvo lugar una importante conferencia entre los editores de "La Campana" y dos delegados del comité revolucionario de Varsovia. Fue resuelto que Bakunin condujese a Polonia un vapor con armas y revolucionarios polacos y que participe a su vez en el levantamiento. Desgraciadamente los preparativos no fueron hechos por Bakunin mismo y esta fue la razón por que fracasó la tentativa. El 21 de Febrero Bakunin dejaba Londres dirigiéndose a Copenhague y de allí a Suecia, donde lo aguardaba el buque con la expedición polaca. Pero debido a la imprevisión con que fue preparada la empresa y a la traición del capitán que mandaba el vapor el proyecto no pudo ser realizado. Sólo merced a la energía inquebrantable y al valor heróico de Bakunin lograron ponerse en salvo el vapor y la tripulación. Bakunin, en efecto, llegó a saber que el capitán había visitado en Copenhague al cónsul ruso y temió que el traidor los entregase a un buque de guerra de su país. Hallándose ya en alta mar, le manifestó al capitán que no le tenía ninguna confianza y que si llegaba a divisar algún buque de guerra ruso lo atacaría inmediatamente; y en caso de que no consiguiese vencerlo, hundiría el vapor en que él viajaba. El capitán no quiso seguir viaje y volvió a Copenhague excusándose con diversos pretextos. El plan fracasó,

pues, debido a los preparativos deficientes de los polacos. Bakunin quedó por algún tiempo en Suecia y mientras trabajaba allí públicamente, buscó y encontró vinculaciones secretas con Rusia para la difusión regular y sistemática de la literatura revolucionaria en ese país. Al mismo tiempo entabló relaciones de carácter revolucionario con Finlandia. Su plan consistía en cruzar clandestinamente la frontera rusa e ir a Polonia a través de Lituania con el propósito de tomar una participación directa en la rebelión polaca. Empero, los dirigentes de ese levantamiento, en su mayoría aristócratas y patriotas desprovistos de toda aspiración revolucionaria, temían a Bakunin más que al gobierno ruso, pues sus ideas y proyectos eran demasiado radicales para ellos. En consecuencia lo disuadieron de venir, valiéndose de falsos pretextos. Por lo demás, la sublevación polaca no se prolongó tanto como lo esperaban Bakunin y sus amigos. Este abandonó, pues, a Suecia encaminándose nuevamente a Londres. Mas, aun cuando su tentativa había fracasado, el gobierno ruso se sentía inquieto ante la energía vigorosa y el valor desesperado de Bakunin. Durante la estancia de éste en Suecia, el gobierno ruso había fijado una recompensa de treinta mil rublos para el que entregase al temible revolucionario vivo o muerto.

No se quedó Bakunin mucho tiempo en Londres, pues había planeado un viaje a Italia. En Enero de 1864 llegó a Florencia. Con este viaje termina su propaganda exclusivamente eslava: desde entonces dedicó su formidable fuerza de agitador al movimiento revolucionario internacional.

Italia ofrecía un campo propicio para su actuación de propagandista. El temperamento revolucionario del pueblo italiano y su marcado interés por la

propaganda conspiradora eran excelentes factores para los proyectos de Bakunin. No obstante estas condiciones favorables, halló también muchas dificultades y obstáculos. Precisamente los elementos que representaban el movimiento revolucionario en Italia y con los cuales contaba Bakunin eran partidarios de Mazzini. Bakunin arremetió, pues, briosamente contra las teorías y aspiraciones de éste y sus adeptos, conquistando con su habilidad una señalada influencia sobre la juventud italiana. Numerosos estudiantes y obreros abandonaron el campo religioso y patriótico de Mazzini, adhiriéndose a las ideas ateistas y revolucionarias del gran rebelde ruso.

De Florencia Bakunin pasó a Nápoles, donde permaneció dos años. Allí conoció a muchos simpáticos compañeros de lucha, como Fanelli, Gambuzzi, Muletti, Farlandina y otros, con los cuales constituyó el primer grupo anarquista de aquella ciudad. Entonces fue cuando expuso sus doctrinas en el "Poppolo d'Italia" y en "Libertá e Justizia", primer periódico anárquico de ese país.

Durante dicho período Bakunin dedicó toda su actividad a la creación de una sociedad internacional secreta que sirviese de base para un sólido movimiento revolucionario en Europa. Su plan consistía en conquistar para su programa anárquico-ateo a los hombres más inteligentes, más honrados y enérgicos del movimiento revolucionario. Esos hombres fundarían luego en todos los países de Europa organizaciones secretas e imprimirían un carácter determinadamente revolucionario al movimiento. Así fue como nació la "Sociedad revolucionaria internacional", más conocida bajo el nombre de "Hermanos internacionales". En una carta a Alejandro Herzen habla Bakunin de sus éxitos en este sentido, diciendo haber encontrado

partidarios en Suecia, Noruega, Dinamarca, Inglaterra, Bélgica, Francia, España, Italia, Polonia y Rusia.

Muchos detalles de su propaganda de aquella época se han perdido, pero considerando los movimientos revolucionarios de los países latinos, especialmente de España e Italia, es cuando podemos apreciar la obra gigantesca de este gran hombre.

Para justipreciar la actividad de Bakunin en aquel período es menester tomar en cuenta las condiciones sociales y políticas de entonces. Después de la revolución de 1848 se inició en Europa un período de reacción y de estancamiento que perduró más de diez años, dando lugar a que surgiera en la mayoría de las naciones un anhelo revolucionario. La sublevación de los polacos, la propaganda de Lassalle en Alemania, la actividad de Mazzini y de Garibaldi en Italia, el período "liberal" en Rusia, etc., etc., eran síntomas de una nueva época. El proceso evolutivo de ese ciclo revolucionario sólo fue interrumpido por el estallido de la guerra franco-alemana de 1870, la cual afianzó en Europa el dominio de los grandes estados y del sistema militarista. El carácter revolucionario de aquella época explica, por tanto, la actuación subterránea de Bakunin. Había presenciado el fracaso de la revolución de 1848 y dedicaba entonces todos sus esfuerzos en evitar un nuevo fracaso; por eso trató de unificar los elementos revolucionarios de todos los países.

La actividad de Bakunin era, pues, generalmente secreta. Participaba poco en el movimiento público; no deseaba ser notado, a fin de poder preparar el terreno para su actividad posterior. El momento que le ofreció una excelente oportunidad para desarrollar ante el mundo sus ideas anarquistas llegó antes de lo que él se lo esperaba.

Las relaciones entre Alemania y Francia se habían vuelto tirantes en 1867 debido a la cuestión de Luxemburgo, asunto que estaba por terminar con una guerra entre ambos países. Entonces se inició un vasto movimiento en pro de la paz, en el cual tomaron parte personas pertenecientes a todas las clases y partidos. El resultado de ese movimiento fue la fundación de la Liga de la Paz y de la Libertad. Esa unión tenía un carácter internacional y numerosas personalidades del mundo político y revolucionario, como Garibaldi, Castelar, Johan Jacobi y otros se adhirieron a ella.

Bakunin comprendió en seguida que la Liga de la Paz y de la Libertad ofrecía un campo propicio para su propaganda revolucionaria. Seguramente no pensó nunca convertir a la Liga al anarquismo; sólo quería encontran nuevas vinculaciones en favor de sus planes. En Septiembre de 1867 partió de Italia, dirigiéndose a Ginebra, donde se celebraba el primer congreso de la Liga. Bakunin y algunos de sus amigos más íntimos eran delegados ante ese congreso. Tengo a mi vista una descripción de la impresión producida por Bakunin en la asamblea: "De pronto apareció en la tribuna un hombre gigantesco, que llamó la atención de los presentes por sus formidables condiciones oratorias. Ese hombre era Miguel Bakunin. Y en lugar de hablar de la paz general, preconizó la revolución social, la guerra contra la religión, el Estado y la propiedad". En los notables discursos que pronunciara en el Congreso demostró que las causas de la guerra son mucho más profundas de lo que suponen algunos y llegó a la conclusión de que dichas causas están representadas por el Estado, la religión y el capital privado. Basándose en este punto de vista, pedía Bakunin que la Liga no se limitara a defender la paz, sino que atacara las

instituciones fundamentales de la sociedad moderna, causas fundamentales de las guerras y de las matanzas de los pueblos.

La mayoría del congreso, naturalmente, no estaba de acuerdo con los conceptos revolucionarios y socialistas de Bakunin; paro tampoco fueron rechazados del todo. Bakunin hasta resultó elegido miembro del comité de organización de la Liga. Por aquel entonces expuso sus ideas en una obra titulada Federalismo, Socialismo y Antiteologismo, que sólo fue editada mucho más tarde, en 1895, por el doctor Max Nettlau.

En el transcurso del primero al segundo congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad la organización hizo pocos progresos debido a la divergencia de opiniones que predominaba entre sus componentes. Por eso Bakunin resolvió dedicar todos sus esfuerzos en infundirle un carácter manifiestamente socialista y revolucionario, o bien causar una escisión entre los elementos avanzados y conservadores de la Liga. En 1868 se celebró el segundo congreso de la Liga y Bakunin propuso que ella se fusionara con la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada algunos años antes. Además pedía que el congreso se pronunciara por la liberación económica del proletariado. El congreso se negó a aceptar sus proposiciones, razón por la cual Bakunin y sus amigos se retiraron de la Liga. Entre los miembros de la minoría se hallaban Elie y Eliseo Reclus, Fanelli, Gambussi Jasclar y muchas otras personalidades conocidas del movimiento revolucionario.

Con frecuencia se pregunta por qué Bakunin no se adhirió inmediatamente a la Asociación Internacional de Trabajadores. La respuesta es bien sencilla. Durante los primeros años de su existencia la Internacional era exclusivamente reformista y antirrevolu-

cionaria. Sólo más tarde fue fomentado el espíritu socialista y revolucionario en la gran Asociación. Había también otras causas que impidieron a Bakunin su incorporación inmediatamente a ella; pero en virtud de la importancia que iba adquiriendo la Internacional propuso su fusión con la Liga de la Paz y de la Libertad.

Al retirarse la minoría del congreso de la paz celebrado en Berna, Bakunin propuso que se adhiriesen todos a la Internacional, a fin de predicar sus ideas en el seno de la poderosa corporación. Pero la mayor parte de sus amigos estaban resueltos a fundar una nueva organización que desenvolviese la propaganda revolucionaria en los países europeos.

Esta asociación se llamó al principio "Alianza de la Democracia Socialista", y más tarde sencillamente "Alianza Internacional". La Alianza organizó grupos y círculos en todos los países de la Europa occidental y la enérgica agitación de sus miembros echó las bases del socialismo revolucionario en esos países. Un amigo de Bakunin el italiano Fanelli, recibió el encargo de propagar la idea revolucionaria en España. Su gira obtuvo un éxito asombroso. En Barcelona, Madrid, Reus, Zaragoza y otras ciudades los obreros y los estudiantes se adhirieron al nuevo movimiento y de este modo fue introducido en aquel país el anarquismo revolucionario. Exigiría demasiado espacio la descripción de la actividad desplegada por la Alianza en los diversos países, como Italia, Francia, Suiza etc. En 1869 fue disuelta y sus miembros se incorporaron a la Asociación Internacional de Trabajadores. Con la entrada de los aliancistas en la Internacional, se abrió para Bakunin un nuevo campo de labor. El formidable desarrollo de la poderosa organización en los países latinos fue la consecuencia directa de su propaganda.

La Asociación Internacional de Trabajadores fue fundada en 1864 en Londres. Su propósito consistía en unir a los obreros de todos los países para lograr, mediante un esfuerzo común, el mejoramiento de la clase proletariada. Durante los dos primeros años de su existencia su desarrollo fue escaso; pero cuando más revolucionaria y socialista se hacía, tanto más grandes eran sus exitos. En el primer congreso de la poderosa asociación, celebrado en Ginebra fueron adoptados ciertos estatutos que daban a todas las tendencias del movimiento obrero la posibilidad de adherirse a ella. El principio básico y táctico de estos estatutos era la "lucha por la liberación económica de la clase obrera". Proclamando dichos principios la Internacional agrupó a todas las escuelas y partidos del movimiento social, por distintos que fueran sus puntos de vista en otras cuestiones. Cada tendencia tenía el derecho de propagar sus ideales y de aplicar sus métodos de lucha en tanto que no se contradijeran los principios fundamentales de la Asociacón. La tolerancia y la autonomia absoluta de las secciones y federaciones constituían la fuerza y el poder de la Internacional; si hubiese tenido un programa determinado y una táctica fija jamás hubiera podido reunir a dos millones de trabajadores de Europa y de América. Comprendía la Internacional diversas tendencias: proudhonianas, marxistas, colectivistas, mutualistas, anarquistas y otras, pues a todas ellas las unía la lucha por la liberación económica.

Al principio, como queda dicho la tendencia general de la Asociación era indefinida y escasamente socialista; pero gracias al desenvolvimiento teórico de las ideas y principalmente debido a las persecuciones de los gobiernos, el elemento revolucionario de la poderosa organización aumentó considerablemente,

sobre todo en los países latinos. En el congreso internacional de Bruselas verificado en 1868, las ideas revolucionarias lograron un predominio. El socialismo Belga De Paepe defendió en él el colectivismo contra las aspiraciones antirrevolucionarias de los proudhonianos franceses y contra el comunismo de Estado de los marxistas. El período de 1868 a 1870 ha sido el más brillante que haya tenido la Internacional.

En la primavera de 1869 Bakunin y muchos de sus amigos se adhirieron a la Internacional y la actividad del gran revolucionario resultó una fuerza de inapreciable valor para el desarrollo y la difusión de la gigantesca asociación obrera. Vivía entonces en Ginebra y gracias a su actividad incansable se desarrolló un fuerte movimiento revolucionario en la Suiza francesa él era en aquella época el redactor en jefe de la "Egalité" de Ginebra periódico en el cual definió sus teorías en una serie de brillantes artículos Merced a las diversas jiras de propaganda por los pequeños pueblos de los Montes del Jura llegó a conocer muchas personas simpáticas que se convirtieron en fieles compañeros y excelentes propagandistas de sus ideas. En septiembre de 1869 tuvo lugar en Basilea el cuarto congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores en la cual participó Bakunin como representante de los mecánicos de Nápoles y de los tejedores de Lyon. El de Basilea fue el más importante de todos los congresos celebrados por la Internacional, pues en él obtuvo su victoria el socialismo revolucionario sobre el viejo proudhonismo y el marxismo autoritario. Bakunin y sus amigos Varlain, Farga, Pellicer, De Paepe y otros preconizaron conjuntamente las ideas del colectivismo revolucionario. En uno de los discursos que Bakunin pronunciara en ese congreso dijo: "Quiero no sólo la propiedad colectiva

del suelo, quiero que todas las riquezas sean propiedad colectiva por eso soy partidario de la revolución social, por eso lucho por la supresión del Estado político ilegal. El colectivismo es la base del individuo y la propiedad privada no es otra cosa que el despojo de productos creados mediante el trabajo colectivo.

Bakunin expresó sus ideas en tres palabras "Ateísmo, Colectivismo, Anarquismo". Estas ideas fueron los principios básicos del movimiento obrero de Bélgica, Holanda y los países latinos. La influencia de Bakunin en la Internacional crecía de día en día y su nombre iba adquiriendo eco en el mundo revolucionario.

Poco tiempo después del congreso de Basilea, Bakunin abandonó Ginebra y se dirigió a Lugano. Mantenía entonces una copiosa correspondencia con casi todos los conocidos socialistas y revolucionarios de Europa, pero su actividad propagandista se dejó sentir especialmente en Italia, Rusia, España y Francia. Entre 1869 y 1870 publicó en ruso gran cantidad de manifiestos y folletos como: *Algunas palabras a mis jovenes hermanos de Rusia; La ciencia y la aspiración revolucionaria del presente; A los oficiales del ejercito ruso;* y otros. En esa época trabó conocimiento con el revolucionarios ruso Nechaiv. No es este el lugar de describir la actuación de Nechaiv y sus relaciones con Bakunin; no era anarquista pero sí un hombre de acción, y por eso Bakunin simpatizaba con él. Sólo más tarde al ver este último que Nechaiv se valía de su nombre para ejercer influencia sobre la juventud rusa en favor de sus propias ideas y convicciones, Bakunin se separó de él. Pero cuando el gobierno ruso pidió al de Suiza la extradición de Nechaiv, con motivo del asesinato en Petrogrado del estudiante Ivanov, a quién Nechaiv consideraba como traidor, Bakunin hizo todo lo posi-

ble para salvarlo. Cuando Nechaiv cayó por traición en manos de la policía suiza, Bakunin publicó su conocido folleto *Los osos en Berna y el oso en Petrogrado* con el cual trató de impresionar a la opinión pública contra la extradición del revolucionario ruso. El nombre de Nechaiev fue muy calumniado; es cierto que sus medios de acción no siempre fueron los más recomendables, pero es indiscutible que era un revolucionario sincero y el trágico fin que ha tenido es causa suficiente para que se contemple más benévolamente sus defectos.

El estallido de la guerra franco alemana de 1870 impulsó nuevamente a Bakunin hacia el campo de la revolución. Comprendía que la contienda iba necesariamente a fortalecer la reacción europea y su única esperanza la cifraba en una manifestación revolucionaria en Italia, España y Francia que combatiese el creciente espíritu militarista provocado por la guerra. Sabía que el triunfo de Alemania significaría la victoria del militarismo, el triunfo del Estado centralizado; la victoria de Napoleón sería la victoria del despotismo y la corrupción. Y para evitar tales consecuencias sólo había un medio: la revolución. Bakunin se daba cuenta de que si no estallaba una revolución las aspiraciones revolucionarias se verían sofocadas por mucho tiempo. Su primer trabajo consistió en la publicación de un folleto, *Cartas a un francés*, en el cual exponía sus proyectos. El folleto apareció en 1870 y tuvo una vasta difusión. Al mismo tiempo se encaminó a Lyon, a fin de preparar allí el levantamiento. Aguardaba Bakunin una revolución en París para cuyo sostenimiento Lyon habría sido uno de los puntos más importantes. El 28 de septiembre los rebeldes de Lyon proclamaron el alzamiento y los bakuninistas hasta lograron conservar la ciudad en sus manos

durante algún tiempo. Más la falta de unidad entre los revolucionarios y la indiferencia de las demás ciudades perjudicó al éxito de la empresa. Bakunin se vió envuelto en el peligro y tuvo que abandonar Lyon en secreto. De allí se dirigió a Marsella, donde contribuyó grandemente a la sublevación general. Proyectaba entonces volver a Lyon siempre que los revolucionarios hiciesen los preparativos necesarios para un nuevo levantamiento. Finalmente, después de todos sus proyectos hubieron quedado sin resultado, debido a la indiferencia de las masas populares, retornó a Lugano. Estaba muy descontento de la situación y su vigoroso espíritu sentía que por el momento la reacción imperaría por doquier. En ese período fue que decidió publicar sus teorías en una obra especial. La primera parte apareció en 1871 bajo el título de *El imperio Knuto-germánico y la revolución social.*

La segunda parte se publicó en 1872, es decir seis años después de su muerte con el nombre de *Dios y el Estado;* la tercera parte, *Conclusión de Dios y el Estado* fue editada en 1895 por el doctor Nettlau. Ese trabajo constituye una brillante crítica de las ideas de Dios y el Estado. Al propio tiempo escribía sus notables trabajos polémicos contra Mazzini, los cuales tuvieron un enorme éxito en Italia.

La proclamación de la Comuna suscitó de nuevo el entusiamo de Bakunin, pero sabía que París debería de caer, pues las provincias estaban muertas. Su único deseo era que la caída de París fuese heroica, a fin de que sirviese de ejemplo al mundo. Comenzó a escribir un libro sobre la Comuna, pero el prólogo de esta obra sólo se publicó en 1878, bajo el título de *La Comuna de París y el principio del Estado.*

En septiembre de 1871 se celebró en Londres una conferencia de la Internacional, en la cual se adoptó una resolución que admitía la lucha política como condición táctica de todas las Federaciones que la integraban. Bakunin y su tendencia fueron allí fuertemente atacados. Esa conferencia provocó la protesta de la mayor parte de las Secciones de la Internacional contra el proceder intolerante del Comité General de Londres, lo cual llevó más tarde a la desaparición de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

El 2 de septiembre de 1872 se realizó el célebre congreso de La Haya. Según se dice, ese congreso fue especialmente convocado en La Haya con el propósito de que Bakunin no pudiese asistir a él, pues debería cruzar Francia o Alemania y en tal caso habría sido detenido. Es imposible relatar aquí las deliberaciones del congreso de La Haya (los detalles los hallará el lector en las "Memorias de la Federación del Jura"); Bakunin y Guillaume fueron expulsados de la Internacional con el pretexto de que habían fundado una organización en su seno. La prueba de que el triunfo de la tendencia marxista sobre la de Bakunin no fue sino un triunfo de puro formalismo lo constituye el hecho de haber propuesto Marx el traslado del Comité General a los Estados Unidos, lo cual significaba en otros términos el fin de la Internacional. La minoría revolucionaria convocó un nuevo congreso en Saint-Imier, Suiza, el cual se expresó en contra de las resoluciones de La Haya, declarando también que interrumpía sus relaciones con el Comité General de Londres. Las secciones italianas, españolas, francesas, belgas, holandesas, rusas, y las distintas secciones de Suiza y de América constituyeron una nueva Internacional, que existió muchos años después de la disolución de la Internacional marxista.

Después del congreso de Saint-Imier, Bakunin se retiró de la actividad pública. La enfermedad que contrajera con motivo de su larga prisión en Rusia iba empeorando y le impedía toda acción. En julio de 1874 el movimiento revolucionario de Italia era tan poderoso que todos aguardaban el estallido de una revolución. Los amigos de Bakunin le prepararon y aquél se dirigió secretamente a Bolonia. Su actitud con respecto a la sublevación de Bolonia permanece todavía envuelta en el misterio. La empresa resultó un fracaso y Bakunin, gravemente enfermo, tuvo que volver a Suiza. Su dolencia iba empeorando, por lo que resolvió trasladarse a Berna, a casa de su viejo amigo el profesor Adolfo Vogt, quién cuidaría de él. Pero el 1º de julio de 1876 murió allí, a los 62 años de edad.

Tres escritos sobre la personalidad de Kropotkin

1. Kropotkin, el hombre

(En ocasión a su 70 aniversario: 9, XII, 1912)

Cada período de la historia humana tiene sus luchadores, sus pensadores libres, sus héroes y mártires que han sacrificado todo lo que pueden sacrificar los hombres: la fortuna, la sangre y la libertad, por la supresión del férreo régimen de explotación y de la tiranía, por crear condiciones de vida más ventajosas para las masas populares y por hallar nuevos derroteros para el desarrollo individual y social. Por eso la personalidad de Kropotkin ocupa un lugar especial en el movimiento libertario de nuestro tiempo. Su nombre no sólo evoca la imagen de un gran hombre, sino que encarna las aspiraciones más puras e idealistas de nuestra época, la profunda nostalgia de un porvenir de más belleza y más libertad.

Yo contaba dieciocho años cuando conocí por primera vez el nombre de Kropotkin. Era durante el sombrío período de "ley contra los socialistas" de Bismarck, cuando toda palabra de libertad era castigada con meses, si no con años de prisión. Un amigo me ofreció amablemente un viejo número roto del "Freiheit", el periódico de Most, del cual apenas se distinguían los caracteres y encontré allí un trozo del conocido folleto "A los jóvenes", traducido a todos los idiomas de los pueblos cultos. Jamás olvidaré la impresión poderosa que produjeron sobre mí esas palabras sencillas, profundas, cordiales y cómo hicieron vibrar las cuerdas más recónditas de mi alma joven, provocando un sentimiento de amor y de veneración por el magno ideal de la liberación humana y por el hombre que había sido capaz de desarrollar sus ideas en una forma tan admirable.

Pasaron años. He tenido más tarde la dicha de conocer personalmente a Kropotkin y la historia notable de la vida de este hombre que abandonó los privilegios que le acordaba su linaje aristocrático para defender la causa de los pobres y de los humildes. Y he visto que el hombre que escribió las hermosas palabras de "A los jóvenes" no se había limitado a predicar a los demás, sino que el mismo obró de acuerdo con su prédica, experimentando y soportando, él también las consecuencias inevitables que cada uno de nosotros debe aguardar en la lucha encarnizada contra un orden social comprometido y en favor de un porvenir más bello y más noble.

También la libertad tiene sus mistificaciones y comediantes que proclaman una cosa y piensan otra, gente que trafica con grandes ideas y verdades inmortales lo mismo que un comerciante con rapé.

Lo que nos conmueve de un modo tan profundo y simpático en la personalidad de Kropotkin es precisamente la admirable armonía entre sus pensamientos y sus actos. Es un hombre, un verdadero hombre, un carácter en todo el sentido de la palabra.

Examinando detenidamente las ideas que Kropotkin representara y desarrollara en el transcurso de su larga e infatigable actividad como pensador, propagandista y revolucionario, veremos que no es el inventor de un nuevo sistema o de una tendencia nueva en el movimiento socialista general. Hasta el anarquismo comunista, cuyas teorías ha desarrollado en forma tan brillante y admirable, era ya conocido antes de él. Ha sido sostenido por pensadores diversos, como William Godwin, May, Dejack y otros, desenvolviéndose más tarde como movimiento popular en las secciones latinas de la Internacional.

Pero la grande y original significación de Kropotkin consiste en haber sido el primero en valerse de métodos modernos y científicos para fundamentar las ideas del comunismo y la anarquía. Verdad es que otros los han intentado antes que él, pero ninguno de sus precursores puede comparársele en este sentido, pues sólo un conocedor tan profundo y poliforme de las ciencias naturales, de la historia humana y de la sociología ha sido capaz de realizar semejante tarea.

El libro de Kropotkin sobre el apoyo mutuo, esa filosofía grandiosa de la solidaridad que no ha nacido en el gabinete de un sabio, sino que se manifiesta en millares de formas diversas en todas las ramas del mundo viviente, constituye la verdadera llave de las ideas básicas de la interpretación anarquista del universo. *El apoyo mutuo,* que apareció primero en forma de ensayos independientes en la "Ninetenth Century" no sólo es una brillante refutación de las

interpretaciones parciales y absurdas de la teoría de Darwin sobre la lucha por la existencia tal como fueron expuestas por Huxley y otros darwinistas, sino que al mismo tiempo contiene toda una ética, basada en las observaciones científicas de la naturaleza. Kropotkin demuestra cómo la práctica de la solidaridad y del apoyo mutuo no facilita únicamente la existencia de las distintas especies, sino que también desarrolla la inteligencia y los instintos morales de los individuos, ofreciéndoles las mejores posibilidades para llevar con éxito la lucha contra las fuerzas y condiciones enemigas. La sociabilidad y la solidaridad son los resultados de la vida societaria (y la sociedad ya exitía antes de la aparición del hombre) que han fecundado las iniciativas y la actividad creadora de las masas populares. La lucha constante entre la autoridad y la libertad, entre la tiranía del Estado y la asociación libre, entre la fuerza bruta y la ayuda mutua que ha tenido lugar en todos los períodos de la historia, representa una expresión de dos tendencias en pugna que no pueden armonizar entre sí. La primera, que se funda en los sentimientos antisociales de las minorias privilegiadas, es autoritaria en su esencia y por consiguiente es un obstáculo para el desarrollo intelectual; la segunda tendencia, basada en los instintos sociales de las masas, desenvuelve la libre iniciativa y las fuerzas creadoras de todos los miembros de la sociedad y es la verdadera madre de toda la cultura.

El anhelo de libertad individual y de seguridad económica ha sido siempre y continúa siendo la expresión del radicalismo político que tiende a limitar el poder del gobierno y del socialismo que aspira a transformar las formas de la propiedad. La anarquía es It consecuencie extrement del radicalismo político,

pues sus defensores han llegado a la conclusión de que la causa de la esclavitud política no es la limitación del poder del Estado ni la forma que reviste el gobierno, sino su existencia misma. El comunismo es la última consecuencia de las teorías socialistas, porque sus partidarios han llegado a la conclusión de que no es la limitación del derecho de propiedad o la forma en que aparece éste la causa de la explotación económica, sino que ella está representada por su existencia misma.

La unión del comunismo y de la anarquía representa la doctrina del anarquismo comunista moderno.

En su *Historia de la Revolución Francesa* trató Kropotkin por vez primera con toda detención uno de los más grandes períodos de la historia moderna y su brillante método de arrojar luz sobre los movimientos anónimos de las multitudes del pueblo considerándolas como los elementos verdaderos de la revolución - tarea que hasta entonces fue completamente ignorada por los historiadores.- abrió ante nosotros horizontes nuevos respecto a esa época inmensa.

Uno de los aspectos más importantes de la doctrina de Kropotkin es su interpretación original del significado de la agricultura para la sociedad humana. La mayoría de las tendencias del socialismo moderno se han ocupado casi exclusivamente de la industria y han basado sus teorías y sistemas en las formas momentáneas y en los fenómenos de la producción industrial. Los primeros pensadores socialistas de la primera mitad del siglo pasado se sintieron como hipnotizados por el incremento formidable de la industria moderna y sus sucesores marxistas hasta llegaron a rechazar por principio toda propaganda socialista entre los labriegos, porque estaban convencidos que estos últimos les faltaba la preparación psicológica necesaria para la comprensión del socialismo.

Las diversas tendencias del socialismo industrial fueron totalmente influídas por las doctrinas de la economía nacional clásica, olvidando que las formas momentáneas de la industria, la centralización de la producción industrial, la división del trabajo, etc., así como el desarrollo unilateral de la industria en general, no son sino fenómenos pasajeros. La mayor parte de los socialistas hasta han saludado un fenómeno tan trágico cual es el de la división del trabajo como síntoma del progreso industrial y condición previa para la realización del socialismo. Se han mostrado sencillamente ciegos ante las consecuencias horribles de ese sistema de trabajo, que es una de las causas principales de la degeneración espiritual y física del proletariado industrial. Olvidaron del todo que la producción sólo es un medio para vivir, pero de ningún modo el objeto de la vida; que la producción debe existir para el hombre y no viceversa.

Kropotkin fue uno de los contados hombres que ha comprendido de una manera profunda la unilateralidad de nuestro sistema industrial, sistema que obliga a nuestros "capitanes de la industria" a exportar sus mercancías a países lejanos y continentes extraños, al mismo tiempo que el pueblo de su propio país se encuentra en un estado de miseria constante.

En su obra *Campos, fábricas y talleres,* una de las más admirables que haya producido el socialismo moderno, Kropotkin no sólo ha descubierto las tendencias descentralizadas de la industria contemporanea, sino que ha dado también un cuadro completo del tremendo atraso de la agricultura de nuestros días. Ha hecho resaltar así mismo las posibilidades ilimitadas de cultivar la tierra mediante elementos químicos y la industrialización de la producción agraria, de tal manera que cada pueblo, cada comuna, podría abaste-

cerse a sí misma de alimentos, ropa y vivienda para todos sus habitantes. Y esta posibilidad ya existe ahora; no es el sueño de un porvenir lejano.

Siguiendo las vistas de Carlos Fourier preconiza Kropotkin la necesidad de unir el trabajo manual con el intelectual mediante una educación racional y completa de la juventud. La asociación sistemática de ambas actividades con la industria y la agricultura es la primera condición previa para la creación de una nueva cultura. Condena enérgicamente el sistema desequilibrado de la distribución del trabajo, el cual no sólo constituye un peligro para el estado físico y espiritual del obrero, sino que también aniquila el amor al trabajo, convirtiendo a éste en una actividad puramente mecánica desprovista de todo placer moral. William Morris, el artista y Kropotkin, el hombre de ciencia, se encuentran en la misma aspiración y en el mismo ensueño de un resurgimiento del trabajo manual como precondición fecunda y necesaria para el desenvolvimiento de una nueva era social en la historia de la humanidad.

Los escritores anteriores a Kropotkin, sus ensayos críticos, que Eliseo Reclus editara bajo el título de *Palabras de un rebelde* mientras él estaba en la prisión de Clairveaux, así como su libro *La conquista del pan*, fueron los trabajos preparatorios de sus obras posteriores. Todos ellos están imbuídos del mismo idealismo, de las primeras grandes ideas humanitarias y pertenecen a lo más valioso que ha producido el socialismo moderno.

En una serie de artículos aparecidos principalmente en "Le Revolté", en "Les temps Nouveaux" y en múltiples folletos, ha estudiado Kropotkin la posición táctica de los anarquistas. Sus ideas pueden ser brevemente resumidas en la siguiente forma:

La actividad más importante de los anarquistas debe concentrarse entre las masas del pueblo. La fuerza creadora y edificante de éste ha originado en todas la épocas ciertas instituciones para la defensa común de sus intereses contra el poder de sus opresores. Tales instituciones existen también hoy en día en todos los países a saber: las organizaciones gremiales de los obreros, los centros de cultura, las escuelas libres y los grupos para la difusión de la literatura y para la organización de la propaganda verbal y muchas otras asociaciones en las que palpita y actúa el espíritu de un nuevo mundo. Fuera de su actuación en sus propias agrupaciones, deben los anarquistas participar en todas las instituciones y organismos nacidos en virtud de la iniciativa de la masas, a fin de propagar allí sus ideas y preparar al pueblo para la revolución social. Deben vivir y actuar entre las masas, participar en sus luchas y preocupaciones cotidianas por la existencia y desarrollar entre ellas el espíritu de actividad revolucionaria por medio de una propaganda incesante y de actos rebeldes. Su sitio no puede estar nunca entre la instituciones y corporaciones de la clases dominantes, las cuales tiene el propósito especial de conservar y defender los privilegios de los explotadores y la sumisión del pueblo. Debido a eso, los anarquistas no toman parte en los parlamentos y demás instituciones del Estado. La nueva cultura del porvenir debe crearse desde ya sus organismos especiales fuera de la atmósfera del Estado y sus diversos instrumentos, y en contra de ellos. Este es el único camino a seguir para la difusión de las nuevas ideas entre las masas del pueblo y para alistar mentalidades para la revolución, a fin de que estas puedan crear por sus propios medios un porvenir hermoso y libre.

Millares de personas saludan hoy en todos los rincones del mundo a nuestro maestro y compañero leal en el día de su septuagésimo cumpleaños, expresando su amor y su simpatía al hombre que ha realizado por la liberación de la humanidad más que la mayoría de sus contemporáneos. Porque la personalidad de nuestro querido anciano está estrechamente vinculada a las íntimas aspiraciones y esperanzas del pueblo, a las luchas rebeldes contra sus opresores y explotadores y a su profunda nostalgia de un porvenir mejor y más bello.

Kropotkin nos ha enseñado el valor y el significado de la verdadera vida, vida llena de fuerza, de actividad y de amor a nuestros semejantes. No debemos mantenernos en el silencio ni soportar pacientemente las infamias de un régimen brutal y criminal, sino que debemos luchar contra toda forma de explotación y opresión, contra las mentiras y la hipocresía de nuestro tiempo, sacrificar la fortuna y la sangre por la liberación social. Es esta la mejor y única forma de manifestar nuestro amor, nuestro respeto y honda simpatía a Pedro Kropotkin, el *pioneer* de la revolución social, el vigía del país de nuestras nostalgias, de un mundo de libertad, igualdad y fraternidad.

II- Kropotkin y el proletariado judío

(Capítulo para el libro de homenaje que publicará josé Ishill en Estados Unidos con artículos de Oscar Wilde, Roamín Rolland, Jorge Brandes, etc.)

Quien visite por primera vez las angostas y tortuosas calles del East End, el barrio de los inmigrantes rusos en la parte Este de Londres, que se extiende desde Bishopsgate hasta Bow y desde Bethnal Green hasta la zona de los diques, se sentirá sorprendido por su original aspecto que se destaca tan notablemente de lo ordinario de las calles Londinenses y sobre el cual parece extenderse un atmósfera muy especial. Involuntariamente se olvida uno que está en Londres y se cree trasladado a un mundo lejano. En manera alguna es edificante el espectáculo de este dédalo de calles en el cual sólo sabe orientarse el iniciado, con su población exótica y los sombríos estigmas de la miseria proletariada, que el visitante abandona con una sensación de alivio. Pero poco son los que saben que tras las negruzcas paredes en la que el tiempo ha hecho estragos no vive sólo la aflicción, sino que también anida allí un idealismo esperanzoso, dispuesto a todo sacrificio, como se hallará pocas veces. Yo he vivido diez y

ocho años en este mundo particular, adonde me llevó la casualidad y donde he recibido las impresiones más fuertes e indelebles de mi vida.

El noventa por ciento de la población de esa barriada está constituida por proletariados judíos de Rusia y de Polonia, que por las persecuciones inhumanas del viejo sistema zarista fueron arrojados de su patria y encontraron allí un refugio. Crearon nuevas industrias, principalmente en la sastrería de confección, para poder pasar su humilde existencia en país extraño. Y fue en este curioso ambiente donde un pequeño grupo de intelectuales desenvolvió hace cuarenta años un movimiento obrero socialista, cuya historia aún no ha sido escrita pero que acaso constituya uno de los capítulos más interesantes de movimiento obrero internacional. Allí se fundó hace treinta y cinco años el "Arbaiter Fraind", que junto con "Les Temps Nouveaux" de París y el "Freedom" londinense, es el más viejo periódico anarquista que todavía se publica. Pero no es éste el lugar para que nos ocupemos de la accidentada y ardua historia del movimiento anarquista judío; sólo nos interesa aquí la relación que con el tuvo Pedro Kropotkin.

Para los inmigrantes del barrio Este era el nombre de Kropotkin una especie de símbolo. Nadie ha influído tanto como él en el desenvolvimiento del movimiento obrero judío. Sus escritos constituyen la verdadera base de la educación socialista de la clase obrera judía y fueron difundidos en muchos miles de ejemplares. Para hacer posible la edición de esos libros los distintos grupos, principalmente el del "Arbaiter Fraind", desarrollaron una acción de sacrificio y de abnegación como no lo he encontrado jamás. Se daba efectivamente lo último, en la acepción más atrevida de la palabra. Había una verdadera

rivalidad en el sacrificio y en la solidaridad. Nadie se dejaba superar por los demás. Mujeres jóvenes que bajo el mal reputado sistema del *sweating* (trabajo a destajo) ganaban penosamente diez a doce chelines a la semana daban regularmente su óbolo para la causa común y contribuían con lo último para no quedar a la zaga de sus correlegionarios masculinos. En esta forma el mencionado grupo pudo, en un término que alcanza a tres años, editar cerca de medio millón de libros y folletos, entre ellos muchas obras de algunos centenares de páginas como *Palabras de un rebelde* y *La conquista del pan* de Kropotkin, las *Memorias* de Luisa Michel, *La sociedad moribunda* de Grave y muchos más.

Puede decirse que Londres fue la escuela donde los recién llegados de Rusia y Polonia, empujados hacia Inglaterra por la incesante corriente emigratoria, fueron ganados para las nuevas ideas y desde allí la propaganda se expandió a todos los países. La desocupación, las penurias materiales, y muchas veces aquel instinto andariego que contituye la segunda naturaleza de muchos proletarios judíos, llevó a centeneres de buenos camaradas de Londres a Francia, Bélgica, Alemania, Egipto, Sud Africa, Australia y América del Norte y del Sur. Pero la mayoría de ellos quedaron en contacto permanente con el movimiento Londinense y desarrollaban en su nueva órbita una incansable actividad hasta que allí también surgieron grupos dedicados a la propaganda anarquista entre los inmigrantes. Al mismo tiempo prestaban ayuda financiera a los camaradas de Londres para que pudieran continuar su labor.

Pero Kropotkin no sólo ejerció una influencia sobre el movimiento obrero judío en Inglaterra por sus escritos, sino que estaba también personalmente muy vinculado a él y se interesó vivamente en sus luchas y

empresas. Cuando después de salir de la prisión Clairveaux se trasladó a Londres, en 1886, era huesped frecuente de Berner Street Club, entonces centro espiritual del movimiento obrero israelita en Londres. Después, cuando su crónico mal cardíaco le imposibilitaba cada vez más concurrir a las asambleas públicas, también sus visitas al barrio Este disminuyeron; pero el contacto espiritual entre él y el movimiento judío persistió y asumió, especialmente con el desarrollo del movimiento anarquista en Rusia, formas muy regulares. Durante los primeros años del presente siglo muchos camaradas de Londres volvieron a Rusia para activar en círculos secretos la difusión de las ideas anarquistas. Muchos de ellos murieron allí en manos del verdugo y muchos fueron sepultados por largos años en las cárceles de Rusia y Siberia.

Estableciéndose vinculaciones secretas entre Londres y Rusia, que fueron mantenidas por una activa correspondencia y por emisarios especiales. Una enorme cantidad de libros en ruso e yidish se introdujo clandestinamente a Rusia desde Londres, para ayudar a los camaradas de allí en su infatigable actividad. Para fomentar el movimiento en Rusia se fundó más tarde el "Jlieb y Volia" (Pan y Libertad), encabezado por Kropotkin.

En Inglaterra mismo el movimiento judío adquirió enorme incremento, principalmente antes y después de la revolución de 1905. Los sindicatos judíos en los cuales los anarquistas trabajaban incansablemante se desarrollaron con vigor. Grandes movimientos huelguistas sacudían hasta los más profundo el barrio de inmigrantes y la agitación anarquista asumió proporciones nunca vistas. En esa época, el "viejo", como se le llamaba a kropotkin en los círculos obreros

israelitas, venía más a menudo al barrio Este y hasta hablaba en reuniones a pesar de habérselo prohibido severamente el médico. Recuerdo especialmente una asamblea que se realizó en Diciembre de 1905, en la universidad de los decembristas, en nuestro Club de Jubilee Etreet y que dejó en mí indeleble impresión. Kropotkin era uno de los oradores de la velada. Para evitar una afluencia excesiva habíamos prescindido de toda invitación pública, como que la compañera de Kropotkin nos había encarecido que tuviéramos consideración al estado del viejo. Pero la noticia se propagó con la rapidez del rayo. Cuando llegó la noticia la gran sala y la galería rebosaban de gente y muchos centenares de personas debieron volver por no haber podido entrar; Kropotkin fue recibido con enorme entusiasmo. Su voz temblaba ligeramente cuando comenzó hablar. Era cual si un fluido misterioso partiera de ese hombre llegando a lo más íntimo de los oyentes.

He oído muchas veces hablar a Kropotkin pero sólo una vez había recibido una impresión como la de la asamblea de Jubilee Street Club.

Fue en una demostración, en Hyde Park, para protestar contra los vergonzosos *pogroms* de Kischinev.

La terrible tragedia de Kischinev, que fue directamente organizado por el gobierno ruso, causó una enorme impresión entre los habitantes de East End. Las organizaciones de todos los partidos y tendencias se reunieron en una conferencia para planear esa demostración. Fue una de las más impresionantes demostraciones que Londres ha presenciado. Muchos millares de obreros judíos marcharon desde Mail hasta Hyde Park. Toda una serie de eminentes oradores de todas las tendencias fustigaron con amargura la horrenda política sanguinaria del criminal von Pleve.

Cuando Kropotkin llegó a la esquina de Hyde Park fue saludado por una gran masa de obreros judíos, que rodearon a su "viejecito" y lo condujeron al lugar de la asamblea. Allí fue llevado con todo cuidado a la tribuna donde lo esperaban los otros oradores. Cuando comenzó a hablar volví a oir en su voz el temblor característico que siempre me había impresionado profundamente. Después de algunos minutos su voz se hizo más fuerte y más clara. Sus palabras fueron una acusación fogosa contra el régimen sanguinario de los opresores rusos y cada palabra parecía un golpe de martillo.

La bondad, que daba siempre a su semblante una expresión tan extraordinaria, había desaparecido. Sus ojos brillaban y la blanca barba temblaba al parecer ante su acusación vigorosa. Hacía la impresión de un profeta que despierta la conciencia de su pueblo. Cada palabra venía del alma y encontraba un inmenso eco en los corazones de aquellos millares de hombres que se hallaban como aferrados a los sitios que ocupaban y leían las palabras en sus labios.

Cuando terminó su discurso todo su cuerpo temblaba de intensa exitación, su cara estaba extraordinariamente pálida. Los que le oyeron hablar aquella vez jamás se olvidarán de esa impresión.

En 1911 estalló la gran huelga de sastres en East End. La huelga comenzó como acto de simpatía para ayudar a los obreros sastres de West End, que desde hacía varias semanas estaban en la brega. Pero durante el transcurso la lucha adquirió el carácter de huelga contra el sistema de *sweating* y adquirio formas gigantescas. Cerca de diez mil obreros se hayaban en lucha. Durante seis semanas batallamos día y noche. El compañero Schapiro informaba al viejo de todo cuanto ocurría, pues yo me hallaba ocupado. En

cuanto la huelga pasó, recibí de él una carta en la cual me invitaba a que fuera a verlo. Después de algunos días lo fuí a visitar. Le informé sobre todos los detalles del gran movimiento: cómo comenzó y se desenvolvió y cómo después de una dificil y amarga lucha concluyó con un triunfo completo de los obreros.

Fue una verdadera huelga de hambre. Dinero no había; apenas si se podía pagar a los huelguistas cuatro, seis u ocho chelines por semana.

En los clubs obreros se hicieron cocinas colectivas. El gremio de panaderos hacía pan para los huelguistas. Los obreros cigarreros les suministraban cigarrillos. Fueron empleados todos los medios de la acción directa y muchos obreros fueron arrestados. Al último ya no había medios para continuar. Eran las doce de la noche cuando en el teatro Pavillon se realizaba la gran asamblea que debía decidir si se continuaría o no con la huelga. El teatro estaba repleto. Muchas mujeres estaban con sus maridos. Cuando llegó la cuestión de concluir la huelga, toda la asamblea como un solo hombre gritó: ¡No! ¡No! Y se produjo un enorme tumulto. Era el triunfo. En seguida después de la asamblea la Asociación Patronal se dividió y los obreros pudieron ver que no habían sufrido en vano.

Todo se lo relaté al viejo. El escuchaba mis palabras con la mayor atención y hacía anotaciones. Y cuando después le dije que estos mismos obreros judíos, que recién habían terminado una lucha gigantesca, cumplían un deber de solidaridad al tomar algunos centenares de niños de los obreros portuarios en huelga para así ayudarlos en su lucha desesperada contra Lord Devenport, le asomaron lágrimas a los ojos y en silencio me apretó la mano. Ambos callábamos. Después le dije: "¡Creo que es también

una hermosa contribución al capítulo de la ayuda mutua!"...

-"¡Seguro! ¡Seguro! - contestó -¡Y mientras vivan en las masas fuerzas así no hay ningún motivo para dudar del porvenir!"

Podría relatar más episodios interesantes para ilustrar las estrechas relaciones entre Kropotkin y el movimiento obrero judío, pero es suficiente.

Cuando conmemoramos el 70 aniversario del natalicio del viejo con una brillante asamblea en el Teatro Pavillon, donde oradores de todas las tendencias y partidos tomaron la palabra, dijo Bernard Shaw en su discurso: "Creo que de todas las manifestaciones que se realicen para expresar a Kropotkin afecto y simpatía, ninguna le será tan cara como este saludo de los proletarios judíos de East End".

No sé si Shaw conocía las relaciones de Kopotkin con el proletariado judío, pero sus palabras acertaron en la verdad.

III -Kropotkin el pensador anarquista

(Con motivo a su fallecimiento 8, II, 1921)

Un breve telegrama de la prensa nos trae la triste noticia de la muerte de Kropotkin. Meses antes yo había recibido de él una extensa carta llena de calor y de interés por mi labor de propaganda en Alemania. El amigo que me entregara la carta había estado en su casa, en Dmitrov. Aun cuando las condiciones en que vivía Kropotkin eran de las más precarias él no se quejaba de nada, pero su mujer no pudo abstenerse de formular algunas observaciones. Kropotkin siguía siendo el mismo que conociéramos en Londres: el anciano de corazón eternamente joven y animado de las mejores esperanzas para el porvenir. Esto ocurría pocos meses atrás y hoy llegamos a saber que el hombre a quien la vejez no había podido robar el calor del alma y el fuego de la juventud ha muerto ya.

Es incalculable lo que el movimiento anarquista y el socialista en general han perdido con Kropotkin y esta pérdida se magnifica aun cuando se piensa que

no hay nadie en el movimiento internacional que pueda ocupar su sitio. Precisamente en nuestra época, en momentos que está por perecer una vieja civilización, cuando nuestra mirada divisa ya los primeros rayos ténues de una nueva y cercana cultura social, justamente hoy, en circunstancias en que el grito de "capitalismo de estado o socialismo libertario" se deja oir con renovada fuerza en ambos frentes del mundo socialista, ahora decimos es cuando el nombre de Kropotkin produce mayormente la impresión de un símbolo.

De todos los teóricos del socialismo que fecundaran el movimiento y las ideas socialistas en los últimos treinta años ha sido Kropotkin el único en abrir ante nosotros nuevas perspectivas para el provenir y en iluminar el progreso humano con nueva luz. Sus obras *El apoyo mutuo* y *Campos, fábricas y talleres* nos han dado una interpretación original y una profundización del socialismo en todas sus fases.

La teoría de Darwin acerca de la lucha por la existencia había conducido a los representantes más conspicuos de las ciencias naturales modernas a la conclusión de que entre las diversas especies de animales existe una guerra constante, en la cual vencen los fuertes y perecen los débiles, y de que esa misma lucha se verifica también, con idénticos resultados, entre los miembros de una misma especie. Partiendo de este punto de vista, investigadores tan serenos como Huxley y Haeckel combatieron el socialismo en nombre de las ciencias naturales, sosteniendo que sus doctrinas no concuerdan con las leyes de la vida. Y así surgió toda una escuela, "el darwinismo social", que renovó la vieja teoría de Malthus, tratando de darle una base científica.

Entonces aparece Kropotkin y demuestra, apoyándose en un enorme material de hechos científicos e históricos, que esa interpretación de la naturaleza no es más que una caricatura grotesca de los hechos reales de la vida.

Comprueba Kropotkin que además de esa forma brutal de la lucha por la vida existe otra: la asociación de las especies débiles con su práctica de apoyo mutuo y de solidaridad. Y los mismos hechos de la vida certifican que esta última forma de la lucha por la existencia es más conveniente y más eficaz para la vida del individuo y de la especie que la guerra brutal y constante de los fuertes contra los débiles. El mejor argumento para ello lo ofrece el hecho de la extinción paulatina de las especies que basan su existencia únicamente en su forma física y en su fuerza brutal.

Esto aparece más evidente aún en la historia del progreso humano. En cada etapa de esa evolución encontramos millares de instituciones y costumbres sociales que deben su razón de ser al instinto de la mutua solidaridad. En la tribus de los salvajes, en las comunidades rurales de los bárbaros, en las guildas de artistas y de artesanos, en las ciudades libres de la Edad Media y en innumerables organismos e instituciones de nuestros días influye y obra el espíritu de la ayuda mutua, el cual se destaca en todas partes como el factor más poderoso del progreso cultural y social de la humanidad. Hasta el mismo Estado que no es en modo alguno" el defensor de los débiles contra las agresiones de los fuertes", según se ha dicho con tanta frecuencia, el Estado, encarnación de la forma brutal de la lucha por la existencia, no ha sido tampoco capaz de sofocar las manifestaciones de ese sentimiento social, a pesar de haber sido siempre enemigo a muerte de toda iniciativa libre de las masas.

Según esto, el sentimiento moral del hombre no es consecuencia de una inspiración divina o de alguna fuerza sobrenatural, sino el resultado de la convivencia social y la expresión natural de los instintos de solidaridad y simpatía que se manifiestan en las costumbres de los pueblos.

"Persiste en el hombre una antiquísima herencia de hábitos y conceptos sociales que no se basan en el temor a los medios violentos, sino que están por encima de toda violencia. De esas costumbres emana el progreso de los hombres y mientras ellas subsistan la humanidad no perecerá".

Estas palabras profundas de Kropotkin nos dan una explicación más acertada de los fundamentos éticos de los grandes movimientos sociales que los sofismas más hábiles de nuestros dialécticos y metafísicos. Para Kropotkin el socialismo no es un hermoso ideal de pura invención, una especie de utopía, sino la más alta expresión de ese espíritu de ayuda mutua y de solidaridad que representa una corriente determinada en el progreso humano.

Partiendo de este punto de vista, que no se basa en hipótesis arbitrarias sino en las conclusiones de rigurosos estudios científicos, el socialismo de Kropotkin adquiere un aspecto particular. Tiene un desarrollo de abajo para arriba, en el seno del pueblo, de cuya acción creadora es la consecuencia. No puede ser dictado por el gobierno desde arriba para abajo, mediante leyes y reformas sociales; en una palabra, no puede ser socialismo libertario, anárquico, que encarne el ideal de la libertad individual y de la igualdad social.

Al mismo tiempo que la explotación del hombre por el hombre, debe desaparecer también el predominio del hombre sobre el hombre. La monopoliza-

ción de la propiedad debe desaparecer junto con el monopolio del poder. El ideal político de los obreros no tiene que ser la apropiación del Estado, sino su destrucción. El sitio del Estado centralizado debe ser sustituído por la federación libre de las comunas autónomas; la obligación legal por el libre acuerdo. Kropotkin halla la tendencia de esta evolución en los millares de asociaciones libres en todos los campos de la vida social, las cuales deben su existencia a las necesidades comunes y a la libre iniciativa de los hombres.

También el desarrollo económico de la sociedad se efectúa en este mismo sentido y no en el de la centralización constante ni en el de la llamada división del trabajo. Estos dos principios, que constituyen el dogma de los economistas, no son un medio para aumentar la capacidad productiva, sino que, al contrario, representan un obstáculo para el desarrollo de la producción. Para los defensores de la economía social moderna, esos dos fenómenos han sido una revelación de posibilidades ilimitadas en el desarrollo industrial. Y ha sido tan poderosa la influencia de esta doctrina que hasta los mismos socialistas se han acostumbrado a ver en la centralización de las industrias y en la división del trabajo la base para la realización del socialismo. Pero en realidad son estos los fundamentos de la explotación capitalista y nada tiene que ver con el socialismo. Miles de indicios en todos los campos de la vida económica nos demuestran las consecuencias terribles que tiene la división del trabajo para la vida de los obreros en particular y para la existencia de la sociedad en general. Descentralización y no centralismo, unidad de trabajo y no división del trabajo, tal debe ser la palabra de orden de nuestra organización económica y es en este sentido que corre el camino hacia el socialismo.

Y Kropotkin nos muestra claramente los síntomas de la evolución, que ha de llevar también a un nuevo método de educación basado en la alianza entre el trabajo físico y el intelectual. De los abundantes materiales científicos que Kropotkin desarrolla en sus libros *La conquista del pan* y *Campos, fábricas y talleres* deducimos que es una organización sistemática de la producción bastaría para asegurar el bienestar material y espiritual de todo el mundo. Apoyándose en este hecho, rechaza Kropotkin toda forma de compensación basada en el salario y defiende el derecho a la libre participación en el disfrute, base del comunismo.

Estos son, brevemente expuestos, los principios fundamentales de la doctrina de Kropotkin. Acerca de su actuación en otros campos de la ciencia, la geografía y la geología, no es este el sitio adecuado para hablar. Sólo un hombre de una sabiduría tan compleja y de conocimientos tan profundos en todas las ramas del saber humano ha sido capaz de realizar una obra de tanta magnitud.

Y así como Kropotkin era grande en la ciencia y grande como apóstol del anarquismo comunista, fue también grande como hombre. Los que han tenido la dicha de disfrutar de su amistad personal saben que era uno de los carácteres más puros y más nobles que imaginar se pueda. Todo su ser era armonioso y sus acciones fueron siempre la expresión fiel de sus hondas convicciones. En una palabra, era un hombre de una sola pieza, una verdadera obra maestra de la naturaleza. Su espíritu vivirá mientras haya hombres sobre la tierra y el recuerdo de su nombre inspirará a todas las almas nobles y grandes a proseguir su ejemplo y a sacrificar la fortuna y la vida por la liberación social de los pobres y oprimidos.

Fermín Salvochea

Has de saber, hijo mío, que hay que estar entusiasmado para realizar una gran empresa.- SAINT-SIMON.

¡Cádiz! Evoca este nombre múltiples recuerdos históricos porque son contados los lugares del mundo que han tenido un pasado tan romántico y grandioso como la vetusta ciudad andaluza a orillas del Altántico. Fue fundada por los antiguos fenicios, vinieron luego los cartagineses y después los romanos. Ella ha presenciado las luchas sangrientas entre cristianos y mahometanos y ha reunido en sí la civilización europea y la cultura del Oriente. En sus edificios vivieron sabios árabes, escolásticos judíos y monjes cristianos, influyendo sobre el estado mental de sus habitantes.

Cuando los árabes fueron expulsados de Andalucía por los soldados de Fernando el Católico, llegaron los cruzados ingleses y descansaron en Cádiz antes de

seguir viaje para conquistar el Sagrado Sepulcro en la Tierra Santa. Después del descubrimiento de América, Cádiz se convirtió en una de las ciudades más ricas de Europa y la arquitectura maravillosa de sus edificios nos refiere hoy todavía la historia de ese período magnífico.

¡Y cuántas luchas, cuántas sublevaciones y revueltas ha presenciado esa ciudad! Centenares de veces se han alzado sus moradores en defensa de la libertad, demostrando así la axactitud del dicho español: "La tierra andaluza es la tierra de la libertad". Cádiz y Barcelona han sido siempre los dos focos de la vida revolucionaria en España y son también actualmente los centros principales del movimiento anarquista de ese país.

Es Cádiz una ciudad admirable, una de las más hermosas del mundo. Rocas inmensas caen sobre el mar profundo y encima de ellas se levantan pequeñas casas níveas con diminutas torrecillas que se reflejan en las olas azules.

En una de esas casas blancas, bien arriba, en una buhardilla, vivía un anciano. La instalación de la pieza era pobre, demasiado pobre: una cama, una mesita, una silla, algunos viejos periódicos y libros era todo lo que poseía el anciano. Pero quien arrojaba una mirada a través de la pequeña ventana notaba inmediatamente que el anciano era más rico de lo que parecía; afuera se extendía el océano azul, un panorama maravilloso: cielo y agua y las blancas velas de las embarcaciones que se mecían sobre las ondas juguetonas. Por el mar, precisamente, vivía el anciano en esa casita, porque amaba el océano, las olas ruidosas y la lejanía infinita. Todas las mañanas, al levantarse de su lecho, su primera mirada caía sobre el mar y de noche, antes de

acostarse, sus ojos semicegados volvían a buscar las olas enfurecidas, como si quisiese encargarles alguna misión. Porque ese anciano era un profeta, uno de los contados hombres que estuvieron en la Montaña sagrada, vislumbrando desde allí al país de nuestros hijos. Y por eso su alma era tan honda, tan tranquila y augusta, igual que el mar en un hermoso día de verano.

Y cuando llegaba la primavera y el mar comenzaba a rugir y a hervir, cuando las olas salvajes se levantaban cual montañas gigantescas besando a las nubes, el anciano soñaba en la gran tormenta de los pueblos, cuando los pobres y los humildes, los bastardos de la sociedad, se levantaran con las armas en las manos para romper las cadenas de la tiranía milenaria

***

Era el 28 de Septiembre de 1907. En la habitación del anciano reinaba la tranquilidad absoluta porque en la cama yacía un muerto. Había fallecido inesperadamente, sin haber estado enfermo, sin sufrir.

Pero mirad lo que ocurrió afuera. Con la velocidad del rayo difundióse la noticia de la muerte del anciano. Y en toda Cádiz, en Andalucía entera, en toda España sólo se hablaba de él. "¡Ha muerto!" Por doquier se oían estas dos palabras que encarnaban el hondo dolor de un pueblo. Cada cual sentía la pérdida; en las minas, en los campos, en las escuelas y en las universidades, en todas partes la noticia produjo la impresión de una pesadilla que cuesta creer al principio, pero que finalmente es necesario reconocer.

¿Cuándo se ha visto en España tantas lágrimas, tanto dolor y tanta tristeza sincera, tanto amor y

fidelidad cariñosa? ¡Qué no darían nuestros reyes si pudiesen adquirir aunque fuera la décima parte de esa popularidad! Atravesando España, en todas sus ciudades y aldeas se encontraría millares y millares de personas que ignoraban los nombres de los ministros de entonces, pero no habría uno solo que no supiese el nombre de aquel anciano, Fermín Salvochea. Este nombre encarnaba una idea, un programa, un mundo de esperanzas, de anhelos y necesidades.

¡Fermín Salvochea! En los palacios se pronunciaba este nombre con labios trémulos, pero en las casillas de los pobres y de los explotados resonaba como una declaración de guerra a la sociedad capitalista, como la promesa de un porvenir mejor. Existen pocos hombres que hayan conquistado tanto amor y tanta simpatía entre las grandes multitudes de un pueblo como Fermín Salvochea y son menos todavía los que han merecido ese amor con tanto derecho como el gran rebelde español. Salvochea ha sido uno de los caracteres más puros e idealistas en la historia del movimiento revolucionario, grande por sus ideas, grande por sus acciones, un hombre que encarnaba el apasionamiento revolucionario y el valor heroico de un Blanqui y el amor indescriptible y la consagración de Luisa Michel. La poderosa personalidad de este hombre admirable hasta llegó a suscitar la estima y el respeto de sus adversarios más empedernidos y siempre que se pronunciaba el nombre de Fermín Salvochea no había lugar para los aspectos bajos y pequeños de la vida.

La biografía del gran anarquista español produce la impresión de una novela fantástica y recuerda la vida tormentosa de Miguel Bakunin. Salvochea tuvo una participación activa en el movimiento revolucionario de España en los últimos cincuenta años y su nombre

está estrechamente unido a los acontecimientos revolucionarios más significativos de ese período. Los que conocen la historia de ese movimiento en España saben cuán fecundo es en rasgos grandiosos y heroicos y cuantos son los que sacrificaron sus bienes y su sangre por sus convicciones libertarias, por sus ideales revolucionarios; y en esa serie histórica de luchadores valerosos el nombre de Fermín Salvochea es uno de los más brillantes, un nombre para las generaciones venideras, un nombre que no será olvidado jamás.

***

Fermín Salvochea y Alvarez nació en Cádiz el 1º. de Marzo de 1842. Su padre era un comerciante de fortuna, heredero de una de esas familias de negociantes que tan importante papel han desempeñado en la vieja ciudad mercantil. Claro está que Fermín recibió una educación cuidadosa. Su padre, siguiendo una arraigada tradición de familia, tenía la intención de hacer de él un hábil comerciante a fin de poder entregarle más adelante sus negocios.

La primera juventud de Fermín fue pacífica y dichosa en todo sentido. Se distinguía por su inteligencia extraordinaria y por las cualidades valerosas y caballerescas de su carácter, que dejaba entrever desde su infancia. Su madre, mujer admirable, le refería en su niñez las leyendas y tradiciones de la ciudad de Cádiz, tan ricas y fantásticas como un capítulo de *Las mil noches y una noche* y el pequeño Fermín la escuchaba leyendo las palabras en sus labios. Esas historias románticas ejercieron profunda influencia sobre el muchacho y a menudo recordaba, en medio de su vida tormentosa, aquellas horas felices.

Al cumplir los quince años su padre lo envió a Inglaterra para que perfeccionase sus conocimientos del idioma inglés y continuara sus estudios comerciales. Fue este el primer acontecimiento importante en la vida de Salvochea. En Inglaterra descubrióse ante él un nuevo mundo. El carácter severo y puritano de la vida británica con sus formas rígidas y convencionales y sus impresiones prosaicas, produjeron una influencia profunda en el joven. La diferencia era demasiado notoria: el hermoso cielo azul de Andalucía, Cádiz con sus blancas casas, sus palmeras y sus habitantes rebosantes de temperamento y de pronto Londres con su neblina, sus edificios negros, el humo de las chimeneas, las calles frías e inhospitalarias. Al principio Salvochea se sentía como un prisionero en el nuevo ambiente, pero su carácter enérgico venció rápidamente el primer influjo desagradable de Inglaterra. Se dedicó a estudiar a los hombres y descubrió que el inglés seco y frío posee al mismo tiempo un instinto de independencia individual notablemente desarrollado y un sentimiento de libertad personal que es raro encontrar en otros países. Los cinco años que Fermín pasó en Londres y en Liverpool fueron para él un período de gran desarrollo intelectual. Dedicó todos sus momentos libres al estudio de la literatura radical inglesa. Primero fueron los trabajos de Tomás Paine los que produjeron una influencia poderosa sobre él; más tarde estuvo en contacto personal con Charles Bredlow y sus amigos. La propaganda atéista en Inglaterra tropezaba con grandes dificultades en esa época, pero Bredlow y sus compañeros luchaban con la mayor energía en favor de sus convicciones, tratando de destruir el concepto medioeval del teísmo que impera aun hoy día en vastos círculos de la sociedad inglesa.

El joven Salvochea acogió con entusiasmo la nueva doctrina y se convirtió en ateo. Para el español el ateísmo desempeña, en general, un papel más importante que en las demás naciones. Es la condición primordial de todo movimiento libertario, el primer paso de todo libre progreso individual. España es el país clásico del clericalismo católico, el país de la inquisición, que ha sido casi totalmente arruinado por el dominio obscurantista de la Iglesia. He ahí la razón por qué Salvochea ha sido toda su vida un propagandista radical e incansable del ateísmo.

Pero Salvochea conoció en Inglaterra otro ideal, que ejerció una gran influencia sobre su actuación posterior. Cuando llegó a Londres, vivía aún Roberto Owen, el célebre comunista inglés. Sus ideas no sólo influían poderosamente sobre la clase obrera británica, sino también sobre los elementos idealistas de la pequeña burguesía inglesa. Salvochea estudió las obras de Owen y de otros escritores comunistas. Los hechos sociales aparecieron de pronto a sus ojos bajo otra faz; prodújose una revolución en su mentalidad y poco a poco empezó a comprender todo el significado del gran problema social. La brillante crítica de la propiedad privada formulada por Owen descubrió repentinamente ante él todos los males sociales y el propio tiempo desarrollóse en él el grandioso ideal de la igualdad social y económica, como el único capaz de crear una vida armónica en la sociedad humana. Salvochea se hizo comunista y siguió siéndolo hasta el último día de su vida. Muchos años más tarde, en una ocasión especial, él mismo analizó su evolución revolucionaria recordando su "período inglés" con estas palabras características:

"Ciertos libros ejercen en determinados momentos una influencia poderosa sobre el desarrollo de un

hombre: Se sabe que el primer libro que leyó Ravachol fue la novela *El judío errante* de Eugenio Sué. La influencia de este libro no se extinguió jamás en él, según su propia declaración. Lo mismo puedo decir de mí; viviendo en Inglaterra leí por vez primera a Tomás Paine. Sus escritos me convirtieron en internacionalista y hasta hoy día me hallo todavía bajo su influencia. "Mi patria es el mundo, todos los hombres son mis hermanos y mi religión consiste en hacer el bien". Estas palabras produjeron una impresión inolvidable en mí; yo buscaba en cada palabra un sentido profundo y ellas se han grabado en mi mente para siempre. Más tarde conocí a Roberto Owen, quien me enseñó el ideal sublime del comunismo, y a Bredlow, que me hizo conocer los puntos de vista del ateísmo. Todo lo demás se desarrolló en mí por cuenta propia".

***

En 1864 Salvochea abandonó a Londres para regresar a Cádiz. En aquel entonces se iniciaba en Andalucía un vigoroso movimiento revolucionario. Rafael Guillen y Ramón de Cala, dos hombres valientes y socialistas convencidos, se consagraron con mucha energía y entusiasmo a organizar los elementos republicanos y demócratas de la provincia. El movimiento republicano en Andalucía ha tenido siempre un marcado carácter socialista y la mayor parte de sus apóstoles y propagandistas fueron partidarios del socialismo.

La propaganda socialista se inició en España después de la revolución de 1840. En aquella época Joaquín Abreu desarrollaba en Andalucía una propaganda vigorosa y llena de éxito en favor de las ideas de

Carlos Fourier. Explicaba sus ideas en la prensa radical de Cádiz, ideas que hallaron bien pronto un eco en los periódicos de otras ciudades. Para conocer el desenvolvimiento que ha tenido ese movimiento basta recordar el hecho de que Abreu logró reunir en un breve plazo de cuatro a cinco millones de pesetas para fundar una colonia fourierista en los alrededores de Jerez de la Frontera. Pero el gobierno impidió la realización de ese proyecto, persiguiendo a los propagandistas socialistas. De éstos, los más conocidos fueron Pedro Ugarte, Manuel Sagrario y Faustino Alonso; más tarde se agregaron José Barterolo, Pedro Bohorquez y finalmente Guillen y de Cala, a quienes ya hemos mencionado.

En 1864 Fernando Garrido, el famoso historiador y socialista español, que conoció en Cádiz las doctrinas de Fourier, fundó el primer periódico socialista de España, "La Atracción", que apareció en Madrid. La publicación no vivió mucho tiempo pero gracias a ella se formó en la capital un círculo socialista que editó más tarde otro órgano, "La Organización del Trabajo". Hombres como el heroico Sixto Cámara, que cayó luego en la lucha por la república social, Juan Sala, Francisco Ochando y después el fogoso Cervera eran las figuras principales del círculo socialista de Madrid. Cervera ha sido el fundador de la primera escuela libre socialista de España, pero cuando ya contaba con más de 500 alumnos el ministro Morillo sofocó esa brillante empresa, diciendo que "en España no necesitamos hombres capaces de pensar, sino bestias de trabajo".

En Barcelona el primer movimiento socialista fue influenciado por el comunismo icario de Esteban Cabet. En 1847 el comunista Monterreal fundó "La Fraternidad", primer periódico comunista de la

capital catalana, en la cual publicó la obra de Cabet "Viaje a Icaria" Ya en 1840 el obrero Munts había organizado en Barcelona un sindicato de tejedores con 2000 miembros, echando así la base del futuro movimiento sindicalista.

Desde 1850 se desarrolló en Cataluña una activa propaganda por las ideas de Proudhon, que venció poco a poco a todas las otras tendencias. Ramón de la Zagra y el famoso Pi y Margall tradujeron las obras del teórico francés y bien pronto nació en Barcelona y en otras ciudades catalanas un vasto movimiento mutualista y sindical. Este movimiento pasó a Andalucía, aunque no ha tenido allí la misma importancia que en Cataluña. En 1853 el gobierno español intentó ahogar totalmente ese pacífico movimiento; pero la ley contra las asociaciones obreras no fue más que letra muerta. En 1854 se creó una federación de todas las corporaciones obreras de Cataluña, contando con 90.000 socios. En 1855 el general Zapatero quiso sofocar ese movimiento por medio de la fuerza. Fueron clausurados los locales de las corporaciones y reducidos a prisión los propagandistas más conocidos. Al principio los obreros se mantuvieron tranquilos, pero de pronto 50.000 proletarios pertenecientes a todos los gremios abandonaron el trabajo, el 2 de Julio de 1855, en las fábricas de Barcelona, Reus, Badalona, Sanz, Cornella y otras ciudades, declarando la huelga general en defensa de sus derechos. Nadie esperaba semejante hecho; la excitación general era enorme y el gobernador de Barcelona lanzó una proclama a los obreros prometiéndoles reconocer sus exigencias si volvían al trabajo. Los obreros consintieron. Durante los primeros momentos se habló mucho, efectivamente, de reformas sociales, pero al mismo tiempo se adoptaban con todo sigilo las

medidas más bajas contra la organización de los trabajadores, hasta que finalmente fueron proclamadas, en 1861, las conocidas leyes de excepción contra el proletariado de Cataluña. Desde entonces los obreros españoles renunciaron a toda esperanza en una táctica pacífica y en los llamados derechos legales.

En Andalucía, bajo el gobierno de Narvaez, la reacción había destruído desde hacía tiempo la fe en el progreso pacífico. Hay pocos lugares en el mundo donde se haya vertido tanta sangre como en ese país maravilloso. Andalucía ha sido siempre la región de las conspiraciones y de las revueltas, porque más que cualquier otra provincia de España ha sufrido bajo el yugo terrible de la reacción. Millares de hombres y mujeres valientes anegaron con su sangre la tierra de Andalucía, miles de sus habitantes perecieron en las cárceles de las colonias penales, mas la reacción nunca fue capaz de sofocar el espíritu rebelde que late en el corazón del pueblo andaluz.

Las sublevaciones de Málaga, Utrera y de la provincia de Sevilla en 1857 fueron reprimidas de un modo sangriento. Centenares de rebeldes fueron fusilados o recluídos. Sólo en Sevilla se asesinaron 95, meses después de haber sido sofocado el levantamiento.

En 1861 se produjo una gran sublevación bajo la jefatura del republicano socialista Pérez de Alamo. Este levantamiento tuvo las mejores probabilidades de obtener un éxito. Fue preparado durante mucho tiempo y no menos de 30.000 hombres se unieron a los rebeldes cuando entraron en la ciudad de Loja; pero la incapacidad militar de los dirigentes fue el mayor obstáculo para la empresa. Después de algunas luchas sangrientas los revolucionarios fueron

vencidos. El gobierno reaccionario se vengó horriblemente: más de 200 hombres fueron fusilados por orden de los consejos de guerra, la mayor parte de ellos sin proceso. Centenares de personas fueron enviadas a presidio, la reacción prohibía toda manifestación de libertad y sólo en 1864, precisamente cuando Salvochea regresaba de Londres, la situación general de Andalucía era algo mejor. Creemos que esta somera revista histórica ha sido necesaria porque ella ofrece al lector un pequeño cuadro de la situación bajo la cual se ha desarrollado la acción de Salvochea.

***

Fermín Salvochea volvió a Inglaterra hecho un comunista y ateo. En su patria se convirtió en revolucionario y republicano, claro está, en defensor de una república comunista. Con todo el apasionamiento entusiasta de su noble carácter se entregó al movimiento revolucionario conspirador. Tuvo una participación activísima en las empresas más arriesgadas y su valor personal, su espíritu de sacrificio, lo convirtieron poco a poco en uno de los dirigentes más capaces y de mayor influencia en el movimiento republicano. Salvochea era rico, sumamente rico; se decía que su padre poseía una fortuna de tres millones de pesetas; pero Fermín vivía modestamente y se valía de su riqueza como fondo para la causa revolucionaria.

Las casamatas de San Sebastián y Santa Catalina, cerca de Cádiz, era en aquel entonces el albergue de los presos políticos de toda España. Los revolucionarios que debían ser recluídos en las colonias penales de Fernando Po o de Manila quedaban encerrados durante algún tiempo en las prisiones de

Cádiz, antes de que fuesen enviados a su destino. Salvochea los visitaba a todos y tenía para cada cual un buen consejo y alguna ayuda.

En 1866 Salvochea y sus amigos organizaron una empresa grandiosa. Se esperaba que los artilleros encarcelados, que habían tomado parte en la sublevación de Madrid, serían enviados a la prisión de San Sebastián para transportarlos luego a Manila. Pero por lo visto el gobierno se mostró receloso porque cambió repentinamente de opinión.

En 1867 la reina Isabel volvió a poner el mando en manos del odiado verdugo Narváez y el país desdichado sintió las consecuencias de una terrible reacción. Ya en Junio de 1868 habían estallado algunas revueltas aisladas en Cataluña y Andalucía, pero fueron inmediatamente reprimidas en sangre. Salvochea tuvo una participación destacada en el levantamiento militar del regimiento Cantabria; dicho levantamiento fue el preludio de la revolución de Septiembre de 1868. Esta comenzó el 18 de Septiembre, en Cádiz, propagándose cual un incendio por toda Andalucía. El día 28, el ejército real fue batido por los insurgentes y el 29 la Comuna de Madrid proclamó la destitución de la dinastía borbónica.

Salvochea fue elegido miembro de la Comuna revolucionaria de Cádiz y segundo comandante del segundo batallón de voluntarios. Fueron muchos los que quisieron incorporarse a él, pero Salvochea eligió únicamente a los republicanos y comunistas.

Toda España saludó con el mayor júbilo la caída de la odiada dinastía y durante un instante pareció que se iban a realizar millares de esperanzas. Pero los hombres del gobierno provisorio de Madrid no eran más que monárquicos liberales y adversarios del

ideal republicano. Gracias a la actitud vergonzosa del republicano burgués Castelar y sus amigos, los miembros del nuevo gobierno, los señores Prim, Zorrilla, Sagasta, etc., adquirieron valor y se pronunciaron abiertamente contra la República. Salvochea y sus amigos comprendieron el peligro, sabían que el gobierno flamante se vengaría de los republicanos en la primera oportunidad. Con el propósito de prepararse para la lucha los revolucionarios andaluces convocaron para los primeros días de Diciembre de 1868 una gran asamblea en Alva. Salvochea seleccionó los elementos fieles de Cádiz, recomendándoles que no depusieran en modo alguno las armas. El 5 de Diciembre apareció, inesperadamente, ante los muros de Cádiz, una sección de artillería exigiendo, en nombre del gobierno, que la milicia revolucionaria hiciera entrega de sus armas en el término de tres horas. Aún no había transcurrido este plazo cuando comenzó el tiroteo. Algunos revolucionarios cayeron muertos y otros heridos.

Inmediatamente Salvochea se colocó al frente de los rebeldes y organizó la defensa militar de la ciudad. La lucha duró tres días; la artillería hizo esfuerzos desesperados por conquistar la plaza sin resultado alguno. Salvochea luchó como un león, estaba en todos los sitios de mayor peligro y su valor heroico infundió a los rebeldes una fuerza increíble.

Al cuarto día los embajadores de la ciudad solicitaron un armisticio, que fue aceptado por ambas partes. Pero el gobierno "liberal" se apresuró a enviar contra los valerosos insurrectos un ejército al mando del general Caballero de Rodas. Salvochea mantuvo su posición hasta el 11 de Diciembre; pero a medida que el general se iba acercando, sin encontrar resistencia, comprendió Salvochea que el pequeño

núcleo de revolucionarios mal armado no estaba en condiciones de oponerse a un ejército y que toda resistencia sólo ocasionaría una matanza, sin ninguna probabilidad de éxito. En consecuencia disolvió la milicia revolucionaria enviándola a otro lugar y quedándose él solo. Se fue tranquilamente al casino militar para esperar allí al general Caballero de Rodas. El coronel Pazos, jefe del tercer regimiento de artillería, lo fue a ver para pedirle que salvara su vida, abandonando Cádiz, porque el general ordenaría, con toda seguridad, que fuese fusilado. Salvochea no aceptó. El coronel le ofreció su ayuda personal, pero Salvochea se mantuvo firme en su decisión. Sabía que el gobierno lo consideraba como culpable principal y en caso de no ser hallado por de Rodas la ciudad entera debería sufrir por su causa y eso habría sido para él peor que la muerte. Su carácter noble no le permitió pensar en su propia salvación; estaba dispuesto a afrontar toda la responsabilidad y resuelto a morir por sus hechos. Esta actitud admirable impresionó profundamente hasta a sus enemigos y el general de Rodas, no queriendo ser el verdugo de semejante hombre, lo envió en calidad de prisionero de guerra a la fortaleza de San Sebastián.

Empero el pueblo de Cádiz supo apreciar este carácter elevado y pocos meses después Salvochea era elegido por gran mayoría representante de Cádiz en las Cortes. El gobierno provisorio había declarado anteriormente que no reconocería esa elección y el parlamento "revolucionario", en efecto, apoyó esta actitud. Diríase que esos extraños "revolucionarios" querían demostrar que Salvochea no cuadraba en su compañía; en este sentido tenían razón, pues el verdadero sitio del gran rebelde era la barricada y no el parlamento.

En Febrero de 1869 se reunió el nuevo parlamento y una de sus primeras resoluciones fue la de conceder la amnistía a los presos políticos, que todo el pueblo requería enérgicamente. Algunos días después Salvochea y muchos otros abandonaron las casamatas de San Sebastián y Santa Catalina. Salvochea reanudó en seguida sus trabajos, fomentando en Andalucía una agitación vigorosa a favor de un nuevo levantamiento republicano, porque era aquel el único modo de salvar las consecuencias de la revolución del 68.

El 1o. de Junio de 1869 las Cortes adoptaron una resolución monárquica, por 214 votos contra 56, decidiendo buscar en Europa un rey adecuado para el trono español. Emilio Castelar y otros republicanos burgueses se limitaron a protestar débilmente en lugar de recurrir a la única solución que les quedaba: la sublevación. Pero esos comediantes republicanos no querían saber nada de tales medios y prefirieron traicionar la República y la revolución de 1868. En el mes de Septiembre estalló en Cataluña el levantamiento federalista. Salvochea y sus amigos resolvieron en el acto apoyar a los rebeldes agitando la bandera de la revuelta en su provincia. El 30 de Septiembre, Salvochea a la cabeza de 600 hombres, marchaba de Cádiz a Medina para reunirse allí con los revolucionarios de Jerez y de Ubrique. Aun cuando aquéllos sabían que las perspectivas de triunfar no eran muy brillantes, decidieron iniciar la campaña, costara lo que costara. Sabían que el levantamiento era el último recurso para defender su libertad y, hombres resueltos, estaban decididos a morir antes que someterse sin tentar la defensa.

Salvochea fue perseguido inmediatamente por las tropas del gobierno. No lejos de Alcalá de los Gazules se llevaron a cabo los primeros encuentros san-

grientos. Los militares eran cien veces más fuertes que los revolucionarios mal armados; pero éstos lucharon con notable heroísmo y en pocos días presentaron tres batallas encarnizadas. Rafael de Guillen fue hecho prisionero y los soldados lo asesinaron en una forma salvaje, por orden del coronel Luque. Cristóbal Bohórquez, el defensor incansable y heroico de la libertad e igualdad sociales, cayó en el campo de batalla. Salvochea luchó como un héroe; sabía que su causa estaba perdida, pero su valor era inquebrantable. Finalmente, después que el ejército hubo conquistado los sitios estratégicos más importantes y después de haber recibido los rebeldes la noticia de que no había sido posible promover un levantamiento en Málaga y en Sevilla, los revolucionarios dispersaron sus filas para salvarse aisladamente. Sometiéndose a varios peligros, Salvochea y otros lograron llegar a Gibraltar. De allí pasó a París, donde frecuentó los círculos avanzados que se agrupaban en torno de "La Revue", "Le Rapell" y otros periódicos radicales. De París Salvochea partió para Londres, de donde pudo regresar a España gracias a la amnistía de 1871. En Cádiz el pueblo lo acogió con indescriptible entusiasmo y ese mismo año fue elegido alcalde.

Como alcalde de Cádiz Salvochea trabajó mucho por el embellecimiento de la ciudad, convirtiéndola en una de las más hermosas de España. Estableció también algunas reformas útiles en la administración política. Pero no duró mucho tiempo en su cargo porque en Julio de 1873 estalló en España la revolución cantonalista y Salvochea fue uno de los primeros en tomar el fusil en la mano para la conquista de la igualdad económica y la autonomía local.

***

El 9 de Febrero de 1873 el rey Amadeo renunció al trono y pocos días después fue proclamada la República española. La lucha sangrienta de la Comuna de París había producido gran impresión en España y se presentía que iban a ocurrir grandes acontecimientos. Por eso Amadeo prefirió renunciar. Pero el pueblo tampoco estaba conforme con la república centralista y debido a eso los hombres del nuevo gobierno se vieron obligados a proclamar la república federativa el 8 de Junio de 1873. Para pacificar a los descontentos se eligió para la presidencia del ministerio al conocido proudhoniano Pi y Margall; pero el 3 de Julio, al establecerse la nueva Constitución, los federalistas se dieron cuenta de que se trataba de engañarlos. Pi y Margall, el único hombre honesto y resuelto del nuevo gobierno, renunció a su cargo por no querer traicionar sus principios. Entre el 5 y el 13 de Julio se sublevaron numerosas ciudades proclamándose como comunas independientes.

No puede ser, desde luego, el objeto de nuestro trabajo ofrecer un cuadro de ese movimiento complicado, que sólo concluyó el 11 de Enero de 1874 con la represión sangrienta de la comuna de Cartagena. Esta ciudad heroica estuvo sitiada durante seis meses por el ejército español y por buques de guerra prusianos e ingleses antes de que se consiguiera someterla.

Salvochea se adhirió inmediatamente al movimiento federalista y fue elegido presidente del comité administrativo de la comuna de Cádiz. Pero su situación era difícil a causa de que había múltiples tendencias en el movimiento mismo. A principios de Agosto llegó a las puertas de Cádiz el general Pavía al mando de un ejército. Salvochea y sus amigos defendieron la entrada de la ciudad, pero los buques de guerra británicos del puerto de Cádiz se pusieron

del lado de las tropas del gobierno terminando con ello toda tentativa de defensa ulterior.

Salvochea se hallaba en un lugar seguro cuando los soldados del general Pavía entraron en la ciudad. Le hubiera sido muy fácil llegar en bote hasta Gibraltar, pero al saber que muchos de sus amigos habían sido arrestados él mismo se entregó en manos del enemigo a fin de compartir la suerte de sus camaradas.

El consejo de guerra de Sevilla lo condenó a reclusión perpetua en una de las colonias penales de Africa. Su noble amigo Pablo Lazo se presentó voluntariamente ante el tribunal con la intención de acompañar a Salvochea en su encierro. En Marzo de 1874 ambos fueron enviados al presidio de la Gomera. Salvochea soportó su destino con la mayor calma. Su familia le ayudaba con dinero, pero él compartía hasta el último céntimo con los desdichados presos y con los habitantes pobres de la colonia que lo veneraban como a un santo. Salvochea era el espíritu bueno de la isla, amigo y hermano de todo el mundo; su consuelo influía sobre todos evitando la desesperación. En 1876 fue trasladado a Ceuta, pero de allí fue nuevamente llevado a la Gomera. Durante los ocho años que pasara en las colonias penales Salvochea estudió la medicina teórica y práctica, dedicando todos sus esfuerzos a los moradores de la Gomera. Pero él mismo cumplió también una notable evolución intelectual en su cautivero. Estando aún en España había tomado una participación entusiasta en el movimiento obrero español y fue uno de los primeros miembros de la Internacional en ese país; pero fue en la reclusión donde halló el tiempo necesario para ocuparse de las ideas y aspiraciones de la federación española de la Asociación Internacional de Trabajadores; comprendió poco a poco que la

república federativa no era más que el último escalón en la evolución libertaria y los escritos de Bakunin y de otros pensadores avanzados lo llevaron finalmente al anarquismo, que propagó con la mayor energía hasta el último momento de su vida.

En 1875 la madre de Salvochea trató de obtener el indulto de su hijo. Gracias a la ayuda de varios amigos influyentes logró el consentimiento de Cánovas del Castillo; pero cuando Salvochea tuvo noticia de esta gestión escribió a su madre una carta apasionada en la cual le prohibía hacer esfuerzo alguno en favor de su indulto, declarando que prefería morir en la prisión antes que aceptar un favor de sus enemigos más acérrimos. En 1883 la Municipalidad de Cádiz hizo una nueva tentativa en este sentido, con todo éxito, y el tribunal superior resolvió conceder la amnistía a Salvochea. Pero no habían contado con el férreo carácter del gran revolucionario. Cuando el gobernador de la colonia penal le leyó su indulto, Salvochea rompió el documento en presencia suya, declarando que para él sólo existían dos maneras de ser libertado: o bien por su propia fuerza o por medio de una amnistía general para los presos políticos. Es de imaginar la impresión que produjo su actitud. Renunció Salvochea a la libertad y continuó en la prisión. Pero nueve meses más tarde consiguió huir de la Gomera. Logró alcanzar un pequeño velero árabe con el cual llegó a Gibraltar. Después de una corta permanencia en Lisboa y en Oran se estableció en Tanger, residiendo allí hasta 1886, cuando, en virtud de la muerte de Alfonso XII, pudo volver a España, donde fue recibido con un entusiasmo indescriptible.

***

Volvió Salvochea en un momento oportuno. De 1874 a 1881 el movimiento anarquista en España atravesó un periodo espantoso. Las bárbaras leyes de excepción impidieron toda propaganda pública. Centenares de compañeros padecían en las cárceles y sin embargo el movimiento subsistía en las organizaciones secretas. Se editaban periódicos clandestinos, como por ejemplo "El Orden", "Las Represalias", "La Revolución Popular", "El Movimiento", etc. Sólo en 1881 terminó ese periodo aciago y ese mismo año se celebró el primer congreso público de los anarquistas españoles. De 1881 a 1892 el movimiento tomó un considerable incremento, estando Salvochea siempre a la vanguardia de sus camaradas. En 1886, es decir poco tiempo después de volver a Cádiz, fundó un periódico anarquista, "El Socialismo" y llevó a cabo una enérgica propaganda en Andalucía. En todas las aldeas organizáronse los labriegos y el anarquismo hizo un progreso enorme en la provincia entera. El gobierno contemplaba con terror ese movimiento. Trató de suprimir el periódico por medio de una serie de procesos, pero sólo consiguió fortificar la propaganda anárquica. Durante la aparición del periódico, de 1886 a 1891, Salvochea fue arrestado y condenando numerosas veces, pero su defensa enérgica ante los jueces producía gran impresión, infun- diendo cada proceso más vigor al movimiento.

Entonces el gobierno se valió de otro recurso. Ya a principios de 1880 había difundido la noticia de que existía en Andalucía una sociedad conspiradora, la Mano Negra, compuesta de asesinos y ladrones e influída por los principios anarquistas. La prensa reaccionaria repitió tantas veces ésta invención que finalmente todo el mundo la creyó y millares de personas fueron detenidas y a menudo condenadas

por ser miembros de la presunta Mano Negra. En el fondo, la policía tenía la intención de disolver en esta forma la poderosa Asociación de los labriegos españoles. El 1o. de Mayo de 1890, Salvochea organizó una grandiosa demostración revolucionaria en toda Andalucía, que produjo una impresión soberbia sobre los trabajadores de España. Al año siguiente, en la misma fecha, se verificó una manifestación análoga, aunque el gobierno había arrestado días antes a Salvochea y a otros compañeros. Poco después del 1o. de Mayo estallaron dos explosiones en la ciudad. A consecuencia de una murió un obrero y de la otra cuatro jóvenes. La prensa reaccionaria, desde luego, sospechó de los anarquístas. "El Socialismo" declaró inmediatamente que aquello era una estratagema de la policía, pero poco después un ejército de pesquisas y vigilantes invadió la redacción del periódico, "descubriendo" allí dos bombas que ellos mismos, claro está, habían preparado. El resultado fue que detuvieron a gran número de camaradas; Salvochea tuvo la misma suerte algunas semanas después.

Sucesos análogos ocurrieron también en Jerez de la Frontera, una de las ciudades más revolucionarias de Andalucía. En Agosto de 1891 fueron arrestados allí 157 anarquistas, acusados de pertenecer a la Mano Negra. Es claro que esas infamias de la reacción provocaron un odio encarnizado entre los labriegos y campesinos. Viendo pisoteados sus derechos más elementales algunos centenares de ellos resolvieron libertar por la fuerza a sus camaradas encarcelados en Jerez. La noche del 8 de Enero de 1892, 500 labriegos y artesanos penetraron en la ciudad de Jerez al grito de "¡Viva la Revolución Social! ¡Viva la Anarquía!" Fueron muertos dos terratenientes; al principio los soldados se asustaron y de este modo los rebeldes

lograron poner en práctica parte de su plan. Al amanecer, los revolucionarios se tuvieron que retirar después de una lucha sangrienta con la fuerza armada,

La venganza de la burguesía fue terrible. El 18 de febrero de 1892 los anarquistas Lamela, Valenzuela, Bisiqui y el Lebrijano fueron ajusticiados. Murieron heróicamente, saludando a la muerte con el grito de "¡Viva la anarquía!" Y ellos resultaron los más felices; otros diez y siete compañeros fueron condenados a diez, doce, quince y veinte años de presidio y algunos aun a perpetuidad. Entre los acusados estaba también Salvochea. El gobierno lo acusaba de haber organizado la sublevación de Jerez, *estando encerrado en la cárcel de Cádiz.* En esta última ciudad no hubo ningún juez que se hiciese cargo del proceso. En consecuencia Salvochea fue puesto a disposición de un consejo de guerra, el cual lo condenó a doce años de presidio.

La actitud de Salvochea ante sus jueces fue valiente. Bien sabía que iba a ser condenado, costara lo que costara. Véase su diálogo con el juez: "Esta usted obligado a contestar la verdad a todas las preguntas que le voy a formular". Salvochea: "Este proceso no es más que una comedia vergonzosa y yo estoy condenado ya antes de presentarme ante ustedes; por lo tanto no tengo nada que contestar". El juez: "La ley establece que el acusado que renuncia a responder a las preguntas que le plantea el juez reconoce su culpabilidad". Salvochea: "Estoy resuelto a asumir la responsabilidad de mi silencio". El juez: "Pero debe usted respetarme como juez". Salvochea: "Para mí todos los hombres son iguales. Yo no reconozco superiores y no tengo por qué respetarle". El juez le formuló todavía una docena de preguntas, pero Salvochea guardó silencio.

Salvochea fue transportado a la cárcel de Valladolid, donde debía cumplir su condena. Al principio se le tuvo aislado completamente del mundo exterior y ni siquiera se le permitía escribir cartas. Sólo el 7 de Noviembre de 1893, cuando estaba ya gravemente enfermo en el hospital de la prisión, se permitió que algunos íntimos amigos suyos lo visitaran. Su estado era de lo más espantoso que pueda imaginarse. El primer domingo después de haber llegado a la cárcel de Valladolid, el director le exigió que asistiese a misa. Salvochea se negó, diciendo que era ateo. "No importa -replicó el director- usted irá a la iglesia o de lo contrario lo encerraré en una celda subterránea". -"Prefiero la celda"- contestó Salvochea. Fue alojado en una cueva horrible, en un agujero obscuro, húmedo y frío. Pasaron algunos meses;' Salvochea enfermó a causa de la humedad y sintió que sus fuerzas le iban abandonando de día en día. No podía esperar salvación alguna, porque España atravesaba entonces un periodo reaccionario. En este estado resolvió suicidarse, para poner fin a sus dolores. Con una vaina rota se produjo dos heridas profundas en las venas del cuello y en un costado. Luego se tendió en el suelo y perdió el conocimiento. Pero debido al horrible frió que reinaba en la celda su sangre se congeló en las venas y esta fue su salvación.

Habiéndolo encontrado en tan espantoso estado el director se acobardó. Lo trasladó al hospital y poco a poco fue reponiéndose. Al recobrar la salud el director le ofreció un puesto de escribiente en la prisión, pero Salvochea se resistió a aceptar, diciendo que no quería ser un sirviente del Estado, ni siquiera en esa forma. El 21 de Agosto de 1898 fue trasladado a la cárcel de Burgos. Allí su situación era mejor. Tradujo una obra de astronomía de Flammarion, produ-

ciendo algunos otros trabajos de carácter literario. Por fin, en 1899, cuando los prisioneros de Montjuich fueron libertados, gracias al vasto movimiento de protesta, se abrieron también para Salvochea las puertas de la prisión. Se dirigió a Cádiz donde el pueblo lo acogió con señalado júbilo. Su espíritu seguía siendo siempre el mismo, pero su salud, sobre todo la vista, sufría mucho a causa de los largos años de encierro.

Salvochea se mostró activo hasta el final de sus días. Sacrificó sus bienes y su sangre, toda su fortuna, por el ideal en que creía y llegó a ser tan pobre como el proletario más indigente. Escribió numerosos artículos para la prensa anarquista de España y editó también algunos folletos. Su último trabajo literario ha sido una excelente traducción de *Campos, fábricas y talleres* de Kropotkin, que se publicó primeramente en la "Revista Blanca" y luego en libro.

Esta es, brevemente narrada, la biografía de Fermín Salvochea, héroe y luchador. Su muerte causó un mar de lágrimas y su sepelio dió lugar a una manifestación enorme, en la que participaron cerca de 50.000 personas. De todos los pueblos y aldeas afluyeron los pobres y desheredados para despedirse del extinto. Centenares de mujeres besaban los labios fríos que antes llamaran con tanta frecuencia a la lucha por el pan y la libertad. Y al ser depositado en la fosa el cadáver del inolvidable camarada millares de bocas exclamaron "¡Viva la anarquía!".

Salvochea ha muerto, pero un movimiento que cuenta en sus filas con semejantes hombres es invencible.

Pedro Gori

Ha sido Pedro Gori uno de nuestros mejores combatientes, un luchador y un idealista infatigable que ha contribuído poderosamente a la difusión del anarquismo en Italia y en otros países. Ha sido también uno de los oradores más elocuentes e influyentes de nuestro tiempo. Sus discursos eran obras en todo el sentido de la palabra y producían una impresión inolvidable en el ánimo de sus oyentes. Su maravillosa fuerza oratoria fue así mismo la causa porque la vida de este hombre haya sido una larga cadena de crueles persecuciones. El gobierno lo temía sencillamente sabiendo que la influencia de sus discursos era ilimitada.

Pedro Gori nació en 1869 en Messina. Su padre era oficial del ejército y su madre, Julia Lossoni, pertenecía a la aristocracia de Toscana. Llevaban sus padres una vida desahogada y por eso la juventud de Pedro fue dichosa.

Gori estudió derecho en las universidades de Liorna y Pisa. Era todavía muy joven cuando se puso en contacto con el movimiento anarquista de Italia. Bajo el influjo poderoso de Miguel Bakunin, Carlos Caffiero, Andrea Costa y Enrique Malatesta, ese movimiento tomó un vasto impulso durante las últimas décadas del siglo pasado. Después del levantamiento de Benevento, en 1877, inicióse una terrible reacción en toda Italia. Se perseguía a los anarquistas igual que a las bestias salvajes. Centenares de compañeros padecían en las cárceles. El parlamento italiano votó una ley de excepción contra los anarquistas y disolvió todas las organizaciones públicas de la Internacional. Poco después comenzó la propaganda conspiradora con sus persecuciones y sus víctimas incontables.

Cuando Gori llegó a conocer el anarquismo los tiempos eran ya más favorables. Nuevamente aparecían varios periódicos y en las ciudades y aldeas se había reanudado la propaganda verbal.

Pedro tenía dieciseis años cuando habló por primera vez en una reunión anarquista. Algunos de sus primeros discursos aparecieron entonces en un folleto *Pensieri ribelli*, que fue confiscado en seguida. Gori fue acusado y en 1877 apareció ante el jurado de Pisa. Enrique Ferri defendió en esa ocasión al joven estudiante, pronunciando uno de sus discursos más brillantes. El proceso terminó con la absolución de Gori.

Pero poco después empezaron nuevamente las persecuciones. En Ancona los obreros celebraban por primera vez el 1º de Mayo. En la vieja ciudad anárquica inicióse un vasto movimiento huelguista que provocó sangrientos choques con la policía. Gori se hallaba a la vanguardia del movimiento y la policía hizo recaer sobre él la "responsabilidad moral" de los

sucesos. Fue condenado a un año de prisión. Y aunque la Cámara de Apelaciones revocó más tarde la pena, Gori casi ya la había cumplido.

En 1891 Gori se trasladó a Milán. Allí rindió su examen de abogado, pero todo su tiempo libre lo dedicaba a la propaganda anarquista. Celebró centenares de asambleas y sus excepcionales cualidades de orador atrajeron a millares de personas. Ese mismo año participó en el congreso anarquista de Coppo, junto con Malatesta, Cipriani y Merlino. A su vuelta a Milán fundó el periódico "L'Amico del Popolo". De los 27 números que aparecieron casi todos fueron confiscados, pero la policía siempre llegó tarde. Al mismo tiempo Gori actuaba también como abogado, interviniendo en varios grandes procesos políticos.

Con la mayor energía atacó el socialismo parlamentario y a los dirigentes del reformismo en Milán; esa campaña halló una expresión interesante en su periódico y en las asambleas; mas dicha campaña la desenvolvió siempre en el terreno de las ideas, evitando los motivos personales. Al propio tiempo que combatía a los reformistas en varios congresos, estaba ligado por una antigua e íntima amistad con Felipe Turati, el jefe del reformismo italiano.

En Milán, Gori publicó tres tomos de poesías y de estudios literarios y además seis folletos anarquistas. Gori era un hombre italiano: el instinto del arte constituía en él una especie de herencia nacional. En sus discursos y en sus escritos reconocíase siempre al artísta. Sus versos pertenecen a lo mejor que ha producido la moderna poesía italiana y recuerdan frecuentemente las formas y los ritmos de Ada Negri. Muchas de sus poesías rebeldes son cantadas por el mundo revolucionario de Italia, como por ejemplo "La canción de los presidiarios", "La canción

del primero de Mayo" y el bellísimo himno "Santo Caserio". Gori fue también autor de varias piezas de teatro que han sido puestas en escena con todo éxito en Milán y otras ciudades italianas.

En 1894 el anarquista italiano Santo Caserio mató a Sadi Carnot, presidente de la República Francesa. Una reacción terrible se declaró en Francia y en Italia. La prensa policial de este último país exigía una nueva ley de excepción contra los anarquistas y atacó principalmente a Pedro Gori, a quien hacía cargar con la responsabilidad moral del atentado. Caserio había frecuentado varias reuniones en que hablara Gori y éste lo había defendido años antes, en su calidad de abogado, ante los tribunales de Milán. De esto dedujo la prensa policial que Gori era el maestro de Caserio y el causante "moral" del atentado de Lyon.

Poco después el gobierno italiano promulgó una nueva ley contra los anarquistas y Gori se vió obligado a abandonar el país. Cruzó la frontera francesa, pero fue arrestado inmediatamente y expulsado de allí. Entonces se refugió en Lugano, en la Suiza italiana; mas el gobierno italiano insistió tanto ante los republicanos suizos que éstos expulsaron al odiado anarquista, junto con muchos otros camaradas.

Gori se dirigió a Alemania, pasando por Holanda donde se quedó algunas semanas con Domela Niewenhuis y los anarquistas holandeses. Poco tiempo después llegó a Londres, donde tomó parte activa en el movimiento. En aquel tiempo Londres era el centro de todos los perseguidos. Malato, Malatesta, Luisa Michel, Emil Pouget y muchos otros se veían obligados a vivir en Inglaterra debido a las leyes de excepción que regían en Francia e Italia. Gori y Malatesta desarrollaron una enérgica y provechosa campaña entre los residentes italianos en Londres y

el vigoroso talento oratorio del primero atrajo a centenares de personas.

En 1895 Gori se trasladó a los Estados Unidos con el objeto de realizar allí y en el Canadá una jira de propaganda. Su éxito en América fue extraordianrio; habló en todas las grandes ciudades entre Nueva York y San Francisco, celebrando más de cuatrocientos mítines. Pero ese esfuerzo constituyó un peligro para la salud. En 1896 volvió a Londres como delegado al congreso socialista internacional. Poco después cayó gravemente enfermo y estuvo varias semanas en un hospital. Su estado seguía empeorando, cuando decidió volver a Italia no obstante el peligro a que se exponía de ser enviado a "domicilio coatto", la Siberia italiana.

Empero, los diputados Imbrianni y Bovio plantearon el asunto en el parlamento y el gobierno declaró que no molestaría a Gori mientras éste se mantuviese tranquilo. Gori pasó cierto tiempo en la isla de Elba, enfermo, extenuado. Sin embargo el gobierno no lo perdía de vista y todo un ejército de vigilantes y pesquisas rodeaba siempre alrededor de la casa del paciente.

Transcurrió mucho tiempo antes de que Gori recobrase la salud. Abandonó a Elba y se fue a Milán, donde reanudo sus actividades en favor de sus ideas. No era posible celebrar en ese tiempo asambleas públicas porque los anarquistas estaban excluídos de los derechos civiles. Gori empezó a organizar las llamadas reuniones privadas, valiéndose de algunos subterfugios de la ley. Pero la policía cuidaba cada uno de sus pasos. En Milán se había erigido un monumento a los combatientes de la revolución italiana. Gori fue uno de los oradores en el acto de la inauguración y pronunció uno de sus más notables discursos.

Entonces el gobierno le hizo saber que lo mandaría a "domicilio coatto" si llegaba a hablar nuevamente.

Poco después defendió a Malatesta y a sus compañeros ante el tribunal de Ancona. Su defensa fue una de las acusaciones más vehementes contra la reacción y un desarrollo maravilloso de la doctrina anarquista.

Algún tiempo después de la sublevación de Milán, en la cual 300 hombres y mujeres cayeron bajo las balas de los soldados, la policía trató de arrestar a Gori y sólo por una casualidad éste consiguió huir al extranjero. Más tarde el consejo de guerra lo condenó a doce años de carcel por considerarlo causante "moral" del levantamiento.

Gori se trasladó a Argentina donde desenvolvió una espléndida propaganda. Los estudiantes y los profesores lo invitaron a dar una serie de conferencias en la Universidad. Disertó allí sobre sociología criminal cautivando la atención del auditorio. Al mismo tiempo viajó por todo Sud América difundiendo por doquier las enseñanzas del anarquismo. Por encargo de la Sociedad Científica Argentina Gori tomó parte en una expedición a la Tierra del Fuego y a la Patagonia, publicando luego un brillante informe acerca de sus viajes.

La amnistía de 1902 dio a Gori la posibilidad de volver a Italia. La propaganda libertaria se había desarrollado nuevamente. Junto con Luiggi Fabri fundó la excelente revista "Il Pensiero", una de las publicaciones más importantes de la literatura anarquista. Pero la policía no lo dejó en paz. Las persecuciones contra él fueron tan violentas que el parlamento tuvo que intervenir.

Esas persecuciones constantes obligaron a Gori a abandonar nuevamente Italia. Se dirigió a Palestina

y al Egipto, mostrándose en todas partes muy activo por la causa. En 1905 volvió a Italia, gravemente enfermo. La dolencia no le permitió desarrollar una gran actividad; sin embargo luchó hasta sus últimos momentos por nuestras ideas. Publicó varios folletos y un tomo de poesías. El 7 de Enero falleció en la isla de Elba, a los 42 años de edad.

La triste noticia se propagó por toda Italia, pues Gori era un de las figuras más populares del movimiento revolucionario de ese país. Su sepelio dió lugar a una de las demostraciones más grandiosas. Todas las organizaciones revolucionarias enviaron delegados y coronas. Millares de personas acompañaron al amado extinto a su último reposo. Todas las casas de negocio y las fábricas permanecieron cerradas. El pueblo entero estaba de luto, porque todos sabían que Pedro Gori había sido el amigo más leal de los pobres y explotados, un verdadero profeta de la revolución social.

Luisa Michel

Luisa Michel, la heroína de la Comuna de París, la luchadora y propagandista incansable de la revolución social, ha muerto repentina, inesperadamente. La férrea mano de la Parca detuvo de un modo brusco su vida rica y agitada; el corazón que amaba tan honda y sinceramente y que odiaba con tanta vehemencia ya no late en el frío pecho. Y los labios febriles que fueron capaces de pronunciar tantas palabras entusiastas y rebeldes han enmudecido para siempre.

¡Qué vida magnífica, abundante en detalles dramáticos, en hechos maravillosos y extraordianrios, fue la existencia de la "buena Luisa"! Ha sido toda una novela, mas no una novela vulgar, común, sino un romance escrito con la sangre del corazón de su autora, una novela vivida y sufrida por ella.

El movimiento revolucionario ha dado origen a muchos tipos de mujeres notables, mujeres que merecen el amor y la admiración de las épocas venideras,

pero no han producido aún y es dudoso que lo ofrezca en el porvenir, una figura semejante a la de Luisa Michel. La "buena Luisa" fue sin duda uno de los personajes más sorprendentes de la época moderna; algunos de sus historiadores la han llamado la Juana de Arco revolucionaria, la moderna Virgen de Orleans; esta comparación es ciertamente feliz porque se observa en ella el mismo entusiasmo poético e idealista, la fe inquebrantable en la justicia de sus convicciones y el heróico valor que le ha proporcionado fuerzas para soportar todos los peligros y obstáculos de su vida de mártir. Constituía Luisa Michel el verdadero tipo del mártir, pero no del que se ve obligado a serlo en virtud de las circunstancias; había nacido mártir, el martirologio fue para ella una necesidad natural y en la satisfacción de esa necesidad estribó la dicha de su vida, toda su alegría. Juzgaba la vida con un criterio distinto al de sus contemporáneos; lo que era para otros motivo de dolor fue para ella un placer, una satisfacción interior. Este rasgo psicológico de su idiosincracia lo comprendió perfectamente el editor de sus "Memorias" al decir que si Luisa Michel hubiese vivido 1900 años atrás hubiera sido tratada como los primeros mártires del cristianismo: su cuerpo endeble habría sido destrozado por las bestias en la arena imperial; y si hubiese vivido en la Edad Media habría muerto, sin duda alguna, en la hoguera de la Inquisición.

Esa fe de mártir a sido la verdadera fuerza interior de la "buena Luisa", la razón por la cual el cuerpo enclenque no se extinguió antes, aniquilado por los sufrimientos indescriptibles que esa mujer admirable tuvo que padecer en su vida tan fecunda en hechos. Luisa Michel fue feliz, feliz en todo el sentido de la palabra porque su alma jamás fue invadida por el

escepticismo suicida del presente; su corazón generoso no se sintió torturado nunca por esos problemas obscuros de la duda que hacen tan difícil e insoportable la vida del hombre moderno. Era dichosa hasta cuando la aquejaba crueles dolores, pues jamás perdió el equilibrio moral de su alma y todos sus pensamientos y acciones giraron siempre en torno del centro de su existencia de mártir: la esperanza absoluta en el triunfo ineluctable de la revolución social y la fe profunda e iluminada en un porvenir mejor. Esa armonía interior la defendía contra toda duda; era una coraza de acero contra toda idea pesimista, una coraza contra el llamado "dolor universal", el inmenso mal de la generación contemporánea. ¡El dolor universal! La "buena Luisa" nunca supo lo que era eso. Estando sus actos de acuerdo con sus opiniones ¿por qué había de tener piedad del mundo? ¡El dolor universal! Invención de una época débil, palabra bajo la cual se quiere ocultar la cobardía personal y la servidumbre del alma. Hemos perdido la armonía entre nuestras ideas y nuestras acciones, viven en nuestros corazones dos personajes distintos y nuestro espíritu está dominado por dos pensamientos diferentes. Amamos lo nuevo sin tener el valor de llevarlo a la práctica; odiamos lo viejo, mas nos falta la fuerza de voluntad para romper con el pasado. En una palabra, obramos contrariamente a lo que pensamos y por eso hablamos de "dolor universal"; sentimos compasión del mundo cuando sería mejor que tuviésemos piedad de nosotros mismos...

Luisa Michel no conocía estas debilidades. Cuando abandonó el castillo donde pasara su juventud y entró en el mundo como maestra de escuela estaba imbuída de ideas radicales y anticlericales. Pero esas ideas no estaban de acuerdo con la enseñanza que se

impartía en las escuelas de Napoleón III. ¿Qué importaba? Luisa instruye a los chicos conforme a sus convicciones y no como lo exige el gobierno imperial. Refiere a los niños que Napoleón es un criminal, un tirano, un traidor de la República, les enseña cantos revolucionarios y otras cosas. Los pequeños se muestran muy contentos de la extraña maestra, pero el director llega bien pronto a la conclusión de que ella no sirve para el magisterio. Luisa se dirige entonces a París y antes sus ojos se abre un nuevo mundo. Intima con los jefes de la democracia radical, al mismo tiempo que frecuenta las asambleas de la Internacional y los centros clandestinos de los comunistas. Trabaja de día y de noche, olvidando completamente su existencia material y un solo deseo anima su corazón: la ruina del Segundo Imperio. Participa en todas las tentativas revolucionarias contra Napoleón III y cuando el trono imperial cae destruído en la vorágine de la guerra franco-alemana ella es la primera en atacar a la llamada República de Septiembre, la república de la burguesía francesa. Viene después el 18 de Marzo de 1871; la capital sublevada proclama la Comuna, Luisa Michel adquiere fuerzas gigantescas, es la encarnación del temperamento revolucionario, la personificación del entusiasmo rebelde. Es incansable en su actividad. Habla a las multitudes y publica sus artículos fragorosos en "Le Cri du Peuple". Luego viene la catástrofe, el último acto de la Revolución Francesa: la Comuna lucha a vida y muerte contra la reacción combinada del Estado y el Capital. En las barricadas, vistiendo de uniforme de la Guardia Nacional, fusil en mano, Luisa es herida en el asalto de Port-Ivry y, antes de que la herida se cure, se halla nuevamente en el campo de batalla. Cuida a los heridos, besa los labios

agonizantes de los hermanos caídos y lucha en las barricadas. La Comuna cae; en el Pére Lachaise y en el sangriento combate de Sartori mueren sus últimos defensores. Luisa Michel halló en ese momento un refugio seguro. Pero de pronto llega a saber que la reacción se prepara a acusar de sus actos a su madre querida. En vano sus amigos tratan de demostrarle que la noticia es inexacta; Luisa no se deja convencer y se entrega en manos de los verdugos sanguinarios. El 16 de Diciembre de 1871 aparece ante sus jueces pidiendo para sí la muerte. Su actitud ante ese tribunal es heroica, censura en términos apasionados a los asesinos de la Comuna llamándolos perros cobardes y jura que, de ser absuelta, no cesará de sublevar al pueblo contra sus verdugos. El consejo de guerra la condena a reclusión en Nueva Caledonia. Sus parientes se valen de todas sus influencias para libertarla, pero Luisa declará que sólo volverá junto con todos los demás. Durante nueve años arrastró las cadenas del presidio, hasta que finalmente fue puesta en libertad con todos sus compañeros gracias a la amnistía de 1880. El proletariado francés recibió con ruidoso entusiasmo a su "buena Luisa". Alguno que otro de los comuneros condenados perdió el valor en el encierro, mas Luisa quedó la misma de siempre. En 1882 fue condenada a dos semanas de prisión por ofensas inferidas a la policía y en esa misma época se adhirió a la tendencia anárquica del socialismo.

Al celebrarse en 1883 las grandes manifestaciones de los desocupados, Luisa se hallaba a la cabeza del movimiento. Veía el hambre de sus hijos, los proletariados de París, y sabía que nada podía ser remediado con palabras bonitas. "Venid, hijos, yo os daré de comer", dijo a la multitud hambrienta. Y levantando la bandera negra rompió las ventanas de algunas

panaderías y carnicerías con el objeto de proveer a los pobres y miserables. Fue condenada a seis años de carcel, pero salió en libertad por la amnistía de 1886. Ese mismo año fue nuevamente condenada por agravios al gobierno; después la obligaron a abandonar Francia, pues las autoridades tenían la intención de recluirla en un manicomio. En el transcurso de muchos años que vivió en Inglaterra escribió algunas novelas y dos pequeñas colecciones de versos. Sus novelas *La miseria, Los malditos, La hija del pueblo* y sobre todo *Los microbios humanos* y *El nuevo mundo* son principalmente descripciones de la miseria del proletariado y acusaciones vehementes contra la sociedad moderna. En ellas se refleja toda la riqueza de su carácter extraordinario, sus sentimientos hondos y nobles por los humildes y explotados y en particular esas relaciones misteriosas, casi místicas, que existían entre ella y las multitudes obreras de París. Antes aun de abandonar Francia editó el primer tomo de sus Memorias. Su último trabajo de carácter literario fue un excelente libro sobre la Comuna de París.

En los últimos años de su vida fecunda hizo algunas jiras de propaganda por toda Francia; hallábase en Marsella para predicar la idea de la liberación general por medio de la revolución social cuando la muerte interrumpió bruscamente su actividad incansable.

Esta es en pocas palabras la biografía maravillosa de Luisa Michel, heroína y luchadora. Todas sus acciones estuvieron siempre en concordancia con sus ideas. Obedeció en todo momento a la voz de sus sentimientos íntimos y esa voz jamás la traicionó. Fue una figura de una pieza y su corazón ignoró el dualismo desesperante que tan fuertemente domina a la generación actual.

Luisa ha tenido una muerte hermosa. Tres meses antes de su fallecimiento, cuando todo el mundo creyó que moriría irremisiblemente, ella venció, a pesar de todo, su cruel enfermedad. Y hasta tuvo la rara dicha de leer su propia necrología. Vió las lágrimas ardientes de los humildes y explotados del mundo entero para quienes ella había sido siempre la buena Luisa. Y esas lágrimas, ese amor ilimitado y esa veneración de los oprimidos han sido la mayor recompensa que pudo recibir. Era demasiado buena y por eso la muerte le concedió un privilegio especial. Pero su nombre vivirá eternamente en todos los corazones amantes de la libertad.

Don Quijote

Don Quijote, noble caballero de la Mancha, amigo y protector de los sufridos, amante de la inmortal Dulcinea del Toboso y dueño del fiel Rocinante: cubre tu rostro con ambas manos para que no se note tu vergüenza ante la ofensa que acaban de infligirte; porque nunca se te ha agraviado tanto como hoy, trecientos años después de aquel día inolvidable en que abandonaste por primera vez tu casa y tus amigos para recorrer el mundo en defensa de la justicia y para hacer resucitar la fama eterna de la caballería andante.

¡Mucho has padecido en tu vida, grande caballero de la triste figura! Has combatido una batalla desesperada contra gigantes, pero al fin resultó que los gigantes eran molinos de viento y tuviste que pagar tu error con la cabeza partida y algunos huesos quebrados. Rústicos aldeanos te rompieron tus dientes caballerescos, pastores de ovejas vulgares te han pisoteado

con sus pies, gente ingrata incapaz de comprender tu grandeza caballeresca, te encerraron en una jaula de madera y te convencieron de que estabas encantado; hasta corrías el peligro de que en tu extraño encierro se sintiera un mal olor y, a no haber sido por el buen Sancho, la poesía de tu empresa heroica habría terminado con un lecho demasiado prosaico... Pero tú lo has soportado con paciencia augusta, porque tu escudo estaba blanco y ninguna mancha ensuciaba tu honor de caballero. Todo el mundo se reía entonces de tus hazañas inmortales, ¿mas que importa tu risa? Tú vivías en tu mundo propio, mundo distinto al de los demás; cada acontecimiento se presentaba ante tí en colores e imágenes particulares ¿y quién se atrevería a sostener que tus visiones eran peores que las de otros? Tú veías gigantes, mientras que Sancho sólo percibía molinos de viento, y puesto que la verdad absoluta no existe, ya que aquello que denominamos verdad está siempre determinado por nuestras condiciones subjetivas, por nuestra convicción interior, resulta que tu opinión no ha sido peor que la del buen Sancho... Si hubieses contemplado el mundo con los mismos ojos que los demás hombres, jamás habrías sido Don Quijote; empero, a causa precisamente de haber interpretado los fenómenos del mundo según tu propia manera, tu nombre se ha hecho inmortal y tu imagen aparece en nuestros corazones tan fresca y vívida como hace tres siglos. Por lo tanto, nada ha podido agraviarte por haber visto y sentido de un modo distinto al de tus contemporáneos. Ellos se burlaron de tí, pero tú ni siquiera los oiste: su risa no tuvo eco en tu mundo.

Pero hoy ¡ah!, hoy el cuadro ha variado completamente. Hoy te admiran, valiente caballero de la Triste Figura. Ahora celebran tu tercer centenario

con sabios discursos y fiestas ruidosas. Los mercaderes, Don Quijote, los traficantes, los hijos pervertidos de tu fiel criado Sancho, te admiran. Antaño tú eras grande porque los mercaderes, los hombrecitos prudentes y prácticos se burlaron de tí, pero hoy, hoy celebran tu memoria ocultando el cuadro de tu grandeza luminosa con sus vientres abultados y sus almas groseras... Ni siquiera te han consultado si estás de acuerdo con sus festejos, si te placen sus homenajes... Ellos son los dueños de la vida, gran caballero, ellos, los traficantes, y han comprado a propósito varias fanegas de avena para el fino Rocinante, a fin de que no sea tan flaco en medio de una compañía tan gruesa.

¡Oh, comprendo tu dolor, caballero inmortal! Sé por qué ocultas tu rostro con ambas manos: para que el mundo no vea la ofensa grave que te han causado. Créeme, noble caballero, que conozco tus pensamientos ocultos y participo completamente del dolor de tu alma ofendida. Que el mundo se haya reído de tí ¿Que importaba? Mas, que los mercaderes festejen tu memoria, que los ricos comerciantes de Madrid establezcan un premio de veinte mil pesetas para el que pinte el mejor retrato de tí, esto sí que es doloroso, más amargo que la hiel...Yo no sé que clase de cuadro van hacer de tí, pero temo mucho que representen al buen Rocinante como caballo de cervecero y que a tí mismo te agreguen una panza... Sí, grande caballero, temo que lo hagan, porque en los tiempos que corren ya no se respetan los ideales "flacos"; en el mundo de los mercaderes hasta el idealismo ha engordado: no le han brotado alas, pero en cambio adquirió un vientre respetable. ¿Qué necesidad tiene de alas? El camino hacia las estrellas ha sido olvidado; hoy el idealismo yace tranquilamente en el suelo y recoge gusanillos...

¡Oh, noble caballero de la Mancha! Tú has librado una batalla contra gigantes y serpientes de fuego; los gigantes murieron poco a poco, el fuego se ha extinguido y sólo ha quedado las sierpes, sierpes -mercaderes, frías, escurridizas que no pueden contemplar el cielo azul y el sol luminoso porque se arrastran a través de la vida como ladrones. Si te levantaras ahora de tu tumba y volvieras a recorrer el mundo para realizar hazañas heroicas a fe que deberías luchar con los mercaderes, más peligrosos que los antiguos gigantes...

Recuerdo aún como si fuera hoy la primera vez que te conocí. Yo tenía entonces unos doce o trece años. Era una noche de Navidad; nosotros, los chicos, estábamos en la cocina aguardando con impaciencia que la madre bondadosa abriese la puerta; estábamos impacientes, ¿pues quién podía adivinar las sorpresas que mamá había preparado para nosotros? Y por fin se abrió la puerta del paraíso y todos corrimos al aposento con tanto ímpetu como si se hubiera tratado de salvar la vida. Las velas del árbol de Navidad brillaban con todos los colores y alrededor de él estaban distribuídas las cosas buenas que la madre había comprado para nosotros y ocultado con tanto celo durante toda la semana. Ahí estaba el lugar mío: una pequeña escopeta, un kepís, un teatro infantil, manzanas, nueces y diversas golosinas, y en medio de toda esa riqueza había un libro. Al principio no lo había visto, pues mis ojos estaban absorbidos por otros objetos, pero más tarde, al descubrirlo, lo tomé rápidamente en la mano y lo contemplé con miradas curiosas. Traía en la tapa un cuadro: dos figuras estravagantes. Un hombre alto y delgado que llevaba una vieja armadura demasiado pequeña para él y montaba un viejo caballo tan flaco como su dueño; al

lado del primer ginete iba, montado en un asno gris, un hombre pequeño y grueso. El título del libro era: *Historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Aquella noche contemplé tan solo las figuras del libro - era una edición ilustrada para niños - pero no leí ni una palabra. A la mañana siguiente me entregué a mi tesoro literario. Hacía un frío espantoso en casa; no había lumbre, porque mi madre dormía aún. Cuidadosamente bajé de la cama, cogí el libro y volví a meterme entre las tibias frazadas. Y comencé a leer. Al principio la historia no me produjo gran impresión, pero más tarde, cuando llegué a las hazañas heroicas del noble hidalgo, yo me destornillaba de risa. "¡Qué tonto! - pensé. - Hasta un ciego podría ver que se trata de molinos de vientos y no de gigantes. Me extraña que no haga caso de las palabras razonables del prudente Sancho!" Y yo experimentaba un verdadero placer cuando le rompían las costillas. Mas luego nació en mi corazón otro sentimiento: la compasión. Yo me imaginaba la figura de mártir del valiente caballero de la Mancha, sus dientes rotos, sus costillas quebradas y sus labios ensangrentados y me imaginé porque lo trataban tan mal. "¡Es un loco; no sabe lo que hace! Por qué pegarle tanto?"

He vuelto a leer el libro con frecuencia, hasta que lo perdí un día en el bosque. Lo sentía mucho, pero los niños olvidan fácilmente y yo también olvidé poco a poco a Don Quijote, a Sancho Panza, a Rocinante y a la hermosa Dulcinea del Toboso. Pasaron años. El idealismo tormentoso de la juventud me abrazó también a mí con toda la vehemencia de su fuerza. En ese hermoso período volví a leer por segunda vez el *Quijote.* Había caído por casualidad en mis manos y desde entonces ya no me separé de él.

Yo no podría afirmar que me haya sentido entusiasmado por él en los primeros tiempos; todavía veía en él a un ciego fantaseador, víctima inconciente de una idea fija; sin embargo lo leía con sumo agrado, porque el espléndido arte narrativo de Cervantes me producía una fuerte impresión. Entonces comprendí también contra quién había dirigido su obra inmortal el gran español; algunas cosas solamente me resultaban incomprensibles: yo no percibía aún al Rocinante, que yo mismo montaba y todavía no me daba cuenta que yo estaba también enamorado de la imperecedera Dulcinea del Toboso. Ahora sé muy bien que cada uno de nosotros cabalga en su propio Rocinante y está enamorado de alguna Dulcinea y a decir verdad me alegro que así sea... Pero entonces ignoraba todo eso. Don Quijote era uno de mis favoritos, pero en realidad sólo era un huésped para mí...

Y nuevamente transcurrieron meses y años. Yo abracé la vida y la besé con todo el idealismo, con toda la fuerza de la juventud. En mi mente se reflejaban cuadros sublimes, cuadros de dicha y de amor, de un porvenir grandioso y bello. Y en ese período me visitaba a menudo un huésped extraño desconocido; llegaba al anochecer, cuando la obscuridad se extendía afuera, y llevaba siempre la misma capa negra sobre los hombros enjutos. Su visita nunca era prolongada. Venía, me contemplaba con sus ojos fríos y crueles, en sus labios finos y pálidos aparecía una sonrisa despectiva y no pronunciaba una sola palabra. Cada vez que me visitaba yo sentía una punzada en el corazón: no lo quería pero tampoco lo odiaba. Yo aguardaba siempre que me hablase; a veces hasta movía los labios cual si quisiese decirme algo, pero yo nada comprendía. De pronto dejó de venir por algún tiempo. Pero una noche volvió de nuevo y esta vez sí

que me habló. "Tonto, ¿para qué?" - eso fue todo lo que dijo, y luego partió. "Tonto, ¿para qué?" Estas palabras ardían en mi alma como un fuego infernal, resonaban constantemente en mis oídos, causándome muchos momentos amargos y dolorosos. ¿Cuál es el sentido de estas palabras? - me decía. Y de repente se me aparecía la cara conocida, con los ojos fríos y despiadados, los labios finos y pálidos y la eterna sonrisa despectiva... Y perdía el valor de hallar una respuesta a mi pregunta.

En cierta ocasión, era en invierno, volví a casa a altas horas de la noche. Había ido al teatro a ver Hamlet y la obra formidable del genial inglés impresionó los sentimientos más recónditos de mi alma. Yo sentía tanta amargura en mi corazón, estaba ya tan triste y melancólico, que casi iba a estallar en llanto. Sentado ante mi mesa volví a oir las palabras terribles que tanto me habían torturado y que me eran tan odiosas: "Tonto, ¿para qué?" Desesperado, cogí un libro: era el primer tomo del *Quijote*. Noble caballero de la Mancha, ¿puedes imaginarte cuán agradecido te estoy? A no ser por tí, de fijo no hubiera sobrevivido aquella noche tremenda, inolvidable. Me pasé la noche leyendo y mi corazón se sintió aliviado y contento; mis ojos derramaron lágrimas, mas no a causa del dolor, sino debido a una alegría interior que me hacía llorar. Por fin dejé el libro a un lado y me puse a pasear por la pequeña habitación. Esa noche, que empezó tan tristemente, me sentí del todo dichoso.

De repente miré por azar el espejo que colgaba encima de la chimenea. ¿Qué es esto, un sueño o un cuadro real? Allí en el espejo divisé al hidalgo de la Mancha. Montaba su Rocinante y me hacía amablemente señas con la cabeza. ¡Pero su cara me resultaba

tan conocida!... Moví el brazo hacia la izquierda y el caballero del espejo hizo lo mismo. Meneé la cabeza; Don Quijote hizo idéntico movimiento. Y de pronto comprendí quién era y reconocí también al Rociante. Mas no voy a revelaros el secreto... "Tonto, ¿para qué?", resonó nuevamente en mis oídos; pero esta vez ya no tuve miedo a la pregunta, porque ya sabía qué contestar. "Tonto, ¿para qué?", me preguntas, huésped silencioso y desconocido de los grandes ojos enigmáticos, "¿para qué?" Pues ahora voy a decírtelo: para montar en un Rocinante y estar enamorado de una Dulcinea del Toboso...

Entonces yo no sabía nada de Nietszche, pero ya comprendía la magnífica enseñanza de Zarathustra: ¡Dichoso es el hombre que se puede burlar de sí mismo! Desde aquel momento el noble caballero de la Mancha ya no fue para mi un huésped, sino un buen amigo. Lo veía en todos los períodos de la historia humana y concebí que Don Quijote y Hamlet son los dos polos alrededor de los cuales gira nuestra existencia.

Sí, valiente hidalgo, tú eres tan grande, no por tus hechos, sino por la fuerza de tu voluntad poderosa. No has esperado que algún dios creara un mundo para tí: tú mismo te has creado un mundo, tu mundo propio; pueden los demás reirse de él, tú sin embargo eres un creador, en tanto que aquellos son solamente seres de otro mundo, el cual han recibido en herencia, pues ellos jamás serían capaces de crearlo. Tú eres inmortal porque lo eres todo para tí; no querías ser el esclavo sino el señor de la vida y por eso has tenido siempre el valor de obrar, aun cuando la razón práctica de tus coetáneos no veía ningún motivo para la acción. ¡Oh, caballero de la Triste Figura, ojalá tuviéramos nosotros un poco de ese valor para obrar,

de ese valor que no teme las consecuencias! ¡Qué bien nos haría en esta época en que el espíritu de Hamlet domina las almas y los corazones de los contados hombres que no toman parte en el baile de los mercaderes en torno del becerro de oro! Todos nosotros hemos visto, como Hamlet, el fantasma de nuestro padre asesinado y conocemos al asesino, pero hemos renunciado a la acción, a la acción salvadora y libertadora, noble caballero. Vivimos en un mundo de ciencia positiva y nuestros corazones están vacíos y las almas marchitas.

Antiguamente los hombres temblaban ante la muerte y debido a ello soportaban con más resignación el yugo de la servidumbre y de la esclavitud, con tal de salvar la vida. Los Hamlet de nuestra época no temen a la muerte, su cobardía adquirió un carácter diverso: tiemblan ante el ridículo, porque se han olvidado de reirse de sí mismos. Ellos ven la sombra ensangrentada del asesino y bien quieren tomar venganza del homicida, mas hay una cosa que los detiene: no el miedo a la muerte, sino la idea de que tal vez los gigantes se conviertan en molinos de viento, que la tragedia quizás termine en comedia; y en tal caso Hamlet perdería su fama de pensador profundo y la gente diría" "Ved qué necio es, ni siquiera sabe distiguir entre un gigante y un molino de viento"; y para Hamlet la burla de las gentes es peor que la muerte...

Una partícula de tu espíritu noble caballero, una partícula solamente... Esto es lo que podría salvarnos. La acción ha sido relegada al olvido por el conocimiento: hemos aprendido, gracias a Dios, a diferenciar los gigantes de los molinos de viento, pero si tú no resucitas nos pudriremos en el conocimiento: lo sabremos todo pero no haremos nada... Nuestros

cerebros se volverán cada vez más grandes y perfectos: empero la fuerza de los músculos se irá extinguiendo, nuestros brazos se harán impotentes...

Y no obstante, debemos dirigirnos hoy tan sólo a los Hamlet; tal vez nos entiendan y con el tiempo, quien sabe, ambos polos quizás se encuentren en el ecuador de la vida y Don Quijote y Hamlet se hagan amigos: el primero aprenderá a ver el fantasma del padre muerto, a reconocer el asesino verdadero, y Hamlet irá montado en un Rocinante y escribirá poesías dedicadas a la inmortal Dulcinea del Toboso... ¿Quién puede saber lo que nos ofrecerá el porvenir? ¿Y quién, sino a los Hamlet hemos de dirigir nuestra palabra? Hamlet nació bajo el cielo gris y en las neblinas espesas de Inglaterra y cuando tenga ocasión de conocer la patria de Don Quijote, el hermoso cielo azul de la Mancha, ¿quién sabe cómo influirá en él el clima?

¿A quién sino hemos de dirigirnos, noble caballero? ¿A los mercaderes que celebran ahora tus hazañas inmortales? !Oh, noble caballero de la Mancha, veo cuán encarnado se pone tu rostro al recordar con cuanta crueldad te han agraviado! Tú no puedes comprender cómo ha degenerado la raza. Verdad es que Sancho era un gran comilón, su inteligencia no abarcaba más que las necesidades de su estómago y de noche, cuando tú, valiente hidalgo, soñabas con grandes hazañas y con la hermosa Dulcinea, él permanecía tendido sobre el césped roncando ruidosamente. A pesar de eso, era un hombre bueno y elegre y cuando no había algo mejor quedaba satisfecho con un pedazo de pan y un par de cebollas. Pero todo eso ocurría mientras tú vivías. Tú eras su amo y él con su jumento tenía que arrastrarse detrás de tí y de Rocinante, porque sabía muy bien que sólo tú y no otro le

proporcionaría la ínsula prometida. Y fue una desgracia que no haya muerto antes que tú, porque después de tu fallecimiento consideróse señor y vivió en tu honor. Sus hijos olvidaron pronto que su padre había sido un simple caballerizo y les pareció que el viejo Sancho había sido el héroe verdadero de tu historia. De fijo su padre les habló antes de morir de la hermosa Dulcinea y ellos se empeñaron en encontrala: como gente práctica, que nunca vuela en el aire con sus pensamientos, dieron pronto con ella. Pero adivinad lo que hicieron. Tengo miedo de decirlo, pero tampoco lo puedo ocultar, porque el asunto gravita sobre mi corazón como una piedra.

La han vilolado, los miserables, y la divina Dulcinea fue embarazada por los hijos de un caballerizo... Noble caballero: los ricos comerciantes de Madrid que han establecido un premio por tu retrato auténtico son los hijos espurios, los nietos de tu antiguo criado Sancho Panza...

Y esos bastardos son ahora los dueños de la vida. Ellos han protituído los sentimientos delicados de la humanidad, han cerrado con puertas de hierro la ruta hacia las estrellas y han adoquinado con monedas de plata el camino al lodazal. Esos servidores del becerro de oro han hecho del mundo una mancebía, ¡y ay de aquellos que se niegan a reconocer su honestidad de mercaderes! Un día, un ruiseñor cantó delante de sus puertas y ellos le preguntaron en seguida: "¿Cuál es tu precio común? ¿Cuánto se te debe por el canto?", y el ruiseñor huyó para no volver jamás. Y estaba bien hecho. Porque allí donde gruñen los cerdos, no puede cantar el ruiseñor. Por suerte, los portones del cielo están cerrados, pues de lo contrario los señores de la vida enviarían una delegación al Creador para preguntarle lo que se le debe por el

universo que ha creado para ellos.

Oh noble caballero de la Mancha, defensor de la justicia, ¿qué ha hecho de tu nombre honesto esas almas de mercaderes que celebran ahora tu tercer centenario? Abrigo el temor de que el buen Rociante no podrá soportar la ignominia y la vergüenza que te han causado. Y para consolarte, gran caballero, para mermar en algo tus cuitas, he escrito estas palabras, las cuales recordarán a los solitarios, a los escépticos e incrédulos, a los soñadores de corazón sangrante y alma enferma, que trecientos años atrás vivía un caballero que se sentía dichoso de cabalgar en un Rocinante y de estar enamorado de la bella Dulcinea. Y tal vez lean su historia y la alegría cure sus pobres corazones...

Este es mi homenaje en tu aniversario; yo no sé si va a agradarte, pero has de recibirlo con el corazón limpio... Empero, me sintiría feliz si resucitaras en el mundo de los mercaderes. Yo te recibiría como un monarca y con lágrimas en los ojos te besaría como el salvador y redentor de la humanidad esclavizada. Y llamaría a todos los desesperados para que se reconfortaran con tu presencia, y les diría: "Quitaos los zapatos, porque la tierra que pisais ahora es tierra sagrada".

Epílogo

Milly Witko - Rocker

Llegamos de distintos mundos, de dos mundos que no sólo no tenían ninguna relación entre sí, sino que se hallaban extrañamente distanciados, como la paqueña villa de Slotopol, en Ukrania, y la antiquísima ciudad junto al Rhin en que yo nací. ¿Cómo y por qué nos reunió la vida? El cómo podría quizá tener una explicación, pero el por qué es insondable como la vida misma. Lo llamamos "sentido de la vida" no es sino el sentido que nosotros le atribuimos, las conexiones íntimas de nuestra existencia, que sólo se pueden captar lógicamente; mientras la vida, sin lógica alguna está llena de contradicciones y de obscuros enigmas. La lógica es, simplemente, un medio auxiliar del pensamiento humano, que no puede moverse sin muletas: da un sentido a todas las cosas, pero no es sino el resultado de una representación de deseos y no tiene mayor significación que un fuego fatuo en el desierto. Pues en realidad, la lógica más sutil, obra del hombre, es imperfecta

como el hombre mismo. El pequeño fragmento de tiempo que podemos llamar nuestra vida no se deja calcular de antemano y, en el fondo, no es más que lo que nosotros, u otros por nosotros, hacemos de él. En este terreno difícil caben las presunciones, pero no la menor certeza.

Así nos ocurrió a Milly y a mí: nos encontramos y, aunque cada uno de nosotros procedía de una esfera extraña, construimos nuestro mundo propio. Eso y sólo eso fue lo esencial en la ligazón de nuestra vida.

Cuando conocí a Milly, hace sesenta años y en Londres, pertenecía al grupo "Arbeiter Fraint" y trabajaba en favor de su causa todo cuanto podía. Milly, que por su origen era un carácter profundamente religioso, halló en Inglaterra un ambiente muy distinto del de la vida judía en la pequeña ciudad ukraniana. En los célebres Sweatingshops del gran ghetto, donde debía ganarse el pan escaso, trabajaba a veces -cuando era preciso hacerlo- el sabbat y realizaba muchas cosas que no coincidían con los principios propios de la religión Judía. La muchacha se resistía a ello, y, por esa causa, perdió a menudo su trabajo y conoció en alguna ocasión la penuria. Entonces comenzaron a aparecer en ella las primeras dudas, por su carácter ineludible, pues que todas las cosas a medias le repugnaban.

El azar quiso que en el pequeño taller en que trabajaba fuera admitido un activo militante del movimiento libertario de la parte oriental de Londres, y en las conversaciones que éste tenía con otros escuchó Milly por primera vez cosas que le eran totalmente extrañas, pero que causaron en ella honda impresión. Especialmente cuando aquel obrero habló sobre las causas verdaderas de la espantosa miseria -que hacía entonces del ghetto un infierno-, se le abrieron los

ojos. De ese modo iniciose en su espíritu una gran transformación que no volvió a dejarla en paz: reconoció las contradicciones del sistema que forjaba cadenas para millones y, lo mismo que antes la religión, las nuevas ideas quedaron hondamente grabadas en su alma. Milly era una de esas raras personas capaces de pensar no sólo con el cerebro, sino también con el corazón. Devoró, pues, toda la literatura libertaria que cayó en sus manos y halló así un nuevo campo -que ya no volvió a abandonar- para su impulso interior.

Cuando llegó a Londres en su primera juventud, se privó de todo hasta que, al cabo de tres años, pudo hacer llegar de Rusia a sus padres y a tres hermanas, y consiguió instalar para la familia una modesta vivienda. Sólo quien vivió las increibles condiciones de trabajo del ghetto de Londres puede apreciar el valor de ese gesto, cosa del todo natural en Milly y que ni siquiera merecía mención.

Estuvimos unidos más de cincuenta y ocho años sin que nada pudiera jamás destruir nuestra felicidad. Había en nuestra vida algo que difícilmente se puede escribir: una suerte de templo oculto de cuya entrada silenciosa sólo nosotros poseíamos la llave. Cuando rememoro hoy, en las horas solitarias, aquel tiempo precioso, vienen involuntariamente a mi memoria las palabras de la mujer de Auban en *Los anarquistas*, de Mackay, que, preguntó por una cabeza huera sobre lo que había hecho para la dicha de la humanidad, respondió con ligera ironía: "Mucho. Yo mismo he sido feliz". Lo mismo podíamos decir cada uno de nosotros. En verdad, aquellos que se sientan llamados a crear un felicidad general y abstracta, fueron hasta aquí los peores enemigos de la dicha humana, porque intentaron forzarlo todo en favor de su felicidad

según un determinado cartabón universal, ignorando que la felicidad impuesta no es sino esclavitud dorada. No hay dicha posible sin libre elección: lejos de perseguir para todos una felicidad uniformada, se han de crear las condiciones que hagan posible a cada cual hallar su dicha personal y, sin dañar a otros, organizar su vida como mejor le plazca.

Nosotros tuvimos que soportar más de una desdicha y más de una perfidia del destino, pero conocimos también horas gratas que no se pueden comprar con ninguna moneda. Cuando nos reuníamos al terminar la jornada, leía a Milly lo mejor y más hermoso que tenía a mano, y en el curso de los años hemos disfrutado así de muchos centenares de libros de todos los pueblos y todos los tiempos. De ese modo se desarrolló un estado de ánimo que nos dio la sensación de pureza interior: en vez de aburrimiento, hallamos en todo instante lo que nos elevaba hacia la vida más hermosa y más rica de contenido.

Si Milly hubiese estado siempre conforme con lo que yo expresaba, no se habría podido hablar nunca de tal armonía. Pero su inteligencia innata la llevaba a formarse una opinión propia sobre todo y sabía sostenerla con mucha habilidad. Cuando en tales ocasiones nuestra conversación se volvía apasionada, comenzaba repentinamente a reir, me abrazaba y exclamaba llena de alegría: "¡Somos una pareja singular!". Reíamos luego ambos de todo corazón y nos alegrabamos de nuestra vida. No hemos necesitado buscar nunca en la lejanía el pájaro azul, pues habitaba con nosotros bajo un mismo techo, y lo sabíamos.

Milly, debo añadir, era una mujer a quien repugnaba todo lo feo y vulgar: como una madre amorosa, hasta en sus años maduros, estaba siempre rodeada de

jóvenes que la veneraban y la amaban profundamente. Dondequiera que hayamos vivido, nuestro hogar fue siempre un punto de reunión de seres de las razas y nacionalidades más diversas, en el que todos se sentían a gusto y al cual Milly sabía dar aliento y calor espiritual.

Sobre su actividad múltiple y de tantos años en el movimiento libertario apenas se podría decir algo aquí, porque para ella sería necesario un trabajo especial. Basta indicar que ha participado en las distintas luchas y ensayos constructivos del proletariado judío en Inglaterra y se encontraba doquiera intentárase una tarea útil y necesaria. Tomó parte igualmente en todas las reuniones internacionales que tenían lugar entonces en Londres, y su notable actividad en la gran huelga de los portuarios londinenses -en la que, junto con otras mujeres, cobijó a algunos centenares de niños de los obreros en lucha- puede citarse como una de las demostraciones más vigorosas de la solidaridad internacional. En Alemania halló un amplio campo en las filas de la Freien Arbeiter Unión, y fué ella la que dió el primer estímulo para la fundación de la Syndikalischen Frauen-Bundes, organización que estuvo representada en todos los congresos de la FAUD, y prestó grandes servicios al movimiento partidista revolucionario. Siendo una mujer valerosa, no renegó a sus concepciones en el período de la primera guerra mundial, ni tampoco en otras muchas oportunidades. Ante el decreto según el cual los emigrantes rusos en Inglaterra había de ingresar en el ejército o ser deportados, Milly ocupó su puesto en el movimiento de protesta y fue encarcelada. Poco después, el defensor que se le nombró de oficio comunicaba a la comisión encargada de su caso que lo

encargada de su caso que lo intentaba todo -sin conversar con ella- para descargarla de su culpa. Milly tuvo conocimiento de esa exposición durante el juicio, y se apresuró a protestar diciendo: "Agradezco a mi defensor su buena intención, pero creo que en las actuales circunstancias una declaración franca a mis convicciones íntimas es más valiosa que las consecuencias que puede depararme; pues la voz de la conciencia es el foro supremo que decide entre el derecho y la injusticia". Su confesión valerosa le valió dos años y medio de prisión, pero hasta sus jueces tuvieron que testimoniarle respeto.

Dos seres a los que la vida reune tan felizmente y están asociados tantos años, se fusionan poco a poco entre sí. Este era nuestro caso, y dondequiera que sonaba el nombre de uno, sonaba también el del otro. Eramos como solía llamarnos a menudo en broma nuestro amigo español Tárrida del Mármol, una "pareja romántica".

El que tuviese que llegar la hora en que uno u otro hubiese que despedirse primero, era inevitable. Pero esto es lógica fría que no puede apaciguar el dolor interior. Yo sólo sé que con aquella mujer magnífica se ha ido de mi algo que nada podrá reponer. Y no sólo yo, sino todos los que la hemos perdido, pues con Milly ha desaparecido una de las últimas combatientes de la vieja guardia que dió sesenta años a una causa, a una idea que no morirá mientras haya seres humanos sobre la tierra.

Lo que ha sido para mí, no puedo decirlo, pues hay momentos en que las palabras pierden su sentido, porque no pueden expresar lo que hay en lo más profundo. Y es bueno que así sea, pues el dolor interior no es un objeto para las exhibiciones públicas. Yo no tengo siquera el derecho de quejarme, pues he

recibido largos, y, sin embargo, tan cortos, años de nuestra convivencia, y en ellos lo mejor, lo más hermoso y más puro que ha sabido dar esta noble mujer en tan rica plenitud. Por eso debo estar agradecido a mi destino.

Y como vivió, murió: valerosa, resignada, sin quejas. Durante los últimos diez meses estuvo frecuentemente enferma; se reponía, pero sus fuerzas fueron disminuyendo de modo visible. El médico entraba más a menudo en casa que antes, y ciertos períodos de mejoría nos daban nueva esperanza. Durante los últimos meses de su vida fué mortificada por las dificultades respiratorias y, según el médico, padecía una esclerosis de la arteria coronaria. Tengo la sensación de que ella sospechó que estaba ya en las sombras de la muerte, pero ocultó su estado para no darnos preocupaciones. Así era. Un día sintiéndose algo mejor, me dijo: "Deseaba poder vivir todavía uno o dos años para ver cómo crece y se desarrolla nuestro pequeño Phill". Quería a nuestro nieto con la mayor ternura. Sus palabras me impresionaron profundamente, creo que en aquel momento me entregaba toda su alma.

Las dos últimas semanas fueron de verdadera agonía. La respiración se le hizo cada vez más pesada, de modo que, la noche antes de su muerte, tuvimos que decidirnos a llevarla al hospital de Peekskill. Sentí lo que llegaba y el corazón se me quedó como paralizado. Cuando Fermín, Polly y yo la visitamos a la mañana siguiente, la encontramos en la cama rodeada de una carpa de oxígeno. Sonrió ligeramente cuando entramos en su habitación y me pidió que levantásemos la cortina. Nos besó tiernamente y, al ver que Fermín estaba algo abatido, le dijo: "¿Por qué estás triste, querido hijo? No debes

preocuparte". Luego echó sus brazos a mi cuello y me dijo con voz débil pero clara: "Lucharé hasta el fin, querido mío". Estaba muy agotada y nos besó con gran efusión. Luego hundió la cabeza en la almohada y sus ojos se cerraron lentamente. Dejamos, mudos, la habitación para que descansase. Cuando volvimos a entrar, dos horas después, la encontramos en la misma posición, ya sin conciencia. El médico nos dijo que sus pulsaciones disminuían notablemente. Una hora después había exhalado el último suspiro. Murió el 23 de noviembre, y el 27 fue incinerada. Fue siempre su deseo, pues hablaba algunas veces de ello, que se la quemase. En una de esas ocasiones dijo, medio en broma: "Al muerto le es igual lo que se le haga con él, pero encuentro que al ser consumido por las llamas es más hermoso, pues que el fuego es un elemento puro, mientras que la perspectiva de ser comido por los gusanos en la tumba es fea y repugna mis sentimientos". Así es. Y como hemos vivido unidos casi seis decenios, cuando llegue mi hora mis cenizas se reunirán con las suyas.

La noticia de su muerte se esparció rápidamente por los distintos continentes. De todos los rincones de la tierra me llegaron condolencias de viejos amigos, de grupos libertarios, de sindicatos y otras corporaciones, y cuantas buenas palabras se han dicho sobre Milly fuerón un bálsamo para la herida que seguirá manando todavía mucho tiempo. Me siento feliz de poseer tantos fieles amigos, los cuales aligeraron el abandono en esta hora grave de mi vida. No estoy desesperado ni moralmente quebrantado y sabré afrontar el destino como siempre. Uno de dichos amigos, conocedor de las relaciones entre Milly y yo, me escribió estos días: "Habéis vivido uno para otro tan intensamente, que eso no se podrá quitar ya". Palabras que siento en lo más profundo.

Al tener que ordenar de nuevo mi vida, Milly me inspirará como si estuviera presente. A lo largo de su vida participó calurosamente en mi trabajo, y, pocas semanas antes de su muerte, cuando tuve oportunidad de volver a escribir algo, me dijo sonriendo: "El tecleteo de tu máquina de escribir es música para mis oídos". Su abnegación infinita me abrió el mundo interior en el que pude elaborar cuanto llevaba en el corazón. Y en este sentido continuaré trabajando.

Puedo decir tranquilamente, sin falsa modestia, que en todo instante me he mantenido en mi puesto, aun sin sentirme nunca héroe ni mártir, conceptos éstos de sabor extraño a mi modo de ser. He soportado sufrimientos porque tenía que hacerlo, no porque los buscase. Soy un hombre como los demás y me avergonzaría de aparecer ante los otros más fuerte de los que soy realmente. Con ello está dicho todo lo que puede decirse por ahora. Trabajaré, no porque quiera amortiguar así mi dolor, sino porque me será más fácil soportarlo de este modo y, ante todo, porque tengo la firme conciencia de que ese ha sido también el último deseo de Milly.

El gran dolor debe repercutir en el hombre, dirigir sus pensamientos hacia dentro, hacerlo más sensible y filantrópico, para que pueda dignificar lo experimentado y fortalecer su carácter. Donde el dolor del alma destruye nuestra fuerza moral y nos hace de la vida una carga, allí se manifiesta como una fatalidad que consume nuestra fuerza de resistencia y malgasta en lamentaciones inútiles lo que más necesita para enfrentarse con el tirano que encadena la voluntad y le priva de la ponderancia interior. Yo no soy así.

Milly y yo hemos amado la vida, porque nos ha proporcionado mucha felicidad interior, mucha

oculta belleza y hermosas perspectivas que nos han compensado de la maldad y de la penuria de los tiempos y han alejado de nuestra puerta la monotonía gris de todos los días. Tal vez tenía Calderón razón al decir que la vida es sueño, porque todo acontecer es transitorio y está sometido a los cambios eternos del tiempo. Pero es el hombre el que da contenido y forma al sueño, de modo que lo mismo puede hacer de él un acontecimiento luminoso o una pesadilla que aplasta la vida y la conduce al abismo.

Proseguiré, pues, luchando hasta que un día caiga el telón. Yo sé que no he malgastado la vida inútilmente, y, por eso, la muerte no me infunde espanto. Me siento bastante fuerte para hacer frente al destino como lo hubiese hecho Milly si yo hubiese marchado antes que ella. Pues, para mí tienen validez las palabras del poeta: "he visto muchos lamentos, muchas lágrimas en la vida, pero también mucha felicidad y bien aventuranza. He mirado hacia el abismo, donde sólo aparecen el horror y el miedo; pero mis ojos han percibido la figura azul en la lejanía soñadora, donde vive el anhelo y la eterna esperanza. Estoy armado contra toda tormenta. El que ha sufrido y experimentado mucho se quiebra como una rama seca en el viento.

Y diré para terminar: yo he dado a Milly muchas cosas que ha sabido recibir alegre y agradecida. Ella, en cambio, abrió en mi corazón una puerta que no había conocido antes, y que, sin ella, no se abría quizás abierto nunca. Por esa puerta llegó la luz del sol, la vida alegre y el sosiego interior, sin la cual la vida se convierte en una caricatura. Indómita en la impetuosidad del tiempo, fue simultáneamente una madre tierna y feliz para nuestro hijo concebido en amor. Sólo así pudimos ser como hemos sido. Ella

era una parte de mi vida y seguramente la mejor. La muerte pudo arrancarla de mi lado, pero no puede impedir que su figura animada continúe viviendo en mi corazón como precioso recuerdo de años pasados, hundidos ya en el regazo de los tiempos y que no volverán jamás.

Rudolf Rocker